



CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

**CULTURA DE CATACUMBAS**

Grupos de estudio y disidencia intelectual en el Buenos Aires  
de la última dictadura

Tesis que para obtener el título de Licenciada en Relaciones Internacionales

PRESENTA

Mara Polgovsky Ezcurra

México, D.F., octubre de 2009.

A mamá, por su fuerza,  
por su silencio.

A mis profesores del Colegio,  
por compartir el sueño de *paidea*.

Parlerò di un tema molto vasto da un punto di vista molto circoscritto.

*Carlo Ginzburg, La lettera uccide*

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	vi
INTRODUCCIÓN	1
I. EL INTELLECTUAL EN DICTADURA	10
<i>Entre el compromiso y la traición</i>	
<i>La mirada sociológica</i>	
<i>Los límites del absoluto</i>	
A. <i>El intelectual en distintos contextos nacionales</i>	
B. <i>El intelectual en dictadura</i>	
<i>El disidente</i>	
II. EL GOLPE DE ESTADO Y EL QUIEBRE DE UNA CULTURA	38
<i>La seducción del orden</i>	
<i>Alteridades amenazadoras</i>	
<i>La cultura bajo asedio</i>	
<i>Las desventuras de un proyecto educativo</i>	
<i>La censura</i>	
<i>Continuidades</i>	
<i>Tres imágenes</i>	
III. UNA CULTURA DE CATACUMBAS	60
<i>Las fracturas del campo intelectual</i>	
<i>Los grupos</i>	
A. <i>Coartadas y escondrijos</i>	
B. <i>Piglia: Autonomía y modernidad</i>	
C. <i>Sarlo: Política y literatura</i>	
D. <i>Sebreli: Historia y compromiso</i>	
E. <i>Ludmer: Literatura y teoría social</i>	
<i>La visión de los alumnos</i>	
<i>Las lecturas de catacumbas</i>	
<i>La imaginación alternativa</i>	
<i>Los centros privados de investigación</i>	
<i>Una cultura de catacumbas</i>	

**IV. HISTORIA DE LA (AUTO)ORGANIZACIÓN INTELECTUAL EN ARGENTINA 118**

*Tropiezos de una visión coyuntural*

*La auto-organización intelectual*

*Los intelectuales y el primer peronismo*

*Las primeras catacumbas*

*Una noche de bastones largos*

*Tres tradiciones*

*La formación de cuadros*

*El sofismo porteño*

*Los lacanianos*

*Los marxólogos*

*Los positivistas*

*Notas finales*

**CONCLUSIONES 157**

**BIBLIOGRAFÍA Y SIGLAS 163**

## AGRADECIMIENTOS

Las ideas nacen en la soledad, el silencio interno, el vacío creador. Aun así, la ficción del escritor solitario se construye a partir de solidaridades. Es por esto tan larga mi lista de afectos, agradecimientos, complicidades. Las horas de escritura fueron algunas veces angustiosas, otras apacibles. Estuve siempre rodeada de silencio, condición privilegiada que entiendo perfectamente artificial y no puedo más que agradecer a los que la hicieron posible. Comienzo por las instituciones que me becaron para desarrollar la investigación y se desbordaron en generosidades: El Colegio de México, Harvard University, Sciences Po y L'Ecole Normale Supérieure. De algunas me llevo el recuerdo de infinitas bibliotecas, de otras, el respeto a la figura del maestro como constructor de identidades. En todas aprendí la fuerza disuasiva del conocimiento, su peligrosidad y la exigencia de luchar por su defensa.

Es sobre todo entre los triángulos de González de León que ha tenido lugar mi formación, por lo que la mayor gratitud va hacia mis profesores del Colegio. Muy especialmente hacia Lorenzo Meyer, Soledad Loaeza, Ana Covarrubias, Ishita Banerjee, Saurabh Dube, Francisco Gil, Luis Mesa, Celia Toro, Martha Elena Venier, Fernando Escalante. Con este último la gratitud es doble, pues además de haberme mostrado la posibilidad de llevar la literatura a las ciencias sociales, fue director de esta tesis.

Construí mis primeros imaginarios sobre este trabajo en una plática con un ser genial, hiperbólico. Él me guió hacia unas catacumbas llenas de luces y me acompañó en su desvelamiento. Después me dio el silencio que necesitaba para deconstruirlas, apropiárselas. Todo mi agradecimiento para Mariano Siskind.

Ninguna de estas páginas podría haber sido escrita sin sus protagonistas, fuentes vivientes, memoriosas. Los seres de catacumbas compartieron conmigo sus representaciones del ayer, sus rituales secretos, sus osadías y vanidades. Lo que he aprendido en este trabajo se lo

debo a ellos. El recuerdo de sus entrevistas, mil veces escuchadas, permanecerá en mi memoria. La lista de entrevistados es larga, pero habiendo sido tan grande su generosidad hacia mí, cabe evocarla en las siguientes líneas. Va pues mi gratitud hacia Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia, Juan José Sebreli, Carlos Altamirano, María Elena Qués, Marcelo Cavarozzi, Laura Klein, Ernesto Villanueva, Fermín Eguía, Jorgelina Núñez, Alejandra Rodríguez Ball, Emilio de Ípola, Saúl Karz, Jacinto Armando, Ricardo Aronskind, Matilde Sánchez, Ana Longoni. Quiero agradecer con especial afecto a Horacio Tarcus, quien me permitió acceder a tres bibliotecas: su casa, el extraordinario Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI) y su memoria.

Queda agradecer a mis grades compañeros, mis grandes maestros, sin quienes no sólo no habría tesis, sino tampoco fuerza para el devenir. Gracias a los amigos, en México, los del Colegio, los del Madrid, Chipe e Iván, en New Haven, Icelini, en Barcelona, Varinia, en Bolonia, María. Gracias a mi colorida familia parisina, Colette y Camille. Gracias a la familia argentina, tan insoportablemente vivida a la distancia. Carmen y Violeta han de saber que esta tesis es también producto de su hogar y su paciencia. Termino con quienes las palabras son acaso insuficientes para expresar mi gratitud. Gracias Julián, por las risas, el calor, el cariño. Gracias mamá, papá, Eugenio, Demetrio y Natalia. Ustedes son mi única tierra.

## INTRODUCCIÓN

Comencé a escribir este trabajo a partir de una curiosidad más o menos inocente respecto a la existencia de un *samizdat* latinoamericano. Digo inocente porque no era mi intención elaborar un trabajo de tal naturaleza, sino leerlo. Y es entonces cuando me di cuenta de la escasez de estudios sobre las formas de resistencia cultural a los regímenes dictatoriales que a lo largo del siglo XX llenaron de sombra y muerte América Latina. En el caso de Argentina me topé más de una vez con textos que hablaban sobre la existencia de una “cultura de catacumbas” durante la última dictadura militar. No obstante, estas breves alusiones eran más una invitación a pensar el tema que su explicación y análisis.

Este orden de cosas tiene, en realidad, mucho sentido, no sólo porque la experiencia dictatorial es muy reciente, sino porque al terminar este proceso había que entender primero sus rasgos generales, su esencia. Y en esencia, el golpe de estado de 1976 puso un alto a la actividad cultural y al libre pensamiento. Por medio de un feroz aparato de censura, la ocupación de las aulas universitarias, la imposición de un miedo generalizado y la persecución de estudiantes, intelectuales y libre pensadores, la junta militar llevó la represión mucho más allá del movimiento obrero y la guerrilla armada. En el plano de la cultura el golpe caló muy profundo, acabó con *casi* todo. Y bien, una vez que se ha dado cuenta de este hecho, es posible comenzar a pensar qué sí se hizo en este ámbito durante esos años. Este problema interesa no sólo por su contenido anecdótico, sino porque la reconstrucción de los espacios de discusión crítica en la era democrática se ha nutrido (entre otras fuentes) de la actividad intelectual que tuvo lugar en las catacumbas y en el exilio.

Más allá de la motivación inicial que me llevó a desarrollar este estudio, sólo fue posible comenzar a reflexionar críticamente sobre las prácticas culturales durante la dictadura al cuestionar la equivalencia automática —repetida en una multiplicidad de alusiones al tema—

entre cultura y resistencia. Surgió entonces la posibilidad de trazar continuidades entre las prácticas culturales previas a la dictadura y aquellas que se desarrollaron después del golpe. Asimismo, fue posible construir un espectro de experiencias “subterráneas”, que da cuenta de la singularidad de cada una en lo que respecta a su relación con el poder político.

He dedicado este trabajo a una práctica cultural que probablemente ha tenido lugar en todas las sociedades contemporáneas y, aun así, en muy pocas ha adquirido la magnitud que alcanzó en Argentina: los grupos de estudio. ¿Cuántos de mis colegas mexicanos, estadounidenses o franceses han asistido a grupos de estudio? Me atrevería a decir que muy pocos, quizás ninguno. Basta la evidencia de que, al explicarles el tema de mi trabajo, difícilmente podía rescatarlo del universo de lo exótico. El panorama cambió tajantemente al momento mismo de aterrizar en Buenos Aires. Taxistas, vendedores de periódico, tangueros entendían el tema con la misma claridad que los profesores universitarios. Y es que, tanto ellos como sus hijos, han formado parte de grupos de estudio o tienen amigos que lo han hecho. Ante sus ojos, mi trabajo pertenece al mundo de lo ordinario; se requiere más de un esfuerzo para llevarlo al terreno del estoicismo. Parte de mi tarea fue pues explicar en qué consiste esta singular práctica, cuáles son sus orígenes y por qué los argentinos la han llevado a la imperceptible esfera de la normalidad.

Los grupos fueron espacios auto-organizados de formación intelectual en muy distintas áreas (sobre todo las humanidades), donde un profesor trabajaba con pocos estudiantes. Su existencia data de finales del primer peronismo, no obstante, crecieron en número e importancia durante las dos últimas experiencias dictatoriales. Después de los golpes de 1966 y 1976, los grupos dieron refugio a la discusión abierta, la criticidad, las ideas perseguidas y los portadores de éstas que no partieron al exilio y rechazaron el quietismo que les imponía el régimen. Más aún, permitieron la revisión de viejos dogmas y la introducción de nuevos autores

a un campo intelectual fuertemente aislado y fracturado. Si bien la producción intelectual en los grupos fue escasa, la reunión cotidiana de estudiantes y profesores dio lugar a la formación de lazos entre éstos y la construcción de identidades a partir de la experiencia de pertenencia. Con tales acciones, se mantuvieron vivas ciertas tradiciones de pensamiento y se negó la hegemonía de la cultura oficial, creando espacios para la existencia de culturas alternativas.

¿Qué lugar ocupaba la política en los grupos? No cabe duda de que allí no se hablaba de la realidad nacional, las causas del golpe, ni la construcción de posibles alternativas políticas al régimen. Sin embargo, lo político jamás estuvo ausente de estos espacios. En primer lugar, porque en los grupos predominaron individuos provenientes del ámbito de la izquierda y, entre éstos, había un rechazo implícito al proyecto cultural y educativo de la dictadura. En segundo, porque las lecturas que se discutían llevaban a reflexionar en torno al compromiso de los intelectuales y obligaban a pensar la aislada realidad argentina a través de los ojos de otras sociedades. En algunos grupos había una idea más clara de la necesidad de mermar las bases de legitimidad del régimen desde las prácticas culturales. En otros, la reflexión sobre el significado y la importancia de su propia actividad sólo se hizo *a posteriori*. No obstante, en la medida que los militares pretendían abarcarlo todo, desde la literatura infantil hasta el largo de faldas y camisas, la lectura de autores prohibidos (o simplemente no traducidos, desconocidos) se convirtió en un acto de disenso. Aun así, es menester pensar con mucho cuidado en qué medida los grupos fueron espacios de resistencia.

Las dos principales hipótesis que propongo son, primero, que la práctica de reunirse en grupos de estudio no surgió a partir de la intervención política en la universidad en 1976. Sus orígenes se remontan a finales de la década de 1950 y se nutre de tres tradiciones: los grupos de formación de cuadros de los partidos políticos de izquierda, la introducción del pensamiento de Lacan en espacios ajenos a la Asociación Psicoanalítica Argentina y, finalmente, la lectura y

discusión de textos marxistas en grupos dirigidos por “grandes intérpretes” de esta filosofía, que no formaba parte del curriculum universitario. Desde sus orígenes, en los grupos convergieron marxismo y psicoanálisis; el deseo de leer lo prohibido y lo desconocido.

A lo largo de los años sesenta, los grupos proliferaron, adquiriendo particular importancia en el campo intelectual después del golpe de Onganía. Éstos dieron refugio a la intelectualidad crítica que fue expulsada de las aulas a raíz de la toma de la universidad por los militares en la “noche de los bastones largos”. Por lo tanto, esta práctica ya existía desde aquellos años y desde entonces permitió la sobrevivencia de la identidad del intelectual crítico o disidente, así como la modernización del campo intelectual. Con la nueva ola represiva contra los “hombres de cultura” en los años setenta, los pensadores que permanecieron en Buenos Aires, antes que inventarla, debieron reapropiarla y resignificarla. Esto resulta de que, aún cuando 1976 se recuerda como el corte histórico más importante de la historia moderna argentina, el aparato de censura y represión cultural se fue construyendo paulatinamente. Más aún, en esta sociedad la historia de la creación de instancias de producción cultural independientes del Estado es larga, en virtud de los repetidos intentos del poder político de acabar con la autonomía del campo intelectual, la fallida incorporación de los intelectuales al aparato del Estado y el marcado interés de éstos tanto por mantener su autonomía, como por estar “en la vanguardia”.

Trazo mi segunda hipótesis a partir de un esfuerzo por definir qué es una cultura de catacumbas. La asociación automática entre las catacumbas y la resistencia empobrece el análisis de este periodo, antes que enriquecerlo, pues no da cuenta de la multiplicidad de prácticas que se refugiaron en espacios informales, improvisados, discontinuos. Vivir en las catacumbas significó “cosas” distintas para los diferentes protagonistas de esta historia. Para unos, la desinstitucionalización absoluta y el esfuerzo por crear espacios de discusión “cultura” y

formación de estudiantes a partir de la necesidad de sobrevivir intelectual y materialmente. Para otros, la construcción de instituciones académicas privadas, donde se escribía anhelando ser leído por muy pocos (es decir, no llegar a los ojos de los censores) y se seguía creando conocimiento sobre la sociedad argentina, a pesar de los esfuerzos del gobierno por imponer el pensamiento único y acallar la razón.

Los primeros provenían fundamentalmente de las humanidades y trabajaron en grupos de estudio. Los segundos venían de las ciencias sociales y crearon centros privados de investigación con el apoyo de fundaciones extranjeras. Antes que definir la cultura de catacumbas como la de uno sólo de estos grupos, encuentro que ésta es una metáfora aglutinadora que busca trazar un espacio común de disidencia. Ahí convergieron una multiplicidad de prácticas que compartían la oposición, desde la cultura y el pensamiento, al proyecto mesiánico de la dictadura (antes que a alguna política particular del régimen). Su sentido último fue decir: “no todos fuimos cómplices”, “desde la marginalidad, luchamos por la sobrevivencia de culturas alternativas, algunos con más, otros con menos”.

A lo largo de la investigación he recibido algunos reclamos de quienes opinan que “de alguna manera había que sobrevivir”, es decir, que la actividad intelectual durante el autodenominado Proceso de Reconstrucción Nacional consistió en una serie de expresiones espontáneas y desordenadas de un muy reducido grupo de intelectuales un tanto rebeldes. Y entonces, ¿por qué buscarle cierta lógica? ¿Con qué objetivo otorgarle importancia alguna? ¿Para qué estudiar esta experiencia? “Estos estudios son significativos en el régimen estalinista e incluso en el Chile de Pinochet, pero no en la Argentina de Videla”. Incapaz de contestar estos interrogantes a partir de los estudios que se han publicado sobre el tema (por su brevedad y falta de sistematicidad), decidí continuar con mi investigación *a pesar* de la relativa brevedad de la experiencia dictatorial argentina y adscribiendo entonces una importancia en sí misma a la

singularidad del fenómeno estudiado. Viajé a Buenos Aires, elaboré 19 entrevistas a profundidad a intelectuales, profesores y “hombres de cultura” que participaron en los grupos (ya sea como estudiantes o profesores). Posteriormente, viajé a París, donde encontré a algunos de los profesores de los grupos que tuvieron lugar en los años sesenta. También con ellos mantuve un diálogo.

Los resultados del trabajo de campo fueron alentadores: lejos de encontrar en los grupos de estudio un espacio de caos e improvisación, descubro que, de hecho, esta experiencia se inscribe en una larga tradición de actividad intelectual independiente del Estado, que surge desde finales de los años treinta, como resultado de los esfuerzos por construir un campo intelectual autónomo en una sociedad organizada bajo un modelo corporativo y con muy poca libertad de expresión. A pesar de su escaso grado de institucionalización, los grupos de estudio fueron, desde la década de 1960, un espacio privilegiado de formación intelectual, donde el principal objetivo no era hacer política, sino leer autores de vanguardia y construir un discurso crítico en circunstancias donde privaba el miedo y al pensador le había sido conferido el semblante de terrorista.

Para los profesores de los grupos, esta práctica se fue convirtiendo en una instancia de consagración intelectual. No obstante, antes que el prestigio, aquí se buscó matar la soledad, que acaba con el intelectual en la medida que le arrebató todo espacio de publicidad. Más aún, durante la última dictadura, los grupos permitieron la construcción de una comunidad inserta en un nuevo *episteme*, así como una red de diálogo y transmisión de ideas que fue creando las bases para el re-nacimiento del espacio público al momento del colapso del régimen autoritario.

La experiencia de los grupos resulta paradójica. Estas reuniones clandestinas de estudiantes y profesores tuvieron lugar en un clima sumamente adverso para la reflexión. La censura había paralizado la industria editorial, las universidades estaban tomadas por los

militares, el campo intelectual había sido fracturado y algunos de sus personajes más célebres eran víctimas de la represión gubernamental o se habían exiliado. No obstante, fue en este contexto que se formaron gran parte de las elites culturales argentinas de hoy. Por supuesto que no hablo de una formación acabada, capaz de suplantar una buena formación universitaria. Pero, muchos de quienes siguieron una carrera en las humanidades<sup>1</sup> y en la escritura comenzaron a conocer en esos grupos los paradigmas bajo los que se rigen actualmente o bajo los que han creado gran parte de su obra. Algunos alumnos dicen que fue entonces cuando comenzaron a pensar. Otros célebres intelectuales identifican a éste como el “momento de su verdadera formación”. A pesar de la férrea censura, unos y otros ampliaron su panorama de referencias culturales con elaboraciones más recientes, como la escuela de Frankfurt, la escuela de Birmingham, el pensamiento posestructuralista. Más aún, en estos espacios los estudiantes más politizados pudieron cuestionar algunos de los dogmas que habían aprendido a lo largo de su experiencia de militancia.

Este estudio se inscribe en las discusiones sobre el papel de los intelectuales en el orden social. Por lo tanto, el primer capítulo estará dedicado a definir qué es un intelectual y cómo se ha pensado esta categoría social desde la razón ética y la razón sociológica. Aquí me interesa, sobre todo, estudiar un problema que ha recibido poca atención: qué sucede con la figura del intelectual cuando el espacio público desaparece. Aún cuando el intelectual ha sido tradicionalmente pensado como un hombre de cultura que participa en el debate público, ésta categoría se ha exportado a sociedades bajo regímenes autoritarios e incluso totalitarios, sin pensar detenidamente las consecuencias de la desaparición (o disminución) del espacio público en tales circunstancias. Reflexionaré pues en torno a este fenómeno a partir de la experiencia soviética y el periodo de la Ocupación en Francia, a fin de trazar una definición del intelectual

---

<sup>1</sup> Hablo de éstas en un sentido amplio que comprende la crítica literaria, la historia, la filosofía, el periodismo de análisis.

disidente e interrogar su universalidad.

El segundo capítulo tiene como objetivo dar un contexto a la práctica de los grupos durante el Proceso. Hablaré de las características principales del Estado argentino a lo largo de este periodo, así como el trasfondo ideológico de la represión cultural. Describiré las políticas cultural y educativa de la dictadura y buscaré trazar las continuidades entre éstas y aquellas de los gobiernos predecesores. En estos dos capítulos elaboraré mis reflexiones principalmente a partir de literatura secundaria, misma que busco enriquecer por medio de testimonios sobre la vida cotidiana durante esos años.

El tercer capítulo estará dedicado a hacer una descripción de los grupos de estudio de la última dictadura, así como de algunas prácticas afines a éstos. Me centraré en los grupos dirigidos por cuatro profesores (Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia, Josefina Ludmer y Juan José Sebreli) y buscaré dilucidar sus dinámicas y contenidos teóricos. Analizaré los proyectos filosóficos y literarios de cada grupo y las diferencias entre éstos. Por último, buscaré deconstruir la metáfora de las catacumbas y luchar contra su poder de seducción para develar su sentido.

El capítulo final estará dedicado a rastrear los orígenes de estos grupos, tarea que supone sumergirse en los años sesenta y mirar, aunque sea brevemente, la historia del campo intelectual en Argentina. Describiré algunos de los primeros grupos, cómo fueron percibidos y por qué se popularizaron. Hablaré también de la que se recuerda como la primera “universidad de las sombras”, el Colegio Libre de Estudios Superiores, y de las deferentes tradiciones de estudio y pensamiento que convergieron en la práctica de los grupos, entre las que tienen un papel preeminente el masottismo y el marxismo académico.

En el tercer y cuarto capítulos mi voz dejará de ser omnipresente, al alternarse con los testimonios de quienes participaron en los grupos y me ayudaron a reconstruir —desde la

memoria— esta historia sin documentos. Creo que sus voces facilitarán la lectura, dando otros acentos al castellano y rompiendo con el ritmo de mi escritura. Más aún, permitirán entender al lector que este fenómeno genera visiones encontradas y mi manera de explicarlo sólo podrá enriquecerse si es negada, revisada, reinterpretada y debatida.

## I. EL INTELLECTUAL EN DICTADURA

No se escribe para esclavos.  
El arte de la prosa es solidario con el único régimen  
donde la prosa tiene sentido: la democracia.  
Cuando una de estas dos cosas está amenazada,  
también lo está la otra.  
Y no basta defenderlas con la pluma.

*Jean Paul Sartre*

### *Entre el compromiso y la traición*

El término intelectual es de difícil definición. Esta dificultad surge, como propone Pascal Ory, de la generalización del uso del término en las sociedades contemporáneas y el placer que acompaña su enunciación.<sup>2</sup> Asimismo, supone un reto para todo estudioso de este campo el hecho de que esta noción se ha ido cargando de sentido dentro de dos tradiciones de pensamiento muy distintas: por un lado, la razón sociológica, por el otro, la razón ética. La imposibilidad de proponer al lector un sistema de valores absoluto me obliga a abandonar todo esfuerzo normativo de definir la figura del intelectual y utilizar un criterio de definición centrado en el papel que desempeñan los intelectuales en el orden social; es decir, adoptar una mirada sociológica.

Sin embargo, haré un breve *excursus* sobre cómo se ha definido la figura del intelectual desde la razón ética, ya que esta mirada ha tenido gran influencia en la manera en que los intelectuales han entendido su lugar en la sociedad. Los ejemplos más notables de esta tradición son Julien Benda, Jean Paul Sartre y Edward Said. En los escritos de estos tres pensadores está presente la idea de que los intelectuales son portadores de una misión. Existen, por lo tanto, dos tipos de intelectuales: los verdaderos y aquellos que son infieles a su misión, los traidores.<sup>3</sup> El texto emblemático de esta postura es el manifiesto de Benda publicado en 1927 bajo el título *La trahison des clercs* (La traición de los intelectuales).

---

<sup>2</sup> “Qu’est-ce qu’un intellectuel”, en Jean Goulemot *et al.*, *Dernières questions aux intellectuels et quatre essais pour y répondre*, París, Olivier Orban, 1990, p. 11.

<sup>3</sup> Véase Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Norma, 2006, pp. 31-47.

Esta obra postula que la misión del intelectual es la defensa de valores abstractos y atemporales, a saber, la Justicia, la Verdad, la Razón y la Libertad. El intelectual no debe caer preso de pasiones políticas, como el antisemitismo, el nacionalismo o el marxismo. Benda traza así una historia de la figura del intelectual donde éste y el clérigo tienen una identidad y una función compartidas. La función del clérigo es poner freno al sector de la humanidad que anhela el poder temporal, conformado por las masas populares, la burguesía y los gobernantes.<sup>4</sup> Así, a lo largo de la historia, sus intervenciones en el debate público no se hicieron en beneficio de una u otra facción política ni con afán de conseguir algún fin práctico, sino en nombre de la Justicia y la Verdad. El clérigo del periodo de entre guerras es, sin embargo, un hombre caído, que no ha sabido resistir a la tentación de los grandes imaginarios sociales. “Casi no hay alma en Europa”, escribe Benda, “que no se encuentre tocada (o no crea estarlo) por una pasión de raza, clase o nación y, con frecuencia, por las tres a un tiempo”.<sup>5</sup>

*La trahison* articula un rechazo al nacionalismo reaccionario de Acción Francesa. No obstante, sus postulados van más allá de la coyuntura en la que está inserto el texto. Los artífices de la traición son en la misma medida los pensadores ligados al nacionalismo católico, como aquellos que hablan en nombre del comunismo o del fascismo. En tono profético postula: “Nuestro siglo será propiamente el siglo de la organización intelectual de los odios políticos”.<sup>6</sup>

*La trahison* no debe interpretarse como un texto en contra del compromiso intelectual. Aquí la figura del intelectual comprometido es aquella de quien interviene en el debate público en nombre de los grandes valores humanistas, sin estar ligado a intereses políticos particulares. Esta asimilación del compromiso intelectual con una lucha de carácter ético es producto de las circunstancias en las que se popularizó el término “intelectual”: el *affaire Dreyfus*.

Entre la concatenación de eventos que constituyen el *affaire* destacan: la publicación del

---

<sup>4</sup> *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efece, 1974, p. 42.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 33.

*J'accuse* por Émile Zolá en enero de 1898 en *L'Aurore*; la protesta de una centena de “hombres de cultura”, publicada en el mismo diario, “en oposición a la violación de las formas jurídicas en el proceso de 1894” contra el capitán de origen judío-alsaciano, Alfred Dreyfus; así como la aparición del editorial titulado “*La protestation des intellectuels ?*”, en el periódico *Le Journal* bajo la firma literaria más prestigiosa de aquel momento —junto con la de Anatole France—, Maurice Barrès.<sup>7</sup> Firmaron la protesta hombres de distintas profesiones: escritores, abogados, arquitectos, físicos, geógrafos. Los unía la recurrencia al intelecto como argumento de autoridad para intervenir en el espacio público en oposición a una medida gubernamental. Algunos de los firmantes, entonces muy jóvenes, son los grandes nombres de la literatura: Proust, Gide, Zolá, Anatole France.

Gran parte de los antidreyfusards eran también, de hecho, “hombres de cultura”. No obstante, fueron ellos quienes comenzaron a utilizar el término “intelectual” para designar peyorativamente a quienes opinaban sobre un tema del que no tenían competencia alguna, a partir de un pretendido dominio de la razón. “Pobre hombre el que no hace más que ‘desrazonar’ con autoridad sobre temas que desconoce”,<sup>8</sup> escribe Barrès. El reclamo contra los intelectuales se centró también en su defensa de la universalidad de la razón, sin tomar en cuenta que toda verdad está *situada* dentro de un contexto social. Más aún, para los antidreyfusards, la verdad tiene un valor mientras sirva al mantenimiento del orden social. La definición de intelectual para Barrès es entonces: “individuo que se persuade de que la sociedad debe fundarse sobre la lógica y desconoce que ésta reposa, de hecho, sobre necesidades anteriores y quizás extrañas a la razón individual”.<sup>9</sup>

En la base de la polémica entre dreyfusards y antidreyfusards yacen los interrogantes de

---

<sup>7</sup> Para una discusión detallada del *Affaire Dreyfus* y los errores narrativos que han acompañado la popularización del recuento histórico véase Pascal Ory, “Qu’est-ce qu’un intellectuel”, art. cit., pp. 9-23.

<sup>8</sup> *Apud, ibid.*, p. 19. La traducción es mía.

<sup>9</sup> *Apud, ibid.*, p. 20. Traducción propia.

cuáles son los actores que gozan de legitimidad para actuar en el espacio público y qué valores permiten la sobrevivencia y el perfeccionamiento de la comunidad política. ¿La obediencia o la justicia? ¿La verdad o la paz social? Más aún, ¿a qué valores está ligada la labor de pensar? ¿Debe defenderse el libre pensamiento incluso por encima de la grandeza de la nación? En una serie de ensayos publicada en 1948 bajo el título *¿Qué es la literatura?*, Sartre expone su postura frente a algunas de estas cuestiones.<sup>10</sup>

Todo escritor es para Sartre un intelectual, menos los poetas, y el escritor tiene una responsabilidad con su tiempo. No obstante, la figura del clérigo-intelectual, que se dedica a la contemplación pura es cómplice de los opresores.<sup>11</sup> La idea misma de la huida al mundo del espíritu reposa en una ideología justificatoria de la opresión, en la medida en que niega la capacidad de la literatura para crear conciencia entre los oprimidos —sacando a la luz su alienación. Así, Sartre responde a la idea de la traición de los clérigos diciendo que “no hay clérigos entre los oprimidos. Los clérigos son necesariamente los parásitos de clases o razas que oprimen”.

De acuerdo con la visión sartreana, si un individuo afroamericano en el Estados Unidos previo a la lucha por los derechos civiles descubre una vocación de escritor, cada uno de sus libros deberá hablar de la opresión de su cultura, mostrando la profunda desigualdad social que tiene lugar en un país que pretende enaltecer el valor de la igualdad. Esta escritura denunciativa tiene al realismo como posibilidad estética, pero debe ir más allá de una fría descripción de la realidad, recurriendo a una pluma apasionada que logre involucrar al lector. El estilo del escritor comprometido queda así indeterminado: podrá ser “un panfletario, un autor de blues, el

---

<sup>10</sup> Éste se convertirá en un texto emblemático para el intelectual de izquierda en Francia durante el periodo de hegemonía de la izquierda que subsiguio a la derrota del nazismo (1945-57) (véase Pascal Ory y Jean François Sirinelli, *Les intellectuels en France : de l’Affaire Dreyfus à nos jours*, París, Colin, 1992.) En América Latina adquirirán también enorme popularidad las palabras de Sartre. El periodo de auge de la noción sartreana del compromiso, sin embargo, llegaría algunos años más tarde, en la década de 1960 (tratamiento del tema en Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003).

<sup>11</sup> “Pour qui écrit-on ?” en su libro *Qu’est-ce que la littérature ?*, París, Gallimard, 1985, p. 161.

Jeremías de los negros del Sur”.<sup>12</sup>

Para Sartre, todo escritor está preso en una paradoja: aún cuando, en principio, escribe para todos los hombres, para el “lector universal”, se encuentra *situado* en una coyuntura. Por lo tanto, el escritor verdadero (es decir, aquel que no ocupa el lugar de “perro de guardia” o “bufón” de las clases dominantes), antes que comprometerse con la defensa de “valores puros”, debe dirigir su compromiso hacia la libertad concreta, cotidiana, tomando partido en las luchas políticas.<sup>13</sup>

Il en faudrait pas croire que [l'écrivain] incarne le clerc tel que Benda l'a décrit. Car, puisque sa position est critique par essence, il faut bien qu'il ait *quelque chose* à critiquer; et les objets qui s'offrent d'abord à ses critiques ce sont les institutions, les superstitions, les traditions, les actes d'un gouvernement traditionnel.<sup>14</sup>

Más aún, escribe Sartre:

La liberté à laquelle l'écrivain nous convie, ce n'est pas une pure conscience abstraite d'être libre. Elle *n'est pas*, à proprement parler, elle se conquiert dans une situation historique; chaque livre propose une libération concrète à partir d'une aliénation particulière.<sup>15</sup>

El acto de escribir es para Sartre un acto de libertad que llama a la libertad del lector. Como sugiere la cita con la que comenzamos este capítulo, la defensa de la escritura es también la defensa de la libertad. “No se escribe para esclavos”, y, por lo tanto, es una misión del escritor impedir que la sociedad sea encadenada.

La tercera visión normativa en la que me detendré es la que propone Edward Said a comienzos de la década de 1990 en un conjunto de conferencias radiales sobre la figura del “intelectual público”. Para Said, el intelectual goza de una capacidad singular para articular un punto de vista, una opinión o una actitud frente y para un público. Por lo tanto, es un individuo

---

<sup>12</sup> ¿A quién debe dirigirse tal escritor? Según Sartre, poco servirá escribir para el hombre universal, que no se compromete con ninguna época, para quien importan poco las diferencias entre los negros de Louisiana y los esclavos romanos en la época de Espartaco. Escribir a los partidarios del racismo no tendrá tampoco sentido, pues en tal caso, sus libros permanecerían cerrados. Dirigirse al público europeo puede contribuir a su enaltecimiento propio, en caso de gozar de buena aceptación. Pero los honores son siempre pasajeros; Europa está lejos y sus “indignaciones son ineficaces e hipócritas”. Ya que los negros campesinos no podrán leerlo, este escritor deberá dirigirse a los negros cultivados del Norte y los “americanos blancos de buena voluntad” (*ibid.*, pp. 85-86).

<sup>13</sup> “Pourquoi écrire?”, en *ibid.*, p. 72.

<sup>14</sup> “Pour qui écrit-on?”, en *ibid.*, p. 114.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 78.

“con un rol público específico en la sociedad, que no puede ser reducido a ser un profesional sin rostro (*faceless professional*)”.<sup>16</sup> Más aún, sólo pueden ocupar este lugar aquellos que:

saben que están ahí para hacer preguntas difíciles, confrontar a la ortodoxia y el dogma (más que producirlos), no ser fácilmente cooptados por gobiernos y corporaciones, y cuya *raison d'être* es representar a todos aquellos pueblos y problemas que son comúnmente olvidados o silenciados.<sup>17</sup>

El intelectual desempeña esta tarea en nombre de valores universales, sin embargo, —y es aquí donde reside la diferencia fundamental entre Benda y Said— no hay huida posible a los reinos del arte y del pensamiento puros.<sup>18</sup> Es decir, el intelectual está siempre en diálogo con su tiempo y son las posturas que toma frente a los problemas de su tiempo las que diferencian a un intelectual crítico del que no lo es. Más aún, un intelectual no es un ser abstracto, ajeno a toda particularidad nacional o lingüística. Está inscrito en un medio cultural, en un lenguaje. En consecuencia, toda reflexión sobre el rol del intelectual debe tomar en cuenta los diferentes contextos lingüísticos, históricos y nacionales que han forjado los problemas, patologías y prejuicios de un grupo específico de intelectuales.

A partir de la lectura de Said surge necesariamente el interrogante de si es pertinente utilizar el aparato teórico sobre el rol de los intelectuales creado a partir de la historia francesa para analizar la actuación de los intelectuales latinoamericanos. Como veremos más adelante, la respuesta es a la vez negativa y afirmativa, en virtud de que el intelectual, como categoría social, existe en numerosas sociedades —es decir, goza de cierta universalidad—, al tiempo que el desarrollo histórico del campo intelectual francés y latinoamericano es visiblemente distinto.

La perspectiva normativa sobre la función del intelectual supone fuertes limitaciones para el trabajo analítico, ya que la línea que divide a los intelectuales críticos de los corruptos o traidores tiende a ser borrosa y permanecer en un constante vaivén. La razón sociológica

---

<sup>16</sup> “Representations of the Intellectual”, en *Representations of the Intellectual. The 1993 Reith Lectures*, London, Vintage, 1994, p. 9. La traducción es mía.

<sup>17</sup> *Loc. cit.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 29.

propone una manera un tanto menos endeble de entender la figura del intelectual. No haré una revisión exhaustiva de las perspectivas teóricas sobre la sociología de los intelectuales, ya que esta tarea demandaría la consideración de un enorme número de trabajos y poco aportaría al objeto de mi interés, que es el rol del intelectual en las sociedades donde el espacio público es prácticamente inexistente. Esta problemática ha sido aún poco explorada y permanece como un campo que requiere mayores elaboraciones teórico-conceptuales.

Conviene pues acercarse a los trabajos de Pierre Bourdieu, por la riqueza de su aparato conceptual y la claridad con que demuestra que es imposible reducir el campo intelectual a un conjunto de determinaciones económicas y políticas. Me detendré también, brevemente, en el proceso de construcción del espacio público en Habermas, a fin de explorar si existe o no la figura del intelectual en las sociedades donde este espacio ha sido eliminado o fracturado. Tales consideraciones, aunadas a una reflexión sobre la intelectualidad disidente en la antigua Unión Soviética, me permitirán hacer algunas proposiciones sobre cuál es el rol del intelectual en un régimen dictatorial y trazar las características del intelectual disidente más allá del contexto soviético.

### *La mirada sociológica*

Para Bourdieu, la posibilidad de crear una sociología del intelectual parte del principio de que “la relación entre el escritor y su trabajo son afectadas por el sistema de relaciones sociales en el que la creación, como un acto de comunicación, tiene lugar”.<sup>19</sup> Así, “el intelectual no es el ‘creador increado’ ni el clasificador inclasificable’ con el que soñaba Sartre. El intelectual es un producto social”.<sup>20</sup> Es necesario, entonces, estudiar las condiciones de producción de los bienes

---

<sup>19</sup> “Intellectual Field and Creative Project”, en M.F.D. Young (ed.), *Knowledge and Control: New Directions in the Sociology of Education*, Londres, Collier-Macmillan, 1971, p. 161 (la traducción es mía). Bourdieu prefiere hablar de escritores o artistas a fin de evitar la grandilocuencia asociada al término “creador”. Sin embargo, sus reflexiones sobre la producción cultural no se reducen a la literatura.

<sup>20</sup> Marie-Christine Granjon, “Une quête comparée sur l’histoire des intellectuels : synthèse et perspectives”, en Michel Trebitsch y Maire-Christine Granjon (eds.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, Bruselas-París, Complexe-IHTP/CNRS, 1998, p. 23.

culturales, las relaciones entre el poder político y el campo intelectual, así como las luchas internas dentro de este último. Los intelectuales, como productores de bienes culturales, contribuyen a elaborar las representaciones del mundo, las categorías de percepción, los esquemas de pensamiento. Privados de poder político y económico, éstos gozan de un capital simbólico, que pueden poner al servicio de los dominadores, en calidad de expertos, o de los dominados, en calidad de intelectuales críticos.<sup>21</sup> Bourdieu describe este capital simbólico como sigue:

Les producteurs culturels détiennent un pouvoir spécifique, le pouvoir proprement symbolique de faire voir et de faire croire, de porter au jour, à l'état explicite, objective, des expériences plus ou moins confuses, floues, informulées, voire informulables, du monde naturel et du monde social, et, par là, de les faire exister.<sup>22</sup>

En el centro de la sociología de la cultura de Bourdieu está el concepto de “campo intelectual”. Al trazar esta noción, Bourdieu se propuso eliminar la ambigüedad que obnubila las discusiones sobre la historia social del arte cuando hablamos de “contexto”, “medio” o “trasfondo social”.<sup>23</sup> El campo intelectual se rige por leyes propias, es decir, independientes de aquellas de la política y la economía. Su estructura se determina por las *relaciones* entre los diferentes agentes dentro del campo en un momento determinado.<sup>24</sup>

El campo intelectual surge en las sociedades modernas como resultado de la especialización de las actividades humanas y la aparición de “autoridades de selección y consagración propiamente intelectuales”.<sup>25</sup> Al describir este proceso, Bourdieu escribe:

La vida intelectual estuvo dominada, a lo largo de la Edad Media, parte del Renacimiento y, en Francia, por la importancia de la Corte, durante el periodo clásico, por una autoridad de legitimación externa. Fue de manera gradual que llegó a organizarse en un campo intelectual, en la medida en que los creadores comenzaron a liberarse económica y socialmente del patronazgo de la aristocracia y de la Iglesia, así como de sus valores éticos y estéticos.<sup>26</sup>

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>22</sup> “Le champ intellectuel: un monde à part”, en *Choses dites*, París, Minuit, 1987, p. 174.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>24</sup> Los agentes, a su vez, se definen por su posición particular y tienen características posicionales. Esta es así una perspectiva que privilegia las *relaciones* entre diversas posiciones, sobre las interacciones entre agentes.

<sup>25</sup> “Intellectual field”, p. 162. La traducción en mía

<sup>26</sup> *Loc. cit.*

Con la autonomización del campo intelectual surge la figura del intelectual independiente —“aquel que no reconoce ni desea reconocer ninguna obligación más allá de las demandas intrínsecas de su proyecto creativo” —, y paradójicamente, aparece también la posibilidad del compromiso intelectual.<sup>27</sup> Así, escribe,

C'est l'autonomie du champ intellectuel qui rend possible l'acte inaugural d'un écrivain (Zola) qui, au nom des normes propres du champ littéraire, intervient dans le champ politique, se constituant ainsi en intellectuel. Le “*J'accuse*” est l'aboutissement et l'accomplissement du processus collectif d'émancipation qui s'est progressivement accompli dans le champ de production culturelle: en tant que rupture prophétique avec l'ordre établi, il réaffirme, contre toutes les raisons d'État, l'irréductibilité des valeurs de vérité et de justice, et, du même coup, l'indépendance des gardiens de ces valeurs par rapport aux normes de la politique.<sup>28</sup>

La lucha por la definición de la cultura legítima es la principal fuerza estructuradora del campo intelectual. En esta disputa, el prestigio dota de poder a los agentes, por lo tanto, adquieren importancia las instancias de consagración “propia mente intelectuales”, como las casas editoriales, los círculos de escritores y las asociaciones culturales.<sup>29</sup> Por otro lado, una de las transformaciones más significativas que ocurren al momento en que se constituye un campo intelectual autónomo es aquella que concierne a la relación entre los creadores y sus interlocutores (*addressees*). En el caso de la literatura, en lugar de un selecto grupo de aristócratas, los escritores se enfrentan ahora a un público, “una masa indiferenciada, impersonal y anónima de lectores sin rostro”. Y es esa masa informe la que dota de reconocimiento al autor, convirtiéndolo en poseedor de un poder simbólico, que no es ajeno en todo al poder económico. Así pues, la constitución de la figura del “intelectual autónomo” depende en última instancia de la existencia de un mercado de bienes culturales. En éste, la manera en que se adscribe valor al arte y a la creación está determinada por una multiplicidad de factores que no pueden reducirse a la superioridad formal de una obra.<sup>30</sup>

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>28</sup> *Les règles de l'art, Genèse et structure du champ littéraire*, París, Seuil, 1992, p. 186.

<sup>29</sup> Véase *ibid.*, *passim*.

<sup>30</sup> A este propósito escribe Bourdieu: “Les dispositions ‘subjectives’ qui sont au principe de la valeur ont, en tant

La formación del campo intelectual en las sociedades modernas forma parte de un fenómeno más amplio: la constitución del espacio público a mediados del siglo XVIII. De acuerdo con Habermas, la condición de posibilidad para el surgimiento de este espacio, que difiere de la noción griega de *bios politikos*, fue la privatización de la vida cotidiana. Este proceso, paulatino, se manifestó en la transformación de las estructuras y prácticas familiares. Asimismo, al dotar de una pretensión de autonomía al intercambio económico capitalista, dio origen a la conciencia burguesa.

[The patriarchal conjugal family] was the scene of a psychological emancipation that corresponded to the political-economic one. Although there may have been a desire to perceive the sphere of the family circle as independent, as cut off from all connection with society, and as the domain of pure humanity, it was, of course, dependent on the sphere of labor and commodity exchange [...] In a certain fashion commodity owners could view themselves as autonomous. To the degree that they were emancipated from governmental directives and controls, they made decisions freely in accord with standards of profitability. In this regard they owed obedience [...] only to the anonymous laws [...] [of] the market. These [...] were backed up by the ideological guarantee of a notion that market exchange was just [...] Such an autonomy of private people, founded on the right of property [...] had to be capable of being portrayed as such.<sup>31</sup>

Para Habermas, la construcción de la intimidad familiar fue el sello de verdad de la autonomía que se ejercía en la libre competencia. La conciencia burguesa en realidad surgió a partir de la negación de las raíces económicas de la privacidad familiar. “La familia *pareció* establecerse de forma voluntaria, por individuos libres y sin coerción”; estar fundada en el amor de ambos esposos y permitir el cultivo no instrumental de la personalidad. Esta trilogía de unión voluntaria, comunidad de amor y cultivo del intelecto dio origen a “un concepto de humanidad que suponía ser inherente al hombre y constituir su absoluto”: la emancipación de su “reino interno” de toda determinación o propósito extrínseco.<sup>32</sup>

Así, el espacio público en Habermas se conforma de “personas privadas” que hacen uso

---

que produits d'un processus historique d'institution, l'objectivité de ce qui est fondé dans un ordre collectif transcendant aux consciences et aux volontés individuelles : le propre de la logique du social est d'être capable d'*instaurer* sous la forme de champs et d'*habitus* une libido proprement sociale qui varie comme les univers sociaux où elle s'engendre et qui elle soutient" (*ibid.*, pp. 244-45).

<sup>31</sup> *The Structural Transformation of the Public Sphere: an Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Polity Press, 1989, p. 46.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 46-47. La traducción es mía.

público de su razón.<sup>33</sup> Éste (también llamado esfera pública) se sitúa entre la esfera de la autoridad pública y la esfera de lo privado, pero, en realidad, pertenece a esta última. El espacio público es un lugar de contención y crítica del poder político. En el seno de éste surge la opinión pública, que pone en contacto al Estado con las necesidades de la sociedad.

Los orígenes del espacio público, sin embargo, son ajenos a la política. La crítica del poder es una herencia de la literatura, en la medida en que el espacio público comenzó a gestarse en las reuniones de la “intelectualidad” burguesa con la aristocracia humanista en los *coffee houses*, *salons* y *Tischgesellschaften*, en lo que hoy son Inglaterra, Francia y Alemania respectivamente. Al describir los *coffee houses* del Londres de principios del siglo XVIII —una vez que no sólo el té, sino también el café y el chocolate, se habían convertido en bebidas de las clases altas—, Habermas comenta: “Critical debate ignited by works of literature and art was soon extended to include economic and political disputes, without any guarantee that such discussions would be inconsequential.”<sup>34</sup>

Y explica de la siguiente manera los orígenes de la esfera pública:

Even before the control over the public sphere by public authority was contested and finally wrested away by the critical reasoning of private persons on political issues, there evolved under its cover a public sphere in apolitical form —the literary precursor of the public sphere operative in the political domain. It provided the training ground for a critical public reflection.<sup>35</sup>

Las reuniones de *salon* se basaban sobre el supuesto de la igualdad de los hombres cultivados; por lo tanto, en las discusiones que ahí se desarrollaban, la opinión no estaba determinada por la dependencia económica del patrón.<sup>36</sup> No obstante, la expansión de la idea ilustrada de la razón tuvo un carácter dialéctico: si bien sólo podría alcanzarse mediante el debate y la discusión, las reuniones literarias se llevaban a cabo en secreto o en espacios

---

<sup>33</sup> Véase Michael Warner, *Publics and Counterpublics*, Nueva York, Zone Books, 2002, p. 57.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, p. 33.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>36</sup> En principio la membresía de los *salons* era ilimitada y todo el que tuviera acceso a los bienes culturales podría participar. Habermas insiste en esta idea, pues le interesa destacar la naturaleza esencialmente democrática del espacio público. En realidad los bienes culturales en los años constitutivos del espacio público estaban en manos de pequeños sectores de la burguesía y la aristocracia.

“protegidos”, pues el uso público de la razón representaba una amenaza a toda relación de dominación.<sup>37</sup> Este encierro de la razón, sin embargo, vio su fin al momento en que el mercado puso los bienes culturales en manos del hombre común.

Para Habermas, los hombres que cultivan la razón ilustrada son el espíritu crítico de la sociedad y desempeñan un papel central en la formación de un espacio tanto de contención de los abusos del poder político, como de influencia sobre las decisiones de los gobernantes. Para el crítico, esta labor no supone la pérdida de autonomía: “el intelectual se compromete en nombre del interés público desde los márgenes, es decir, sin rescindir a su involucramiento profesional en contextos de significado que tienen una lógica autónoma, ni ser engullido por las formas organizativas de la actividad política”.<sup>38</sup>

En la obra de Habermas y en los trabajos de Bourdieu, el ejercicio de la actividad intelectual aparece representado dentro de un espacio autónomo.<sup>39</sup> En esta autonomía se funda la legitimidad del intelectual para la crítica del poder político. No obstante, la existencia de tal territorio de criticidad depende de ciertas condiciones políticas y garantías civiles. El espacio público, tal como lo concibe Habermas, únicamente puede existir en un orden liberal, donde está garantizada la libertad de expresión.

Citizens act as a public when they deal with matters of general interest without being subject to coercion; thus with the guarantee that they may assemble and unite freely, and express and publicize their opinions freely.<sup>40</sup>

El régimen político afecta la estructura, el funcionamiento y la existencia misma de los espacios de reflexión. Como veremos en las siguientes páginas, en un orden autoritario el

---

<sup>37</sup> Jürgen Habermas, *op. cit.*, p. 35.

<sup>38</sup> *The New Conservatism: Cultural Criticism and the Historians' Debate*, en Sherry Weber Nicholsen (ed. y trad.), Cambridge, Mass., 1989, pp. 89, 87, *apud*, Lloyd Kramer, “Habermas, Foucault, and the Legacy of Enlightenment” en Leon Fink y Stephen T. Leonard (eds.), *Intellectuals and Public Life. Between Radicalism and Reform*, Ithaca, Cornell University, 1996, p. 40. La traducción es mía.

<sup>39</sup> Es decir, uno que tiene normas de funcionamiento propias y no puede reducirse a un conjunto de determinantes económicos e imperativos políticos.

<sup>40</sup> “The Public Sphere” en Chandra Mukerji y Michael Schudson (eds.), *Rethinking Popular Culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies*, Berkeley, University of California, 1991, p. 398.

espacio público es fracturado o desaparece y las relaciones de heteronomía se convierten en la principal fuerza estructuradora del campo intelectual. Al cuestionar la utilidad del modelo de campos de Bourdieu en el contexto de la Ocupación en Francia, Fabienne Faderini propone que la publicidad del intelectual, condición indispensable para pensar la naturaleza misma de esta figura, únicamente es posible en un régimen democrático:

Bourdieu fait de l'affaire Dreyfus une référence intemporelle et absolue. En cela, il prescrit des conditions idéalement pures de l'intervention publique des "intellectuels", tentés ainsi d'attendre pour agir une cause exemplaire et des moyens irréprochables [...] Or, ces conditions idéalement pures, si parfaitement définies, ne valent que dans un contexte pacifié et sous un régime démocratique [...] Quant à l'expression "régime démocratique", elle renvoie expressément à une situation politique où les débats publics sont possibles et où les oppositions politiques peuvent s'exprimer sans crainte de sanctions administratives ou physiques. Comme ce fut le cas lors de l'affaire Dreyfus.<sup>41</sup>

Así pues, el problema del rol del intelectual en un contexto de dictadura desborda las fronteras que traza la clásica definición del intelectual<sup>42</sup> como un *hombre de cultura que participa en el debate público, reclamando como fundamento de legitimidad para sus intervenciones "una forma de pensamiento crítico, independiente de los poderes y sustentada en el uso de la razón"*.<sup>43</sup> En esta definición no queda claro, en primer lugar, si la función del intelectual cambia en diferentes contextos nacionales y, en segundo, si ésta puede existir incluso cuando el espacio público es prácticamente inexistente, es decir, cuando la relación entre la esfera de lo público y lo privado es alterada por una situación de opresión extrema.

### *Los límites del absoluto*

#### *A. El intelectual en distintos contextos nacionales*

Al abordar la primera problemática arriba señalada desde una perspectiva comparada, es claro que hay variaciones sustantivas en la función de los intelectuales en distintas sociedades. Más aún, hay contextos nacionales donde la figura del intelectual es prácticamente inexistente. En

---

<sup>41</sup> *Écrire ou combattre. Des intellectuels prennent les armes (1942-1944)*, París, La Découverte, 2006, p. 127.

<sup>42</sup> Definición, por otro lado, típicamente francesa. Véase Pascal Ory y Jean François Sirinelli, "L'intellectuel : une définition", en *Les intellectuels en France : de l'Affaire Dreyfus à nos jours*, op. cit., pp. 9-12.

<sup>43</sup> Federico Neiburg y Mariano Plotkin, "Intelectuales y expertos: Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina", en el libro editado por los autores bajo el título *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 15.

Bélgica, Suiza y los países escandinavos, por ejemplo, una cultura política fundada en el consenso, la moderación, el pragmatismo y el anti-elitismo deja muy poco espacio para manifiestos y proclamas de “hombres de cultura”. Así, cuando éstos participan en el debate público, no lo hacen en calidad de representantes de “la razón”, sino como expertos, o bien, en función de su pertenencia política, sindical o religiosa.<sup>44</sup>

En el mundo anglosajón, una fuerte tradición de anti-intelectualismo pone en duda la idea misma del prestigio de los intelectuales —noción fundatriz del pensamiento francés sobre este tema. En la sociedad inglesa, la legitimidad de los actores públicos está fuertemente ligada a la tradición y aquel que busca ocupar un lugar en el debate público en nombre de la superioridad de la razón es visto con sospecha. Para George Orwell “los ingleses tienen horror a la abstracción”<sup>45</sup> y el escritor Salman Rushdie, comentó en una conferencia que “en Inglaterra, ser tratado de intelectual es un insulto”.<sup>46</sup> En Estados Unidos, la reivindicación del ideal del hombre común sobre aquel de la alta cultura, así como la relación que establece el credo protestante entre la salvación y la acumulación de riqueza, sitúan al intelectual en una posición de marginalidad dentro de la sociedad, de la que habla Lionell Trilling en “The situation of the American Intellectual at the Present Time”.<sup>47</sup>

En América Latina los intelectuales desempeñaron un papel protagónico en los procesos de construcción de estados nacionales —quizás más notable que el que tuvieron en otras sociedades—, en la medida en que los imaginarios nacionales surgieron en el seno de una reducida élite a la vez cultural y política.<sup>48</sup> De acuerdo con Carlos Altamirano, a lo largo del siglo

---

<sup>44</sup> Véase Marie-Christine Granjon, art. cit., pp. 27-29.

<sup>45</sup> “The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius” en su libro *Collected Essays*, Londres, Secker and Warburg, 1961.

<sup>46</sup> Conferencia de prensa publicada bajo el encabezado “Un siècle d’écrivains” (*Antenne*, núm. 2, 4 de octubre de 1999, *apud*, Clarisse Berthezène, “Intellectuels anglais : un faux paradoxe”, en Michel Leymarie y Jean François Sirinelli (eds.), *Histoire des intellectuels aujourd’hui*, París, Presses Universitaires de France, 2003, p. 47).

<sup>47</sup> Ensayo publicado originalmente en *Partisan Review* y republicado en *A Gathering of Fugitives*, Boston, Beacon, 1956, pp. 60-78.

<sup>48</sup> En referencia al caso argentino, Diana Quattrochi-Woison escribe: “L’Argentine fut initialement construite

## XIX,

Juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias al servicio de los combates políticos, tanto en las polémicas como en el curso de las guerras, a la hora de redactar proclamas o de concebir constituciones, actuar de consejeros de quienes ejercían el poder político o ejercerlo en persona. La poesía, con pocas excepciones, fue poesía cívica.<sup>49</sup>

Por otro lado, el intelectual latinoamericano ha tenido siempre a Europa como espacio de referencia y es a partir de la apropiación, reinterpretación y en ocasiones oposición de modelos e ideas europeos que ha articulado los sueños no sólo de modernización y cosmopolitanismo, sino también aquellos de autonomía e indianidad.

Por lo menos hasta los años sesenta del siglo XX, la principal fuente de prestigio intelectual en prácticamente todos los países latinoamericanos fue el Estado, como consecuencia del muy reducido tamaño del público lector.<sup>50</sup> La relación de los intelectuales y la política, sin embargo, no se manifestó en un horizonte homogéneo. En Argentina, por ejemplo, la participación de los intelectuales en la dirección del Estado y los partidos políticos se interrumpió de manera abrupta con el establecimiento del sufragio universal en 1912 y el vuelco del sistema político hacia la conquista de las clases populares. En México y Brasil —por lo menos hasta los años ochenta, momento en que las trayectorias de las elites políticas sufrieron fuertes cambios, con la llegada de los tecnócratas al poder<sup>51</sup>—, los intelectuales de derechas e izquierdas permanecieron cercanos al poder político, ocuparon puestos de decisión de alto nivel y recibieron estímulos económicos para el desarrollo de las “labores del espíritu”.

---

dans l’imagination de quelques esprits clairvoyants. Les batailles de la plume et de l’édition, même dans les époques violentes de guerres civiles, furent les pierres fondamentales de la construction nationale. D’où l’étroite relation entre vie intellectuelle et vie politique et les difficultés d’établir une chronologie intellectuelle indépendante de l’histoire politique” (“L’histoire des intellectuels en Argentine ? Les difficultés d’une société périphérique” en Michel Leymarie y Jean François Sirinelli (eds.), *op. cit.*, p. 91).

<sup>49</sup> “Introducción general”, en Carlos Altamirano (dir.) y Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 9.

<sup>50</sup> Véase Nicola Miller, “The Anxiety of Ambivalence: Intellectuals and the State in Twentieth-Century Argentina, Chile and Mexico”, en Mariano B. Plotkin y Ricardo González Leandri (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto de Historia, 2000, pp. 133-169.

<sup>51</sup> Tratamiento del tema en Rogelio Hernández Rodríguez, *Formación y trayectoria de los secretarios de estado en México: 1946-82*, México, FLACSO, 1984.

Así, en diferentes contextos nacionales, los intelectuales han gozado de distintos grados de autonomía y prestigio. La influencia de la historia francesa en la creación de un corpus teórico sobre qué son y qué función desempeñan los intelectuales ha cargado a éste de una serie de sesgos que los estudios fuera del contexto francés han puesto en duda. El rol social del intelectual, así como las relaciones entre el campo político y el campo intelectual, deben analizarse bajo la luz del desarrollo histórico particular de los espacios de producción cultural, su vigorosidad interna y el conjunto de valores que defiende una determinada comunidad política.<sup>52</sup> Sólo una vez que se han tomado en cuenta estos factores, podrán establecerse comparaciones sobre el lugar del intelectual en distintas sociedades y evaluar el grado de universalidad de esta categoría social. A fin de situar la teoría sociológica de Bourdieu en el contexto argentino, dedicaré el cuarto capítulo de este estudio a hacer un análisis diacrónico sobre las relaciones de autonomía y heteronomía en el campo intelectual, así como las formas de ejercicio de la autonomía.

### *B. El intelectual en dictadura*

Regreso ahora a la definición “clásica” del intelectual y a la segunda problemática que señalé anteriormente, aquella relativa a cómo cambia el rol del intelectual cuando disminuye la libertad en el espacio público. En un trabajo recientemente publicado, Federini escribe,

l'engagement des 'intellectuels' est sans doute l'un des objets le plus étudiés en histoire et en sociologie, au point d'apparaître parfois comme un thème éculé. Et pourtant, malgré toutes les recherches qui lui sont consacrées, rares sont celles qui abordent l'engagement des intellectuels en temps de guerre et, plus rares encore, celles qui s'intéressent à ceux qui se sont engagés dans la résistance active.<sup>53</sup>

Si bien al asociación de la figura del intelectual con el uso crítico de la razón es su fuente de legitimidad para intervenir en el espacio público, lo cierto es que este dominio del escepticismo

---

<sup>52</sup> Como escribe Federini, “L'engagement ‘théorique, abstrait, décontextuelisé et finalement universel et transcendant à toute situation socio-historique particulière’ n'existe pas ; ce qui existe en revanche, c'est une pluralité d'engagements, dont la forme varie selon le contexte historique...dans lequel ils prennent naissance” (*ibid.*, p. 127).

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 5.

no es privativo del intelectual. Sí lo es, en cambio, la puesta en circulación de interpretaciones sobre el orden social, es decir, su intervención en el debate público, su rol de mediador. Éste, sin embargo, sólo puede ejercerse mientras exista un cierto grado de libertad de expresión, es decir, en tanto que manifiestos y peticiones puedan aparecer en los diarios, la palabra esté relativamente libre de censura, las casas editoriales escojan sus publicaciones. La participación del intelectual en el espacio público depende pues de la existencia de este espacio.

Una de las características centrales de los regímenes totalitarios es la eliminación de las actividades asociativas, que constituyen una esfera de mediación entre el individuo y el Estado. En los regímenes autoritarios esta esfera tiende también a la desintegración. ¿Cómo es posible entonces que existan estudios sobre los intelectuales en la URSS, en la Alemania nazi, en la Francia de la Ocupación? ¿Qué significado adquiere la figura del intelectual ahí donde se ha eliminado el espacio público? Un sector de estos estudios está dedicado a los intelectuales orgánicos al régimen, es decir, aquellos que prestaron su intelecto y creatividad a la legitimación del totalitarismo.<sup>54</sup> El desarrollo de estas investigaciones es posible, ya que este grupo de intelectuales no participa, ni bajo un régimen dictatorial ni bajo un régimen democrático, en el espacio público, entendido como esfera de contención y crítica del poder político. Así, ante la interrupción del orden democrático, su función y el sentido de sus prácticas quedan indemnes.

Pero ¿no hemos también escuchado hablar de los escritores de la Resistencia? ¿Y de los intelectuales disidentes en la URSS? Numerosas veces. Muy a pesar de lo que postulan las teorías sobre el rol social del intelectual, esta figura, de hecho, no desaparece con el espacio público. Sus prácticas y el sentido de éstas, sin embargo, se transforman. Así, escribe Federini,

Agir dans un cadre démocratique (IIIe République) ou sous un régime autoritaire (État français), ou bien encore protester dans un pays en paix (affaire Dreyfus) plutôt que dans un pays en guerre

---

<sup>54</sup> Recordemos que, para Gramsci, “todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, una más capas intelectuales que le dan homogeneidad, no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político” (*La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967, p. 21).

(guerre de 1914-1918) influence nécessairement le « système des instruments de lutte disponibles ». C'est au sein de cette structure, définissant en quelque sorte un éventail des possibles contextualisé, que les « intellectuels » adoptent telle ou telle modalité d'action.<sup>55</sup>

Pensar el rol del intelectual en un régimen totalitario o autoritario supone inscribirlo en el contexto de un espacio público prácticamente inexistente o muy reducido. La eliminación de este espacio conlleva la privatización de la vida cotidiana, el desmembramiento de los lazos sociales y la desarticulación de las organizaciones asociativas, como los partidos políticos, las iglesias y los sindicatos.<sup>56</sup> La atomización social que produce un régimen dictatorial tiene efectos profundos en la subjetividad, en la medida que la alteridad está ausente.<sup>57</sup> Así, la eliminación del espacio público pone en riesgo tanto la autonomía del campo intelectual, como la identidad misma del intelectual, que se construye en el diálogo y la polémica.

En una sociedad donde los libre pensadores están obligados a expresarse desde la clandestinidad o la semiclandestinidad, la estructura y el funcionamiento del campo intelectual son modificados por tres nuevas condiciones: en primer lugar, aumenta el riesgo de expresar las ideas libremente, ya que la puesta en circulación de algunas nociones puede ser castigada con la amenaza, el encierro o la muerte. En segundo, la circulación de sentido se ve obstaculizada por la censura y la auto-censura y la palabra vigilada en ocasiones procura su expresión mediante la construcción de circuitos subterráneos de comunicación. Finalmente, el margen de autonomía de las prácticas intelectuales se ve reducido, ya que la defensa misma de la libertad de expresión

---

<sup>55</sup> *Op. cit.*, p. 124.

<sup>56</sup> Al describir los intentos de penetrar capilarmente la sociedad que llevó a cabo el régimen burocrático-autoritario que se implantó en Argentina en 1976, Guillermo O'Donnell escribe: “si desde el aparato estatal se nos despojó de nuestra condición de ciudadanos y se nos quiso reducir, por los mecanismos del mercado, a la condición de obedientes y despolitizadas hormigas, en los contextos del cotidiano —el de las relaciones sociales y los patrones de autoridad que tejen la vida diaria— se intentó llevar a cabo una similar obra de sometimiento e infantilización: los que tenían “derecho a mandar” lo efectivizaban despóticamente en la escuela, el lugar de trabajo, la familia y la calle; los que tenían el “deber de obedecer” lo hacían mansa y calladamente” (“Democracia en la Argentina. Micro y macro”, en *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 136).

<sup>57</sup> Véanse los trabajos al respecto de Norbert Lechner (“Some People Die of Fear. Fear as a Political Problem”) y Beatriz Sarlo (“Strategies of the Literary Imagination”) en el excelente libro editado por Juan Corradi, Patricia Weiss Fagen y Joan Patrice McSherry, *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Berkeley, University of California, 1992.

se convierte en una reivindicación en contra del gobierno al mando. Esta pérdida de autonomía lleva a la subordinación del diálogo literario a la política. Como sugiere Gisèle Sapiro : “publier on ne pas publier sous la botte devient un enjeu politique”.<sup>58</sup>

Siendo claro que el campo intelectual sufre modificaciones significativas en un contexto de dictadura, trazar los nuevos contornos de la autonomía es tarea difícil, pues no es posible establecer relaciones mecánicas entre la dureza de la represión y el grado de desaparición (o deslegitimización) de las instancias “propriadamente intelectuales” de consagración de prestigio. En su estudio sobre los escritores franceses durante la Ocupación, Sapiro muestra que, en aquellos años, las prácticas intelectuales sufrieron cambios significativos. No obstante, las “tomas de posición” de los escritores no pueden analizarse como si hubiesen tenido a la política como único principio.<sup>59</sup>

En regímenes fuertemente represivos, donde el control de la producción cultural es un objetivo prioritario —como fueron el comunismo y el fascismo—, conservar ciertos resquicios de autonomía en el campo intelectual supone la toma de grandes riesgos. No obstante, prácticas como la publicación de libros y poemas en forma de *samiẏdat* en la URSS y en Europa del Este dan cuenta tanto de que es posible la persistencia de ciertos reductos de libertad intelectual, como de que los circuitos literarios clandestinos son también espacios de consagración de prestigio. Así, la “primacía del juicio de los pares como garantía de legitimidad” intelectual persiste incluso en los momentos más sombríos de la literatura.<sup>60</sup>

Habiendo constatado que la figura del intelectual no desaparece con el espacio público, es menester mencionar que, en un contexto de dictadura, las razones que motivan su

---

<sup>58</sup> *La guerre des écrivains*, París, Fayard, 1999, p. 22.

<sup>59</sup> Así, escribe: “exilés ou vedettes du « Tout-Paris » collaborationniste, clandestins ou conseillers du prince, politisés, ou esthétisants, silencieux ou déserts, les écrivains continuent [...], par delà les frontières géographiques, politiques et légales, à dialoguer, à polémiquer, à se mesurer les uns aux autres [...] on retrouve, sous la forme spécifique qu’elles revêtent dans les « années noires », ces constantes que sont les clivages générationnels et l’opposition entre forces d’autonomie et d’hétéronomie” (*ibid.*, pp. 9, 12).

<sup>60</sup> *Loc. cit.*

participación en la producción y puesta en circulación de sentido cambian. Cuando los manifiestos y las peticiones le son negadas, la participación del intelectual en los pocos espacios de vida pública pasa, en primer lugar, por los esfuerzos por salvar su identidad y, en segundo, por una toma de conciencia de carácter eminentemente individual, es decir, por una preocupación moral de no participar en el proceso de obturación de la subjetividad que dirige el régimen. Así, la característica central del intelectual en dictadura es la disidencia. En las siguientes páginas propongo que la figura del intelectual disidente no es privativa del mundo soviético. Esta categoría social puede abstraerse y ser utilizada en otros contextos sociohistóricos. Los trabajos sobre la intelectualidad disidente en diversas sociedades podrían, de hecho, servir de base para dar un poco de vigor a las hasta ahora pobres discusiones sobre el rol del intelectual en dictadura.

### *El disidente*

Si bien escasos, los estudios sobre la “intelectualidad disidente” y la “resistencia cultural” han comenzado a proliferar, en gran medida como resultado del derrumbe del bloque comunista y los esfuerzos por reivindicar las actividades que, durante “los años negros”, llevó a cabo la intelectualidad crítica en Europa del Este y la antigua Unión Soviética. La mayoría de estas investigaciones, sin embargo, ha privilegiado la escritura de la historia —reflexionando sobre las dificultades para pensar el pasado inmediato y la relación entre la memoria y la historia—, sobre los ejercicios teóricos en torno al rol del intelectual en tales circunstancias. Así, al tiempo que las bibliotecas acumulan libros sobre la disidencia intelectual en Hungría, Rumania y República Checa, en las enciclopedias de ciencias sociales, e incluso en aquellas destinadas únicamente a los intelectuales, no hay una entrada para “intelectual disidente”. No queda claro entonces si hay diferencia alguna entre éste y el intelectual a secas; o bien, entre la disidencia y el compromiso intelectual. Así pues, el concepto de intelectual disidente se usa cada vez con más frecuencia sin que haya sido antes analizado detenidamente ni problematizado.

Por otro lado, gran parte de los estudios sobre la resistencia cultural entremezclan un sinnúmero de prácticas culturales, que van desde la auto-publicación de textos en forma de *samizdat* y las representaciones teatrales clandestinas, hasta la pinta de *grafitis* y la publicación de unos cuantos ejemplares de un panfleto en pro de la justicia social. ¿Qué tan pertinente es agrupar todas estas prácticas dentro de una misma categoría? Probablemente, la fuerza emotiva que acompaña a la idea de resistir ha llevado a una utilización poco cuidadosa o excesivamente esquemática del término.<sup>61</sup>

Cecily Marcus,<sup>62</sup> por ejemplo, utiliza el concepto de resistencia cultural —y más específicamente resistencia molecular— para dar sentido a la proliferación de revistas culturales en Argentina después del golpe de 1976. En el último capítulo de su tesis doctoral, sin embargo, extiende su campo de estudio a lo que llama la “biblioteca vaginal”, misma que se forma a partir de extractos de textos literarios que algunas presas en los campos de concentración guardaban en sus vaginas. ¿Es qué medida es ésta una forma de resistencia cultural?

A través del examen de qué es la disidencia, cuáles son los límites entre la disidencia y la resistencia, así como la relación entre la disidencia y la vida política, en las siguientes páginas propondré que, en un contexto totalitario o autoritario, el papel que desempeña el intelectual no consiste ni en la organización de un movimiento de resistencia política ni en la introducción de un pensamiento crítico al espacio público. En cambio, éste consiste en contribuir a la paulatina o eventual reconstrucción de tal espacio, que ha sido desmembrado.

En el uso común, la línea que divide la acción de resistir de aquella de disentir es confusa. El examen cuidadoso de cada uno de estos términos, sin embargo, nos permite hablar de conceptos diferentes. La raíz latina de la disidencia es *dissideo*, acción de separarse o

---

<sup>61</sup> Al hablar de un uso esquemático me refiero a la oposición de la resistencia a la dominación, como si entre estas categorías no hubiese mediaciones.

<sup>62</sup> “The Molecular Intellectual: Cultural Magazines and Clandestine Life Under Argentina’s Last Dictatorship”, tesis, University of Minnesota, 2005.

distanciarse. El disidente es para Séneca aquel que se coloca a distancia de la masa (*ab omni dissidet turba procul*) y para Cicerón, aquel que está en desacuerdo, “desunido” (*ab aliquo*). Disentir es así separarse de una postura mayoritaria, pensar distinto que los demás miembros de un conjunto humano. La disidencia es un acto estrictamente individual, que no está necesariamente relacionado con la organización de las conciencias en torno a las ideas propias. Asimismo, no supone actuar en contra de las ideas o situaciones con las que se está en desacuerdo. Mientras esta noción sugiere una cierta pasividad solitaria (*sedeo* es el acto de estar sentado, el disidente se sienta, se coloca, a la distancia), la resistencia es activa, pues conlleva el ejercicio de una fuerza opositora, aunque ésta no sirva más que para permanecer en un mismo sitio.

La raíz latina *resisto* evoca pues la noción de detenerse, mantener una posición, oponerse. El resistente actúa para anular o disminuir el efecto de una fuerza. Cicerón habla así del que resiste como aquel que encuentra su aplomo, o bien, aquel que se enfrenta a otro en defensa de la cosa pública (*alicui rei publicae causa*). La resistencia trae un problema de organización que está ausente en la disidencia. Como escribe Semelin :

Dans le cas d'actions purement individuelles, les notions de « dissidence » ou de « désobéissance » semblent plus adéquates [...] Or, passer de la dissidence à la résistance, c'est tenter de faire partager son refus, c'est-à-dire de convaincre et d'organiser. La résistance suppose une démarche de communication [...] Pour résister, il faut [...] construire entre soi des modes clandestins de liaison, toucher l'opinion pour élargir son audience [...] Toutes les conduites qualifiables de « rebelles » ne sont pas nécessairement « résistantes ». Ce qu'on appelle « résistance » est généralement la phase avancée d'une opposition sociale et politique qui a réussi à s'organiser et à se fixer des objectifs.<sup>63</sup>

En los países socialistas, la figura dominante en el espacio intelectual de oposición fue el intelectual disidente, mas no el resistente. En la URSS, por ejemplo, el carácter totalitario del Estado, con sus rigurosos sistemas de control y vigilancia, impidió todo esfuerzo de organización de una oposición política o cultural, sobre todo hasta la muerte de Stalin en 1953. La oposición fue una experiencia eminentemente solitaria. Así, la traducción literal del término ruso para nombrar a la intelectualidad disidente, *inakomyshlshchie*, es “aquellos que piensan

---

<sup>63</sup> “Qu'est-ce que ‘résister’?”, *Esprit*, enero, 1994, pp. 52, 57.

distinto”.

La existencia del intelectual disidente únicamente es posible en un régimen que exige a sus ciudadanos no sólo participar en las actividades políticas y obedecer la ley, sino un compromiso total, en cuerpo y alma, con la vida política. En un régimen democrático-pluralista, “pensar distinto” es propio de toda actividad intelectual; en consecuencia, no parece necesario señalar (o castigar) a quienes así lo hacen. En un régimen totalitario, en cambio, el sistema político exige del individuo una alienación absoluta. El pensamiento se convierte en un espacio vigilado. Este encierro de la subjetividad es la condición de posibilidad para la emergencia de la disidencia intelectual.

La mera reconstrucción semántica de la noción de disidencia luce, sin embargo, demasiado general para definir una categoría social que, en la práctica, hace mucho más que estar en desacuerdo con la ideología que sustenta un ordenamiento político. Si considerásemos a todos los que “piensan distinto” como disidentes, gran parte de la sociedad podría caer dentro de tal categoría y ésta perdería su fuerza explicativa. Además de tener ideas distintas a la ideología oficial, los intelectuales disidentes en Europa del Este y la URSS crearon una red de relaciones sociales paralela a la estructura “legal”, reconstruyendo así un tejido social fragmentado. Por otro lado, por medio de la práctica de la auto-publicación (*samizdat*), hicieron posible la constitución de públicos alrededor de discursos no-autoritarios y, en algunos casos, antiautoritarios. Por último, estos intelectuales crearon espacios de reflexión autónomos, como grupos de estudio o círculos de poesía, donde el *sapere aude*, antes que el dogma, fue la base y el motivo de la discusión. Es por medio de estas prácticas que, como explica Robert Sharlet, la intelectualidad disidente sentó las bases para el renacimiento del “espacio público”.<sup>64</sup>

Aun así, la distinción etimológica entre la disidencia y la resistencia no es del todo inútil,

---

<sup>64</sup> “Dissent and the ‘Contra-System’ in the Soviet Union”, *Proceedings of the Academy of Political Science*, 1984, núm. 3, pp. 135-146.

pues muestra que la disidencia es esencialmente individual, mientras que la resistencia es esencialmente colectiva. Es decir, la participación del intelectual disidente en discusiones con otros colegas surge de una necesidad de “salvar” su propia identidad, reafirmarse por medio del diálogo con la alteridad y construir un espacio discursivo para su pensamiento.

Andrei Siniavsky,<sup>65</sup> una de las figuras más importantes del movimiento de escritores disidentes en la URSS, describe la disidencia como la experiencia de una generación que creció dentro del sistema soviético.<sup>66</sup> La disidencia fue el producto de una pérdida absoluta de fe en el sistema, experiencia que se vivió en cada caso solitariamente, desde la moral propia. A fines de 1965, Siniavsky fue detenido y juzgado, junto con Youli Daniel, por “antisovietismo”. En aquella ocasión, por primera vez un escritor fue inculcado por su obra y no por sus acciones. Los diálogos de sus personajes literarios fueron citados para inculparle. La publicación de sus obras en el extranjero, bajo el pseudónimo de Abram Tertz, fue también evocada como prueba de sus intenciones criminales.

Durante el proceso, sin embargo, el escritor declaró defender la autonomía de la literatura. “El trabajo artístico”, dijo, “expresa “los sentimientos del artista sobre el mundo, no posiciones políticas”, “a leer a Pushkin o a Gogol no nos preguntamos sobre sus compromisos políticos”.<sup>67</sup> Incluso si estos testimonios deben citarse con precaución, por haber sido expresados durante un juicio, no podemos negar en todo su verdad, ya que en la obra de

---

<sup>65</sup> Siniavsky es probablemente mejor conocido por su pseudónimo, “Abram Tertz”. Nacido en la década de 1920, como Solzhenitsyn, Siniavsky vivió una doble vida como escritor, trabajando, por un lado, en el Instituto de Literatura Mundial de Moscú y, por el otro, publicando su obra crítica y literaria en el extranjero. Su ensayo “El realismo socialista” fue publicado en Francia en 1959 y fue sucedido por un conjunto de historias fantásticas, la primera de las cuales se titula *Sud idet* [El juicio comienza, 1960]. La estética de Siniavsky está fuertemente ligada a la vida clandestina, donde el escritor aparece como “un personaje de circo, siempre en peligro, siempre acusado de hiperbolizar” (Georges Nivat, “Andrei Siniavski”, consultado el 3 de mayo de 2009 en [[http://www.universalis.fr/encyclopedie/UN98085/SINIAVSKI\\_A.htm](http://www.universalis.fr/encyclopedie/UN98085/SINIAVSKI_A.htm)]).

<sup>66</sup> Así, los maestros modernistas que habían sido prohibidos o reprimidos por el régimen, como Boris Pasternak, Anna Akhmatova y Ossip Mandelstam, podrían considerarse los “herejes” de la literatura, mas no los disidentes, pues sus “raíces se anclan en tradiciones pasadas de la cultura rusa, pre-revolucionarias” (Ann Komaromi, “The Unofficial Field of Late Soviet Culture”, *Slavic Review*, 4 (2007), p. 610).

<sup>67</sup> *Apud*, Harvey Fireside, “The Conceptualization of Dissent: Soviet Behavior in Comparative Perspective”, *Universal Human Rights*, 1980, núm. 1, p. 38.

Siniavsky hay una clara reivindicación de la autonomía del arte. Su ensayo “El realismo socialista”, por ejemplo, no era una crítica al sistema soviético, sino al “didactismo” de la estética oficial. Siniavsky pugnaba por “un arte fantasmagórico en el estilo persecutorio de Gogol o Dostoievski”, “en el que lo grotesco remplazara la descripción realista de la vida cotidiana”.<sup>68</sup>

El proceso judicial contra Siniavsky y Daniel tuvo lugar en un contexto inédito de protesta frente a la represión de los intelectuales. Las calles fueron escenario de manifestaciones de repudio y el diario del juicio fue publicado en forma de *samizdat*. Quienes organizaron estas acciones fueron también detenidos y juzgados. El juicio contra los escritores marca así el regreso a las prácticas de estricta vigilancia de la producción cultural en la URSS. No obstante, a partir de aquel momento las publicaciones clandestinas no dejaron de aparecer. Mientras algunas de éstas atendían preocupaciones meramente literarias, otras reclamaban la ausencia de derechos civiles y políticos. Así pues, tanto el proceso de Siniavsky y Daniel, como los acontecimientos que giraron en torno a éste, muestran las tensiones inherentes a la práctica de la disidencia. Por un lado, se trata de una experiencia solitaria, que nace de las necesidades de la producción estética; por el otro, es una práctica capaz de disolver los fundamentos ideológicos de la autoridad y tiene, en consecuencia, un gran poder asociativo en los regímenes altamente represivos. Aun cuando la disidencia intelectual reivindica la autonomía del arte, las condiciones políticas la convierten, en ocasiones muy a su pesar, en arte comprometido.

En los regímenes comunistas, la insistencia con la que se señaló a los escritores e intelectuales disidentes no fue únicamente producto del deseo por dar a conocer su pensamiento y sus tomas de posición respecto al orden político. Se habló de escritores disidentes, en cambio, para diferenciarlos de la *intelligentsia* oficial, que tenía un lugar preeminente dentro del régimen. Tal protagonismo de los intelectuales dentro de la cultura rusa,

---

<sup>68</sup> Abram Tertz, *On Socialist Realism*, Nueva York, Pantheon, 1961, *apud, loc. cit.*

de hecho, antecede a la Revolución de Octubre. Data, por lo menos, de finales del siglo XIX.<sup>69</sup> No obstante, la categoría social de “intelectual disidente” tiene un poder explicativo que desborda las fronteras del mundo soviético.

Uno de los espacios geográficos —y periodos históricos— donde la noción de disidencia parece describir adecuadamente la actividad de los intelectuales, respecto, por ejemplo, a aquellas de compromiso o resistencia, es Sudamérica durante las obscuras décadas de 1960 y 1970. Entre 1964 y 1976, violentos golpes de estado dirigidos por las fuerzas armadas establecieron regímenes dictatoriales en Brasil, Chile, Uruguay, Argentina.<sup>70</sup> En el siguiente capítulo analizaremos las transformaciones sociales que trajo la toma del poder por los militares en Argentina, así como la naturaleza de la represión y sus consecuencias en el ámbito cultural.

Cabe por ahora mencionar brevemente que, si bien estos regímenes no lograron implantar un control total sobre la población —ni sobre la producción intelectual—, suprimieron las actividades asociativas y los espacios tradicionales de discusión y participación política (partidos, sindicatos, organizaciones sociales). Bajo la premisa de contener la propagación del comunismo y acabar con los espacios ya “infectados por esta ideología”, los militares diseñaron una estrategia represiva basada en la propagación del miedo, la ruptura de los lazos sociales, la desarticulación del espacio público y la “guerra sucia”. Construyeron también un severo sistema de censura, basado en la intimidación, la persecución y, en ocasiones, el asesinato de los “hombres de cultura”.

Frente a esta situación, los intelectuales latinoamericanos debieron replegarse al ámbito de lo privado o limitar sus intervenciones públicas a la palabra anodina. En algunos países, como Argentina y Chile, pocos intelectuales involucrados en política sobrevivieron. Muchos

---

<sup>69</sup> Véase Alexei Yurchak, “Soviet Hegemony of Form: Everything Was Forever, until It Was No More”, *Comparative Studies in Society and History*, 2003, núm. 3, pp. 480-510. De acuerdo con el autor, incluso si esos esfuerzos de diferenciación estuvieron siempre presentes, los límites reales entre la *intelligentsia* oficial y los intelectuales disidentes fueron difusos.

<sup>70</sup> En Uruguay no hubo un golpe, sino una militarización paulatina del sistema político.

optaron por el exilio; otros tantos por el silencio, un silencio siempre visto con sospecha y acusado de complicidad. Salvando las diferencias entre uno y otro país, es posible decir que la participación de los intelectuales en la organización de actos de resistencia civil fue poco común. Las circunstancias políticas llevaron a que ésta fuese más frecuente entre los exiliados.

Como veremos a lo largo de esta investigación, el examen cuidadoso de las actividades de los intelectuales argentinos —no exiliados— durante los “años negros” permite trazar nuevos contornos a su silencio, reinterpretar la aparente pasividad de aquellos días. Los intelectuales críticos desaparecieron del espacio público, mas no dejaron de contribuir a la puesta en circulación de sentido. Los circuitos de comunicación en los que participaron escritores, filósofos, críticos literarios y profesores humanistas fueron pequeños, precarios, mas no inexistentes. Así, éstos organizaron grupos de estudio y de discusión en sus departamentos, publicaron revistas culturales, procuraron restituir el diálogo entre pares. En sus escritos semi-clandestinos, son escasas, casi ausentes, las alusiones directas al régimen. La metáfora y la alegoría, sin embargo, aparecen como figuras críticas. Su palabra, sometida a la vigilancia, pasó por un proceso de desdoblamiento y adquirió nuevos significados.

Así, en el seno de América Latina acaecieron prácticas intelectuales muy similares a aquellas de los escritores disidentes soviéticos. No sé si es posible decir que hubo un *samizdat* latinoamericano. En esta región hubo menos auto-publicaciones y éstas tuvieron un público más pequeño. El grado de auto-organización intelectual fue también menor. Pero esto debe interpretarse a la luz de que las experiencias dictatoriales fueron más cortas; los muertos, menos. El *samizdat* latino existió en la medida en que algunos pocos intelectuales —a veces desafiantes, otras, ingenuos o desesperados—, se auto-organizaron para seguir leyendo y pensando en libertad. Estas prácticas surgieron de la necesidad de preservar la identidad propia y, entre los jóvenes, de construirla. A pesar del origen individual —o quizás convendría decir moral— de

toda disidencia, su ejercicio permitió la construcción de redes de diálogo que, además de ser independientes del Estado, estaban bien informadas, actualizadas. A partir de estos espacios fragmentados, discontinuos, comenzó la reconstrucción del espacio público durante la transición democrática. El renacimiento del pluralismo se gestó, como postula Habermas, en el espacio literario.

El intelectual en dictadura tiene así funciones y prácticas distintas de aquellas del intelectual en democracia. Si el segundo se expresa por medio de manifiestos y peticiones, el primero recurre a la metáfora y la alegoría para expresar su descontento. Si el segundo interviene en la vida política a través de su participación en el espacio público; el primero procura crear las condiciones que permiten esa intervención, preparando el terreno para el eventual resurgimiento de “lo público”. La actuación del segundo está motivada por el interés de cambiar una política, evitar una injusticia, manifestar repudio ante un acto de gobierno. En el accionar del primero lo que está en juego es, ante todo, el libre uso de la razón.

Concluyo pues este esfuerzo de definición del intelectual disidente evocando tres características. En primer lugar, la existencia de un régimen político fuertemente represivo como condición esencial para el surgimiento de la disidencia. En segundo, el origen individual y esencialmente moral de oponerse a la ideología oficial. Por último, la producción y puesta en circulación de sentido por medio de redes clandestinas o semi-clandestinas que, por lo menos en su origen, no buscan crear una alternativa política u organizar actividades de resistencia, sino construir un espacio de diálogo autónomo entre los hombres de cultura.

## II. EL GOLPE DE ESTADO Y EL QUIEBRE DE UNA CULTURA

Pensar la naturaleza y el sentido de las prácticas intelectuales supone entender las relaciones entre éstas y su circunstancia. Como discutimos en el primer capítulo, el rol social del intelectual no es inmutable; por el contrario, se transforma con el contexto en el que se inscribe su acción. Dedicaré así las siguientes páginas a hacer un breve examen del régimen bajo el que fue gobernada Argentina durante la última dictadura y las características más salientes de su proyecto sociocultural. Me preocupa principalmente analizar: ¿En qué medida fue desarticulado el espacio público? ¿Cuáles fueron los fundamentos ideológicos de la represión? ¿Qué lugar ocuparon la cultura y el pensamiento en la estrategia “refundacional” de los militares? ¿Bajo qué criterios es posible hablar de un proyecto cultural de la dictadura? Consagraré una sección al proyecto educativo autoritario y otra a las prácticas censorias, buscando trazar las continuidades entre estas políticas y aquellas de gobiernos anteriores. Propondré que hay un desfase entre la alternancia de los hombres en el poder y el cambio en las relaciones entre el campo político y el campo intelectual.

### *La seducción del orden*

A lo largo del siglo XX, la sociedad argentina sufrió una cadena de golpes de estado que comenzó con la sublevación militar contra el régimen yrigoyenista en 1930 y concluyó con la toma del poder por la junta militar encabezada por Jorge Rafael Videla en 1976. Cada una de estas irrupciones militares trajo la disminución de las garantías individuales y la imposición del silencio como modelo de comportamiento ciudadano. El último golpe, sin embargo, fue distinto de los anteriores.<sup>71</sup> La crisis inédita que lo enmarcó —sostienen Marcos Novaro y Vicente Palermo— dio paso a un “régimen mesiánico inédito que pretendió producir cambios irreversibles en la economía, el sistema institucional, la educación, la cultura y la estructura

---

<sup>71</sup> Marcos Novaro y Vicente Palermo, *Historia argentina. La dictadura militar 1976/1983: Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 19.

social, [...] actuando de cara a una sociedad que, a diferencia de episodios anteriores, se presentó debilitada y desarticulada, cuando no dócil y cooperativa, frente al fervor castrense”.<sup>72</sup>

La asonada militar de 1976 fue cuidadosamente planeada bajo la premisa de fundar un nuevo orden. En las reuniones de los jefes castrenses que precedieron a la toma del poder estaba presente la sombra de la experiencia dictatorial previa (1966-73), cuyo fracaso se atribuía a la tibieza de los dirigentes y de sus mecanismos de control. Para este grupo golpista, la sociedad argentina estaba enferma, al borde de la disolución, y la única manera de poner fin a su agonía era acabando con los elementos infecciosos, aplicando una “cirugía mayor”.<sup>73</sup> No había espacio para la moderación.

Las fuerzas armadas diseñaron su estrategia represiva a partir de este diagnóstico. Asimismo, actuaron bajo la premisa de que la institución castrense tenía la capacidad para salvar a la nación argentina del caos inminente, ya que podría colocarse más allá de la política y el faccionalismo. Esta visión no sólo estaba presente entre los militares; amplios sectores de la población creían en la necesidad de concentrar el poder en unas pocas manos para poner fin a la anarquía que reinaba en las calles y, seducidos por la promesa de orden, celebraron el anuncio del derrocamiento del régimen constitucional, dirigido por María Isabel Perón.

A la luz de las brutales violaciones a los derechos humanos que cometió el gobierno golpista, el generalizado apoyo de la sociedad a la junta militar es un tema incómodo, que prefiere omitirse de la historia y la memoria de la dictadura.<sup>74</sup> La situación política que vivió la Argentina en los meses previos al golpe, sin embargo, nos permiten trazar las razones que motivaron la actuación de la sociedad, sin esperar de ésta plena racionalidad o plena irracionalidad. Los tres años que transcurrieron entre el regreso del peronismo al poder, con la

---

<sup>72</sup> *Loc. cit.*

<sup>73</sup> Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 11.

<sup>74</sup> Uno de los pocos estudios que arrostra la difícil tarea de entender el apoyo social a la dictadura es el ya citado texto de Novaro y Palermo.

elección de Héctor J. Cámpora en 1973, y la toma del poder por las fuerzas armadas habían estado marcados por el derrumbe del modelo de concertación peronista, una crisis económica sin precedentes, el resurgimiento de la guerrilla y la formación de un grupo paramilitar bajo los auspicios del gobierno (la Alianza Anticomunista Argentina, conocida como la Triple A).

Según el periódico *La Opinión*, en marzo de 1975, cada cinco horas tenía lugar un asesinato político y cada tres estallaba una bomba. En enero de 1976, se habían registrado 89 muertes relacionadas con la violencia política, 105 en febrero.<sup>75</sup> Algunas de éstas fueron ocasionadas por la guerrilla, la mayoría, por los escuadrones de la muerte, que blandían sus armas en las calles ante la vista del todos y el silencio de los gobernantes.<sup>76</sup> Para gran parte de la sociedad, la generalización de la violencia en el espacio público se había vuelto insoportable. Más aún, como sostienen Novaro y Palermo, “la coyuntura [...] era favorable para fortalecer la convicción de que la gravedad de la situación exigía respuestas definitivas aplicadas por una mano férrea que concentrara la suma del poder político”.<sup>77</sup> El desprestigio de la política fue la base del consenso inicial que generó el golpe de estado.

Como escribe Guillermo O'Donnell,

Luego de los años de gran movilización e hiperpolitización de la primera mitad de la década del setenta, muchos estaban predispuestos a lo que la represión y la propaganda post-1976 buscó: un fuerte viraje hacia la privatización de las vidas, una generalizada reducción de la incertidumbre en la vida diaria (para lo cual, por supuesto, quedó claro que había que marcar el paso según lo querían los gobernantes).<sup>78</sup>

El 24 de marzo de 1976, la junta de comandantes de las tres armas tomó el poder bajo la promesa de reestablecer el orden, reorganizar las instituciones y crear las condiciones para una “auténtica democracia”. El nuevo gobierno se cubrió bajo un velo de legalidad y moderación. Videla dijo manifestarse contra la “violencia de uno u otro signo” y reprochó al

---

<sup>75</sup> *Apud*, Marcos Novaro y Vicente Palermo, *op. cit.*, p. 17.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>78</sup> *Op. cit.*, p. 140.

régimen peronista haber “incrementado todos los extremismos”.<sup>79</sup> No obstante, la reorganización social que puso en marcha el nuevo gobierno estuvo basada en la práctica de la tortura, la desaparición y el asesinato, la suspensión de los derechos civiles y la abrogación de la justicia. Todo esto a fin de desarticular los lazos sociales por medio de la propagación del miedo.<sup>80</sup>

El espacio público en la Argentina antes de 1976 no era plural ni vigoroso. En cambio, era un espacio dotado de una gran violencia, donde los patrones de participación política se caracterizaban por un alto grado de intolerancia a las identidades políticas alternativas. El gobierno militar, sin embargo, acabó con todo resquicio de éste, poniendo un alto a los esfuerzos democratizantes y participativos. Patricia Weiss Fagen describe el proceso de desarticulación de la actividad asociativa como sigue:

Many leftist political parties and associated groups were dissolved, while other groups (students associations, youth groups, labor organizations) were required to suspend all political activities. Political parties *per se* were not outlawed. Indeed the parties of the center and right, and the Communist party were permitted to continue formal operations, but leaders and parties associated with the left were killed, arrested, or exiled; those of the center remained all but inactive in the face of deepening repression. By decrees, the junta prohibited the union activities of labor, business, and professional entities and suspended the right to strike or to effect other forms of work stoppage.<sup>81</sup>

### *Alteridades amenazadoras*

Los militares golpistas construyeron la figura del enemigo a partir de la doctrina de la seguridad nacional, misma que tuvo un lugar protagónico en la formación de las elites castrenses desde los años sesenta. De acuerdo con ésta, el virus comunista o subversivo, cuyo carácter era “extraño al ser nacional y sus tradiciones” había infectado a gran parte de las masas obreras, la juventud universitaria y la izquierda (política e intelectual), poniendo en peligro la sobrevivencia de la

---

<sup>79</sup> *Apud*, Marcos Novaro y Vicente Palermo, *op. cit.*, pp. 24-25.

<sup>80</sup> La perversidad de algunos de los hombres en el gobierno queda expresada en las siguientes palabras del Gral. Ibérico Saint Jean, gobernador militar de Buenos Aires entre 1976 y 80, quien declaró públicamente en marzo de 1976: “primero mataremos a todos los subversivos; después mataremos a sus colaboradores; después a sus simpatizantes; después a los indiferentes, y finalmente a los tímidos” (*apud*, María Luisa Bartolomei, *Gross and Massive Violations of Human Rights in Argentina: 1976-1983. An Analysis of the Procedure Under ECOSOC Resolution 1503*, tesis, Lund, Institute of International Law, 1991, p. 22).

<sup>81</sup> “Repression and State Security”, en Juan Corradi, Patricia Weiss Fagen y Joan Patrice McSherry (eds.), art. cit., p. 52.

nación. La sociedad, enferma como estaba, no podía defenderse por sí sola ante tal amenaza. Su combate quedaría entonces en manos del ejército, a pesar de que las estrategias de una guerra convencional le serían insuficientes. Ante este nuevo enemigo, de carácter interno, habría que adoptar las tácticas de una guerra no convencional, donde cultura, familia, fábrica y educación se convertirían en campos de batalla.<sup>82</sup> Es así que, en palabras de María Helena Moreira Alves,

The Doctrine of National Security and Development...forsee[s] the state's obtaining a degree of legitimacy based on continued capitalist development as well as on its function as defender of the nation against the threat of "internal enemies" and "psychological warfare"...The emphasis on the constant threat to the nation from hidden and unknown "internal enemies", in turn, produces a climate of suspicion, fear, and divisiveness among the population that enables the regime to conduct repressive campaigns that would not otherwise be tolerated. In such a manner, dissent and class antagonism can be controlled through terror.<sup>83</sup>

El gobierno militar buscó reprimir y controlar, no sólo a los denominados "combatientes" o "subversivos", sino a todos aquellos que tuviesen ideas contrarias a los "valores nacionales", o bien, pudiesen significar un obstáculo para el ambicioso Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Así, la práctica de la desaparición, además de acabar con los "elementos subversivos", buscaba propagar el miedo entre la población. Como demuestra Pilar Calveiro, la desaparición como mecanismo represivo se utilizó de forma sistemática.<sup>84</sup> Es decir, la desaparición de entre 15 y 30 mil personas no fue producto de los excesos de un grupo de hombres fuera de control, sino de "una tecnología represiva adoptada racional y centralizadamente".<sup>85</sup> Esta práctica logró "extender un manto de sospecha sobre un sector muy amplio de la sociedad"<sup>86</sup> y provocó enorme incertidumbre entre los familiares de las víctimas y las organizaciones de izquierda, desalentando la denuncia y las acciones defensivas.

---

<sup>82</sup> Véase Marcos Novaro y Vicente Palermo, *op. cit.*, p. 34.

<sup>83</sup> *State and Opposition in Military Brazil*, Austin, University of Texas, 1985, pp. 8-9.

<sup>84</sup> En el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) se describe esta práctica como sigue: la desaparición "comenzaba por el secuestro de las víctimas, a cargo de efectivos de las fuerzas de seguridad que ocultaban su identidad. El secuestrado era conducido a alguno de los aproximadamente 340 centros clandestinos de detención por entonces existentes. Estos centros estaban dirigidos por altos oficiales de las fuerzas armadas y de seguridad. Los detenidos eran alojados en condiciones infrahumanas, sometidos a toda clase de tormentos y humillaciones" (*Nunca Más*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1984, p. 497).

<sup>85</sup> *Op. cit.*, p. 31.

<sup>86</sup> Marcos Novaro y Vicente Palermo, *op. cit.*, p. 107.

Son numerosos los testimonios que dan cuenta de que *se* sabía de la existencia de los campos de concentración a los que *se* llevaba a “los desaparecidos”. De hecho, no fueron raros los “levantes” bajo la luz del día, ante la mirada de vecinos y transeúntes. El efecto de esta exhibición parcial de las tácticas represivas fue “un generalizado terror que provocó el silencio de todos”.<sup>87</sup> De acuerdo con Novaro y Palermo, esta estrategia resulta llamativamente afín con el decreto de “Noche y tiniebla” (*Nacht und Nebel Erlass*) que el régimen nazi aplicó desde 1941 contra los grupos de resistencia en los territorios ocupados. Éste destaca la importancia de la fuerza psicológica para disuadir a tales grupos. “Por lo tanto, los agitadores que no fueran muertos al ser detenidos serían trasladados a un lugar desconocido, y nunca nadie se enteraría de su destino. Los amigos y familiares quedarían para siempre en la incertidumbre. Y los que se sintieran tentados a participar en actividades contra los alemanes temerían desaparecer [...] en ‘la noche y la niebla’”.<sup>88</sup>

A pesar de que el régimen militar articuló una definición de *enemigo* cuyos límites eran borrosos, fueron tres los principales focos de la represión: los grupos guerrilleros, los sindicatos obreros y los productores y mediadores de la cultura de izquierda.<sup>89</sup> No me detendré más que brevemente en el análisis de las causas de la persecución de los grupos guerrilleros y los líderes

---

<sup>87</sup> La Aeronáutica, por ejemplo, tenía un centro clandestino de detención en un policlínico. Aquí los movimientos de militares y detenidos ocurrían a la vista de los empleados y de quienes se atendían en este establecimiento (CONADEP, *op. cit.*, p. 148).

<sup>88</sup> *Apud*, Marcos Novaro y Vicente Palermo, *op. cit.*, p. 108.

<sup>89</sup> Entre 1969 y 1977 participaron en actividades guerrilleras por lo menos 17 grupos armados, de los cuales cinco tuvieron alcance nacional. Éstos fueron: las Fuerzas Armadas Peronistas, las Fuerzas Armadas de Liberación, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, los Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). De acuerdo con Nancy Bermeo, las actividades guerrilleras fueron fundamentales en el proceso de liberalización política que dio lugar a la transición democrática de 1973 (*Ordinary People in Extraordinary Times. The Citizenry and the Breakdown of Democracy*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2003, p. 180). No obstante, las operaciones de la guerrilla no disminuyeron una vez que tuvieron lugar elecciones y el candidato del Partido Justicialista, Héctor Cámpora, fue electo presidente. Antes de tomar posesión como presidente, a finales de 1973, Perón declaró ilegales las actividades del ERP. En respuesta, el grupo guerrillero asesinó a José Ignacio Rucci, el Secretario General de la máxima organización sindical peronista, la Confederación General de Trabajadores (CGT). Los asesinatos, robos, secuestros, atentados con artefactos explosivos y ataques armados aumentaron de manera estrepitosa durante la primera mitad de 1974 y comenzaron a disminuir lentamente a partir de la muerte de Perón (en junio de aquel año) y el posterior ascenso de Isabel Martínez de Perón al poder. Esta disminución fue resultado del aumento de la represión gubernamental hacia la guerrilla y de los ataques hacia ésta dirigidos por grupos de extrema derecha, como la Triple A —bajo el mando de José López Rega, uno de los colaboradores más cercanos de la presidenta.

del movimiento obrero, ya que han sido analizadas detenidamente en numerosos estudios.<sup>90</sup> O'Donnell, por ejemplo, propone que el golpe de estado dio lugar a la implantación de un régimen burocrático-autoritario, ordenamiento político basado en la “exclusión [...] de un sector popular previamente activado [...] al que se somete a severos controles tendientes a eliminar su previa presencia en la escena política, así como a destruir o capturar los recursos (especialmente los cristalizados en organizaciones de clase y movimientos políticos) que sustentaban dicha activación”. Este sistema “trae aparejada la supresión de la ciudadanía y de la democracia política”.<sup>91</sup>

En los regímenes burocrático-autoritarios adquieren importancia decisiva las organizaciones especializadas en la coerción, así como aquellas que buscan llevar a cabo la normalización de la economía. En Argentina es muy claro que el gobierno golpista tenía como interés primario la recuperación del monopolio de la fuerza por el Estado y la puesta en práctica de profundas reformas económicas a fin de abandonar el modelo desarrollista y emprender la liberalización comercial. La actividad guerrillera y el activismo sindical (donde, de hecho, hasta principios de los setenta había poca penetración de la guerrilla) representaban, ambos, obstáculos significativos para estos proyectos.

El lugar que ocupa la cultura de izquierda en esta lógica es menos evidente, sobre todo si interrogamos a la distancia ¿en qué medida los productores culturales progresistas representaban una amenaza para el Estado? ¿Cuál era el poder real de los profesores y estudiantes? ¿Qué capacidad tenían para bloquear las reformas políticas y económicas que se proponía emprender el nuevo gobierno? Es la fuerza de los imaginarios sociales, mucho más

---

<sup>90</sup> Véase Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988; María de los Ángeles Yanuzzi, *Política y Dictadura*, Rosario, Fundación Ross, 1996; Alain Rouquié, “Hegemonía militar, Estado y dominación social” en Alain Rouquié (comp.), *Argentina, hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982, pp. 11-50; Gerardo L. Munck, *Authoritarianism and Democratization. Soldiers and Workers in Argentina, 1976-1983*, Pennsylvania, Penn State Press, 1998; Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

<sup>91</sup> *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, pp. 60-61.

que un análisis de los diferenciales de poder, lo que nos permite entender que en la Argentina de aquellos días se haya equiparado el libre ejercicio de la labor intelectual con la disolución del Estado-nación y, en consecuencia, se haya perseguido con ferocidad similar a escritores, poetas, profesores, periodistas, líderes sindicales y guerrilleros.

### *La cultura bajo asedio*

El sexo, la violencia, la drogadicción, el afán desmedido de lucro o poder, el progresismo incoherente, servirán entre otros males, para provocar el desinterés por la cultura [nacional] y su decaimiento.<sup>92</sup>

Por muchos años ha estado abierto el interrogante de si la dictadura tuvo un proyecto cultural. ¿Había un principio rector de las prácticas de censura o éstas se llevaron a cabo de manera errática y desordenada? ¿Cómo explicar que se haya perseguido a algunos intelectuales de izquierda y no a otros? ¿Por qué no lograron construir un prestigio los intelectuales pro-castrenses? ¿Había una ideología común entre los militares, más allá de su catolicismo añejo?

Los estudios sobre este tema basados en fuentes documentales sólo han podido elaborarse en los años recientes. El más completo es quizás aquel de Hernán Invernizzi y Judith Gociol, donde se describe detenidamente la burocracia censoria. A partir de los decretos y documentos que marcaron las pautas de funcionamiento de este enorme aparato censor, los autores concluyen que, en el ámbito cultural, el gobierno militar “implementó un proyecto racional, sistemático, con objetivos definidos, claramente enunciado, centralizado y llevado a la práctica en diversas áreas a lo largo de varios años”.<sup>93</sup> Más aún, la represión cultural fue “funcional y necesaria para el cumplimiento integral del terrorismo de estado como estrategia de control y disciplinamiento de la sociedad argentina”.<sup>94</sup>

La idea de sistematicidad que proponen Invernizzi y Gociol debe ser matizada señalando que este proyecto cultural tuvo un fuerte carácter reactivo y en cierta medida se fue

---

<sup>92</sup> “Informe especial N° 10”, Estado Mayor General del Ejército, *apud*, Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, p. 40.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>94</sup> *Loc. cit.*

definiendo *por oposición* al “enemigo” —lo que llevó a trazar una idea cada vez más amplia de los objetivos de la “guerra interna”.<sup>95</sup> La consigna central era erradicar el pensamiento marxista, tanto en sus manifestaciones expresas, como en sus formas enmascaradas, clandestinas. Inmerso en la lógica de aquellos días, que se permitía trazar fronteras sólidas entre lo bueno y lo malo, la moral y el vicio, la nación y el enemigo, tal mandato seguía una máxima relativamente sencilla: “si era marxista era malo, por lo tanto, estaba justificada su prohibición”.<sup>96</sup>

De acuerdo con los estudios de inteligencia del ejército, la amenaza marxista se había expandido a lo largo de todo el cuerpo social, siendo la juventud una de sus víctimas privilegiadas. El marxismo, ideología extranjera apoyada material y espiritualmente por el bloque comunista, buscaba minar los valores nacionales mediante la difusión del “nihilismo”, “el relajamiento de las costumbres, el abandono de la práctica de hábitos morales, la familiarización con el ejercicio de la violencia”.<sup>97</sup> Por esto, la “infiltración ideológica” ponía en riesgo la existencia misma de la nación. La cultura estaba ya fuertemente corroída. Las ideas “subversivas” estaban presentes en la prensa, la literatura, las canciones de protesta, las historietas, el cine, el teatro, el lenguaje mismo. La intervención debía entonces tener carácter general y llevarse a cabo con toda la fuerza del Estado.

Algunas declaraciones de los altos mandos del ejército dan cuenta de la importancia que tienen la cultura y “las ideas” en el proyecto dictatorial, así como el sentido de urgencia que se imprimió a la necesidad de actuar en estos ámbitos. El jefe de inteligencia del estado mayor, Gral. Carlos Martínez, explicaba en mayo de 1977 que el desarrollo de la guerrilla marxista se apoyaba en “largos años de infiltración ideológica y trabajo en ámbitos fundamentales, como

---

<sup>95</sup> De acuerdo con Oscar Terán, “no caben dudas” de que las medidas represivas en el ámbito cultural “estimularon adrede un clima de temor, terror y autocensura. Más dudoso resulta determinar la existencia de una política cultural de la dictadura, entendida como una propuesta positiva con capacidad de construcción de consenso de la derecha en el campo cultural, y no como una actitud básicamente reactiva, represiva y policial” (*Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 297).

<sup>96</sup> Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *op. cit.*, p. 49.

<sup>97</sup> “Pautas para la calificación del material televisivo, 4 de agosto de 1977, *apud*, Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, p. 25.

los de la educación y la cultura”.<sup>98</sup> Algunos meses más tarde, el Gral. Vaquero, segundo jefe del estado mayor, escribía: “mientras no se combata la subversión en el ámbito cultural, la misma podrá continuar con la captación de mentes juveniles, pues el ciclo no habrá quedado interrumpido”.<sup>99</sup> Al celebrar el día de la Armada, ese mismo año, el Almirante Massera sostuvo que “durante los últimos 30 años se ha venido desarrollando una verdadera guerra mundial, una guerra que tiene, como campo de batalla predilecto, el espíritu del hombre [...] En medio de esta guerra de las culturas y las contraculturas, la Argentina atravesó un momento de aguda debilidad (aprovechado por) el evangelio destructor de los totalitarismos”.<sup>100</sup>

Es así que la coherencia programática del proyecto cultural de la dictadura recayó sobre todo en el ámbito de lo prohibido. Como señala José Luis de Diego, la dictadura no logró generar un conjunto de ideas propio que fuese más allá que la “repetición de los tópicos de la tradición católica y antiliberal del nacionalismo de derecha argentino”.<sup>101</sup> La cultura oficial del nuevo régimen fue más una cultura de la apariencia del orden que la refundación moral de la nación argentina que se había propuesto el grupo golpista.

### *Las desventajas de un proyecto educativo*

“Las palabras, infieles a su significado, perturbaron el raciocinio.”  
*Emilio Massera*

La escuela y la universidad fueron espacios privilegiados de combate al “pensamiento subversivo”. De acuerdo con lo plasmado en documentos oficiales, el nuevo régimen buscaría “promover la formación integral de la juventud argentina, fortaleciendo su espíritu con la reflexión sobre las virtudes éticas y morales constitutivas del ser nacional”<sup>102</sup> e “inhibir los (factores) disvaliosos [*sic*] que pueden llegar a corromper el alma del país”.<sup>103</sup> “Educar en lo

---

<sup>98</sup> *Apud, ibid.*, p. 29.

<sup>99</sup> Carta original en el Archivo Conadep, sector “Archivo Banade”, *apud*, Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *op. cit.*, p. 43.

<sup>100</sup> *Apud, ibid.*, p. 29.

<sup>101</sup> José Luis de Diego, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Éntasis, 2001, p. 119.

<sup>102</sup> Documento fechado el 24 de septiembre de 1980, *apud*, Andrés Avellaneda, *op. cit.*, p. 24.

<sup>103</sup> 23 de septiembre de 1977, *apud, loc. cit.*

nuestro”, significó entonces, “transmitir una concepción cristiana y occidental de la vida”, erradicar el marxismo y toda cultura de izquierda de las aulas. En la práctica, estos objetivos se tradujeron en la imposición de condiciones de extrema vigilancia en todo el sistema educativo, la eliminación de las carreras “sospechosas” —como la antropología o la sociología— del currículum universitario, la caída en picada de los incentivos a la investigación, la represión y amenaza de profesores, el exilio de gran parte de la comunidad académica. La universidad entró en un periodo de sombras. Quizás la expresión más vívida de esos años es aquella de la voz testimonial. Jorgelina Núñez, estudiante de Letras en la Universidad de Rosario entre 1978 y 1985, dice:

*Toda la carrera la hice bajo la dictadura... Salvo el último año, el resto fue horrible, horrible...En la Facultad de Humanidades y Artes pasaron cosas horribles, por ejemplo, al principio de la dictadura hubo simulacros de fusilamientos, ponían a los alumnos en el patio central contra la pared, entraba el ejército y hacían simulacros...la gente se desmayaba...este tipo de cosas, tremendas, con lo cual la mitad de la población estudiantil se fue, aterrada. Además habían desalojado a absolutamente todos los profesores de la democracia, digamos, y los tipos que pusieron eran servicio, claramente... Yo sabía que había materias que estaban destinadas directamente a que te observaran.<sup>104</sup>*

El testimonio de Diana Maffia, entonces estudiante de Filosofía en la UBA, versa en el mismo sentido:

Con luces y con sombras, los años ‘70 son para mí los de mi formación en la Facultad de Filosofía y Letras. Policía en la puerta de la calle Independencia, entradas y salidas separadas para alumnos y profesores, revisión de carteras e inevitable pregunta sobre mi flauta traversa de bambú, un arma extraña en esos años...El terror llegó con la muerte de Perón, una irrupción de lo siniestro...La lucha entre la tendencia y la lealtad se llevaba toda la energía de los pasillos, polarizaba el aire, no había lugar fuera de eso...Cuando había cadenas o balazos había que ponerse a resguardo, luego se podía continuar con la rutina. En el ‘75 la policía entró a la Facultad y la cerró...Vino lo peor. Otalagano, Ivanisevich, Sánchez Abelenda (un cura que iba irremediamente borracho y armado a dar su clase de Metafísica). La pobreza teórica era avasallante...Comenzaron a desaparecer los primeros compañeros y profesores, a ser amenazados, a prohibirse sus libros.<sup>105</sup>

Para Juan Carlos Tedesco, el punto de partida de gran parte de los cambios curriculares que tuvieron lugar en la década de 1970 fue “la caracterización del sistema educativo como un

---

<sup>104</sup> Aparecerán en itálicas las transcripciones de las entrevistas que elaboré en Buenos Aires y París entre enero y junio de 2009.

<sup>105</sup> “Estudiar para resistir”, consultado el 3 de febrero de 2009 en [[http://www.artesuna.com/convocatoria\\_2005/Textos/1973-Maffia.htm](http://www.artesuna.com/convocatoria_2005/Textos/1973-Maffia.htm)].

aparato ideológico”.<sup>106</sup> De forma paradójica, mientras entre los grupos progresistas se expandían las teorías que diagnosticaban el carácter “normalizador” y punitivo de las prácticas pedagógicas, los sectores más conservadores percibían que el marxismo había logrado infiltrarse en la sociedad argentina por medio de las aulas. “Lo que para unos era un aparato de dominación, para otros era una agencia subversiva”.<sup>107</sup> Esta concepción estaba ya vigente en los años sesenta y había motivado un conjunto de políticas ferozmente represivas hacia la universidad durante el régimen de Onganía, todas éstas simbolizadas por el desalojo a macanazos de la Facultad de Ciencias “la noche de los bastones largos”.<sup>108</sup>

Como sugiere Maffia, la crisis universitaria del los años setenta no puede explicarse únicamente a partir de la toma del poder por los militares. Ésta se fue gestando desde el interludio peronista y, para muchos, no fue más que una profundización de los enormes problemas que desató la irrupción de los militares en la universidad durante el onganiato. A pesar de sus aspiraciones democráticas, la universidad peronista estuvo también inmersa en la lógica que colocaba frente a frente, sin mediación alguna, educación e ideología. La formación fue puesta al servicio de un proyecto que se batía entre el tradicionalismo católico y la revolución social. El resultado fue el “espontaneísmo”, la improvisación”<sup>109</sup> y el caos institucional. Así, como escribe Tedesco,

no es posible analizar el proyecto educativo autoritario como si hasta el 24 de marzo de 1976 hubiera tenido vigencia un tipo de propuesta curricular basada en la participación, el cuestionamiento, la criticidad, etc., en tanto que, a partir de ese día, se habría postulado y aplicado un sistema diferente destinado a restaurar el orden, las jerarquías y la disciplina.<sup>110</sup>

Durante el breve y accidentado interludio peronista se fueron eliminando paulatinamente los espacios de libre reflexión. En 1974, el decreto 20.654 establecía que el

---

<sup>106</sup> “Elementos para una sociología del currículum escolar”, en Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Ricardo Carciofi, *El proyecto educativo autoritario. Argentina 1976-1982*, Buenos Aires, FLACSO, 1985, p. 25.

<sup>107</sup> *Loc. cit.*

<sup>108</sup> Tratamiento del tema en el cuarto capítulo.

<sup>109</sup> Cecilia Braslavsky, “Estado, burocracia y políticas educativas”, en Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Ricardo Carciofi, art. cit., p. 79.

<sup>110</sup> Art. cit., p. 25.

docente podía ser “suspendido, cesado o exonerado en caso de que defendiera intereses en pugna, competencia o colisión con los de la nación, provincia o municipios”; asimismo, el poder Ejecutivo se reservaba el derecho a designar los rectores de las universidades públicas.<sup>111</sup> La universidad fue así entregada “por decreto” al movimiento montonero. Comenzó entonces una reorganización de las cátedras y los programas de estudio que ambicionaba construir una universidad plenamente democrática.<sup>112</sup> Fue nombrado un nuevo cuerpo de profesores —en ocasiones, poco calificados, pero fieles a la causa peronista— y se emprendieron cambios curriculares sustantivos, orientados a profundizar la compenetración entre la sociedad y “la academia”.

Esta universidad, “popular”, “participativa” y “sin aranceles”, sin embargo, no logró consolidarse, pues las fracturas en el peronismo eran cada vez más profundas y ya desde 1974 el movimiento montonero comenzó a ser perseguido por las bandas paramilitares. El esfuerzo democratizador duró apenas unos meses (de mediados de 1973 a finales de 1974) y concluyó con un atentado contra uno de los rectores del periodo, Raúl Laguizzi (julio-noviembre de 1974), que cobró la vida de su hijo de apenas cuatro meses, y el encarcelamiento de algunas de las figuras que lideraban este proyecto, como el rector Ernesto Villanueva.<sup>113</sup>

A pesar de que el curso de la educación en Argentina ya tenía una trayectoria conflictiva —siendo cada vez más adversas las condiciones para ejercer el libre pensamiento—, la llegada al poder del gobierno golpista en 1976 trajo cambios sustantivos en este ámbito. Esta vez la intervención en la universidad estuvo guiada por los objetivos de disciplinar y desmovilizar a la sociedad, mediante una educación fundada en valores autoritarios. De acuerdo con Cristina

---

<sup>111</sup> Véase Cristina Godoy y Vania Broda, “El poder de la palabra bajo vigilancia en la universidad pública de la dictadura”, en Carolina Kaufmann (dir.), *Dictadura y Educación. Depuraciones y vigilancia en las universidades nacionales argentinas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001, p. 34.

<sup>112</sup> Entrevista con Ernesto Villanueva, rector de la Universidad de Buenos Aires entre octubre de 1973 y marzo de 1974.

<sup>113</sup> Para un amplio tratamiento de este periodo véase Aritz e Iciar Recalde, *Universidad y liberación nacional*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2006.

Godoy y Vania Broda, el hecho de que “la universidad fuera vejada de manera encarnizada responde a la lógica del programa de la dictadura de desarticulación sistemática del tejido social”.<sup>114</sup>

Desde el momento en que tomó el poder, la junta militar sancionó la ley 21.276 para el funcionamiento de las universidades. Ésta dispuso que el ministro de cultura y educación ejercería “las atribuciones que las normas legales vigentes otorgan a las asambleas universitarias” y quedaría facultado “para resolver situaciones no previstas en esta ley, especialmente aquellas que afecten la paz, el orden interno de las universidades”. Asimismo, la ley prohibió las “actividades de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial por parte de docentes, estudiantes y personal no docente”.<sup>115</sup>

El nuevo gobierno montó un aparato de espionaje en las universidades, mismo que formó parte de un amplio operativo de persecución de artistas, profesores y “hombres de cultura”. Éste llevó el oscuro nombre de *Operación claridad*.<sup>116</sup> Así, el 23 de noviembre de 1976, el ministro de educación del nuevo gobierno, Ricardo P. Bruera, escribía a Videla en un memorándum “estrictamente confidencial y secreto”:

La radicalización del accionar opositor de docentes, alumnos y no docentes en el quehacer educativo y de los elementos actuantes en el ámbito cultural y científico técnico (*sic*), adquiere una importancia tradicionalmente relevante sobre lo cual resulta ocioso insistir [...]. Se creó entonces bajo el encubierto nombre de Recursos Humanos un área que funciona como dependencia del Departamento de Asesores del Ministro [...] Imprescindible complemento [...] es el aporte de un grupo de personas especialistas en tareas de Inteligencia, destinados (*sic*) a manejar los aspectos técnicos del tema en cuestión. La necesidad aludida ha sido gestionada ante las autoridades de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), quienes la han cubierto a entera satisfacción del suscripto.<sup>117</sup>

De acuerdo con Godoy y Broda, esta encubierta oficina de Recursos Humanos “era uno

---

<sup>114</sup> Art. cit., p. 34.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>116</sup> Éste fue dado a conocer en el diario *Clarín* en 1996, al descubrirse un conjunto de informes de inteligencia del gobierno militar (Sergio Ciancaglini, Oscar Raúl Cardoso y María Seoane, “Los archivos de la represión cultural”, *Clarín*, 26 de marzo de 1996. Consultado el 2 de marzo de 2009 en <http://www.clarin.com/diario/96/03/24/claridad.html>).

<sup>117</sup> *Loc. cit.*

de los tantos vectores de circulación de información sobre lo discutido en los resquicios de la vida cultural, y un espacio más de confección de listas negras”.<sup>118</sup> En ocasiones éstas fueron puestas en circulación en diarios nacionales, bajo el título: “nómina de personas vinculadas al ámbito cultural con antecedentes ideológicos desfavorables”.<sup>119</sup>

Los servicios de inteligencia actuaron “pinchando gremios docentes, encuentros intelectuales y agrupaciones estudiantiles”.<sup>120</sup> Su actuación se dirigió con mayor violencia hacia los intelectuales ligados con la guerrilla, aunque fueron también observados, amenazados y perseguidos profesores, estudiantes e intelectuales que no militantes. Por otro lado, hubo intelectuales muy politizados que lograron escapar a la represión por medio de la clandestinidad, el exilio o simplemente el azar. Explicar por qué unos fueron perseguidos y otros no es de gran complejidad, ya que están en juego factores de muy diversa naturaleza. Por un lado, es menester tener en cuenta la subjetividad individual, la actitud frente al exilio, la voluntad de fuga, la propensión al riesgo; por el otro, el carácter y efectividad de la represión.

De acuerdo con Pilar Calveiro, entre los objetivos de la “estrategia concentracionaria” estuvo crear un sentimiento de culpa e incertidumbre en todo el cuerpo social. Uno de los mecanismos para “generalizar la sospecha” fue el “levante” de personas que tenían poco o nada que ver con la guerrilla.<sup>121</sup> Esta explicación, sin embargo, debe ser pensadas a la luz de los

---

<sup>118</sup> *Loc. cit.*

<sup>119</sup> Algunos de los nombres que ahí figuraron fueron Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, Piero, Nacha Guevara, Horacio Guarany, Aída Bortnik, Ariel Ramírez, Víctor Heredia, María Elena Walsh, Roberto Cossa, Julia Elena Dávalos, Jorge Romero Brest, Agustín Alezzo, Jaime Kogan, Osvaldo Dragùn, Griselda Gambaro, Ricardo Halac, Pedro Orgambide, Eduardo Pavlovsky, David Viñas, Ernesto Schoo, Ariel Ramírez, Gian Franco Pagliaro, Lito Nebbia, César Isella, Víctor Heredia, Rodolfo Mederos, el Cuarteto Zupay. Se estima que los nombres “prohibidos” llegaron a sumar 700. Muchos sufrieron la detención o la desaparición (*loc. cit.*).

<sup>120</sup> *Loc. cit.*

<sup>121</sup> Calveiro, quien estuvo en un campo clandestino de detención, escribe: “la población masiva de los campos estaba conformada por militantes de las organizaciones armadas, por sus periferias, por activistas políticos de la izquierda en general, por activistas sindicales y por miembros de los grupos de derechos humanos. Pero cabe señalar que si en la búsqueda de estas personas las fuerzas de seguridad se cruzaban con un vecino, un hijo o el padre de alguno de los implicados que les pudiera servir, que les pudiera perjudicar o que simplemente fuera un testigo incómodo, ésta era razón suficiente para que dicha persona, cualquiera que fuera su edad, pasara a ser un “chupado” más, con el mismo destino final que el resto. Existieron incluso casos de personas secuestradas simplemente por presenciar un operativo que se pretendía mantener en secreto, y que luego fueron asesinados con

estudios que demuestran la incapacidad de los militares para imponer una dictadura “total”, como resultado, entre otros factores, de las disputas entre las elites castrenses.<sup>122</sup>

El carácter errático, o inestable, de la aplicación de la estrategia represiva tiene un correlato en la puesta en práctica de “proyecto educativo autoritario”. Así, de acuerdo con Tedesco, éste tuvo dos niveles distintos de profundidad. El primero, alrededor del cual se logró construir un consenso, fue de naturaleza reactiva y estuvo centrado en “lo que no debía ser”. Sus expresiones fueron la expulsión de docentes, la eliminación de ciertos contenidos y autores del curriculum, el control de las actividades de los alumnos y la regulación de los comportamientos visibles (ropa, cortes de pelo, modos de hablar, etc.). El proyecto educativo, sin embargo, no se limitó a estos aspectos superficiales. El segundo nivel comprende los mecanismos que debían aplicarse a fin de permitir la “internalización de los patrones de conducta que aseguran la permanencia de los valores propugnados”.<sup>123</sup> Frente a éstos, los nuevos dirigentes no lograron construir un consenso. Por ejemplo, las nuevas autoridades educativas entraron en fuertes disputas sobre la pertinencia de enseñar matemáticas modernas.

Quienes se oponían a tal programa sostenían que las matemáticas podían ser:

un arma terrible en manos de la subversión [...] con el abandono de la manera de pensar que ha sido la de toda la humanidad culta desde los griegos hasta la fecha, se puede inculcar a las nuevas generaciones el desprecio de las verdades recibidas por la enseñanza magisterial, abandonarse a la memorización y darse rienda suelta a una creatividad individual libre de toda traba o norma.<sup>124</sup>

El proyecto educativo que se impuso en aquellos años es sin duda más complejo que la caricatura que sugieren estas palabras. No obstante, es claro que “en las instituciones educativas

---

sus compañeros causales de cautiverio (*op. cit.*, pp. 44-45).

<sup>122</sup> Éstas fueron más visibles a partir de la toma del poder por Roberto E. Viola, a principios de 1981; no obstante, comenzaron desde la presidencia de Videla. A este respecto, Marcos Novaro y Vicente Palermo comentan: “Los sectores duros no dudaron en usar contra Viola las mismas tácticas que Massera había utilizado contra Videla. *La Razón*, periódico manejado por la Secretaría de Inteligencia del Ejército, lanzaba diariamente críticas furibundas contra la política del gobierno. La actitud de Galtieri quedó en evidencia [...] cuando, a raíz de la detención en Chile de dos oficiales argentinos acusados de espionaje, decidió por su cuenta cerrar la frontera. La gravísima medida le confirió una gran popularidad en los cuarteles” (*op. cit.*, p. 380). La falta de consenso en la corporación militar es también una de las razones que explican que el régimen no haya sido igualmente represivo a lo largo de toda su duración.

<sup>123</sup> Juan Carlos Tedesco, art. cit., p. 27.

<sup>124</sup> *La Nación*, 27 de noviembre de 1978, *apud, ibid.*, p. 66.

se debía aprender pasivamente; era anatema preguntar, dudar y hasta reunirse”.<sup>125</sup>

### *La censura*

Es una tarea militar seguir con atención los giros idiomáticos, ciertas modas verbales, para saber qué clase de compulsiones está sufriendo la libertad del raciocinio colectivo.  
*Vicealmirante Armando Lambruschini, 4/12/1976*

El eje de la guerra psicológica emprendida por el gobierno militar fue un férreo aparato de censura. A diferencia de la España franquista, sin embargo, no hubo nunca una oficina de censura centralizada que dictara las reglas de los diferentes organismos involucrados con el control cultural. Con frecuencia, diferentes organismos del Estado actuaron en distintos sentidos respecto a un mismo autor u obra. Ocurrieron así, constantemente, hechos que parecían contradictorios o absurdos. Por ejemplo, mientras que en las librerías estaba prohibida la venta de la obra de Álvaro Yunque, la Sociedad Argentina de Escritores —órgano oficial de los escritores argentinos— le otorgaba, en 1979, el Gran Premio de Honor. Por otro lado, se vedaron libros que no tenían absolutamente nada que ver con “la subversión”, como *La cuba electrolítica* y *El Principito*.<sup>126</sup> Entre los escritores que se quedaron en Argentina, la ambigüedad de los límites de lo prohibido causó inseguridad permanente y un alto grado de autocensura. Como sugiere Avellaneda, las prácticas represivas no sólo paralizaron la producción cultural en el acto de la censura, sino que lograron también paralizar la “cultura posible”, por medio de la autocensura y la internalización del castigo.<sup>127</sup>

El discurso justificatorio de la censura estableció que la cultura argentina y la nación misma se hallaban en peligro de una penetración ideológica corruptora, que poseía objetivos y planes de acción minuciosamente estudiados.<sup>128</sup> El comunismo fue considerado como la

---

<sup>125</sup> Guillermo O’Donnell, “Democracia en la Argentina. Micro y macro”, art. cit., p. 136.

<sup>126</sup> Oscar Terán, *op. cit.*, p. 296.

<sup>127</sup> Se vuelve así pertinente la categoría del exilio interno, en la medida en que muchos de los productores culturales que permanecieron en Argentina quedaron aislados de las redes y los circuitos que permitían la circulación y debate de sus ideas. Hay pocos estudios sobre los intelectuales “liberal-conservadores” que apoyaron la dictadura.

<sup>128</sup> Andrés Avellaneda, *op. cit.*, p. 22.

ideología enemiga. La definición de ésta se fue refinando desde los años sesenta, por medio de un sistema de oposiciones que contraponen comunismo y cristianismo, oriente y occidente, libertad y esclavitud.<sup>129</sup> Dentro de este sistema lo cristiano equivalía al:

1) Respeto a Dios y al ‘orden moral objetivo’, que supera y ordena toda la realidad y que da lugar a normas jurídicas que regulan la paz y la moralidad pública; 2) Respeto por el hombre, caracterizado como valor máximo, investido de libertad y dignidad; 3) Respeto por la propiedad, uno de los ‘cuatro pilares básicos’ de la sociedad occidental, junto con la religión, la libertad y la familia; 4) Primacía de lo espiritual sobre lo material.<sup>130</sup>

Al otro lado de la dicotomía estaba lo no-cristiano, ajeno a la cultura nacional, marxista, comunista o subversivo. Las características de este campo eran el ateísmo, el antihumanismo, la negación de la propiedad privada y el materialismo.

La amplitud del material analizado por los servicios de inteligencia fue enorme. Se revisaron almanaques, afiches, obras de teatro, novelas, libros escolares, atlas de geografía, enciclopedias, libros de poesía, ensayos, artículos periodísticos, folletos (inclusive los editados por el gobierno), fanzines, *best sellers*, revistas, programas de TV, espectáculos de todo tipo (como teatro y circo), concursos literarios, congresos de escritores, obras no traducidas, películas, noticieros, programas de radio, fotos.<sup>131</sup>

En los informes de revisión hay un empeño por encajar las obras dentro de las categorías: “marxista” o “no marxista/no contradice los principios de la constitución nacional”. Esto nos habla de un análisis absurdamente simplista de la producción cultural, basado en la utilización rígida de conceptos y categorías, que llevó a engrandecer la brecha entre la fidelidad al régimen y la traición. Sin bien esa incapacidad de comprender la complejidad del ámbito cultural sentó las bases para la prohibición de un gran número de autores, paradójicamente, también permitió que surgiera una cultura subterránea. Ésta recurrió a un lenguaje cargado de

---

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>130</sup> Omití de la cita las fechas de decretos y documentos.

<sup>131</sup> Esto ha sido documentado por Hernán Invernizzi y Judith Gociol. Es importante destacar que la censura no operó de igual manera en los diversos sectores de la cultura. En la cinematografía y radiodifusión, por ejemplo, las políticas fueron mucho más claras que en el ámbito editorial o en el teatro (véase Mirta Varela, “Silencio, mordaza y optimismo”, *Todo es Historia*, 2001, núm. 404, p. 51).

alusiones y metáforas para lograr filtrarse entre los sólidos barrotes que enjaulaban la palabra.<sup>132</sup>

La burocracia censoria estuvo conformada fundamentalmente por miembros de las fuerzas armadas. El Ministerio del Interior, dirigido durante cinco años por el general Albano Harguindeguy, fue el principal organismo encargado de emitir los decretos de prohibición, aunque el Ministerio de Cultura y Educación también contribuyó a la definición de la cultura prohibida. La dependencia especializada en el control cultural del Ministerio del Interior era la Dirección General de Publicaciones, que controlaba a escala nacional todo tipo de documentos impresos. “Para tratar de imaginar la magnitud del aparato estatal invertido” en la censura, escriben Hernán Invernizzi y Judith Gociol, basta con decir que:

los servicios de inteligencia militar efectuaban informes diarios de evaluación acerca del ‘comportamiento de los medios de comunicación social’ [...] Si bien es cierto que sus criterios eran relativamente mecánicos y repetitivos, [...] para elaborarlos era necesaria una estructura de personas equivalente a la redacción de un periódico importante. Se sumaba a ello el sistema de equipos de seguimiento de la programación radial y televisiva, el Ente de Calificación Cinematográfica, las Comisiones de Calificación de Espectáculos e Impresos, las comisiones de seguimiento de los textos escolares, distinto tipo (*sic*) de equipos de investigaciones, grupos de inteligencia especializados, los departamentos específicos de la Policía Federal [...] todo esto multiplicado a nivel nacional.<sup>133</sup>

### *Continuidades*

Tanto en la voz testimonial como en gran parte de la historiografía sobre la dictadura, la irrupción de los militares en el poder en 1976 ha sido vista como un momento de quiebre en la historia argentina. Para numerosos autores, provenientes de izquierdas y derechas, 1976 es el año en el que termina una era. Por un lado, se piensa en el fin del periodo de gran entusiasmo revolucionario, compromiso sartreano, movilización sindical. Por el otro, la conclusión de los años del populismo desestabilizador y el ataque a los valores nacional-cristianos.

Cierto, el golpe militar trajo cambios fundamentales en la estructura política del país, el entramado social y las prácticas culturales. Esta historia de ruptura, sin embargo, sólo nos permite hacer un recuento parcial del proceso histórico. En el ámbito de la represión política,

---

<sup>132</sup> Véase Beatriz Sarlo, “Strategies of the Literary Imagination”, art. cit., pp. 236-249.

<sup>133</sup> *Op. cit.*, pp. 55-56.

trabajos recientes han destacado que las actividades clandestinas de las fuerzas parapoliciacas de combate a la “subversión” comenzaron incluso tan temprano como 1971<sup>134</sup> y ya habían alcanzado gran intensidad durante el gobierno de Perón e “Isabelita”. La educación y la cultura habían sido también fuertemente golpeados desde la década de 1960. De hecho, no es posible entender la política de represión intelectual de la dictadura sin hacer mención de las políticas de censura de los gobiernos anteriores, así como de la violenta intervención en la universidad a mediados de 1966, bajo la bandera de la “Revolución Argentina”.

Como demuestra Avellaneda, a partir de una amplia revisión de documentos oficiales, el “férreo discurso de censura” del gobierno militar de 1976-83 “se organizó lentamente durante más de un cuarto de siglo, hasta alcanzar una etapa de aceleración a partir de 1974”.<sup>135</sup> Cabe destacar, asimismo, que el endurecimiento este discurso no se detuvo durante el interregno peronista (1973-76), sino que, durante este periodo, se siguieron aplicando las políticas censorias dictadas por el anterior gobierno militar e incluso creció el número de prácticas controladas y la fuerza de los castigos.<sup>136</sup>

Al observar el ritmo en que se fueron publicando los decretos de censura y las leyes prohibitivas, es muy claro que, entre 1966 y 1983, hay una continuidad en el discurso de control cultural, a pesar de los fuertes cambios en la organización política. Algunos gobiernos incluso prepararon disposiciones represivas para los gobiernos subsiguientes. Dos meses antes de la llegada de Cámpora a la presidencia, el gobierno militar dictó una ley de correos (ley 20216) que reemplazó aquella que estaba vigente desde 1876. Ésta otorgaba a la Administración de Correos la facultad de abrir la correspondencia privada o comercial para examinar su contenido.<sup>137</sup>

---

<sup>134</sup> Gabriel Périès ha elaborado uno de los trabajos más exhaustivos sobre el tema. Éste fue presentado en la conferencia “Origines, organisation et pratiques de la ‘Triple A’ (Alliance Anticomuniste Argentine), 1971-1976” en el Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, París, 25 de marzo de 2009.

<sup>135</sup> *Op. cit.*, p. 10.

<sup>136</sup> Así, escribe Avellaneda, “el gobierno constitucional peronista [aplicó] abundante legislación dictada durante los gobiernos militares de facto, pasando por alto la inconstitucionalidad de estas medidas” (*ibid.*, p. 16).

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 17.

Sucedió algo similar con el decreto 1774, que prohibía la introducción de literatura considerada subversiva por vía aduanera. Este documento fue firmado por Raúl Lastiri el 10 de octubre de 1973, un día antes de que Perón lo sucediera en la presidencia.<sup>138</sup>

Al destacar estas continuidades, mi interés no es negar las diferencias entre uno y otro periodo ni defender que la política de censura entre 1960 y 1983 fuese en todo homogénea.<sup>139</sup> En cambio, considero necesario señalar que tanto los fundamentos ideológicos justificatorios de una férrea censura contra la “cultura de izquierda”, como la maquinaria represiva (leyes, decretos, burocracias) comenzaron a constituirse por lo menos una década antes del golpe militar. Como veremos más adelante, este proceso de conformación del aparato censor de “larga historia” tuvo consecuencias importantes en la estructura del campo intelectual, pues los productores culturales fueron, ellos también, diseñando poco a poco las estrategias para escapar a la represión cultural. El golpe, con la crudeza de su realidad, se vivió para muchos como una obra ya antes ensayada.

### *Tres imágenes*

¿Mediante qué imágenes podríamos plasmar el proyecto cultural de la dictadura? Convencida de la fuerza del montaje brechtiano me he propuesto cerrar el capítulo yuxtaponiendo tres imágenes que sintetizan este proyecto. Comienzo por las montañas de libros que se funden en las llamas. Situémonos, por ejemplo, en Córdoba el 30 de abril de 1976. Ese día, como tantos otros, el ejército exhibió e incineró libros, revistas y fascículos considerados subversivos. Presenciaron la quema periodistas locales y corresponsales. Las palabras oficiales ante la prensa fueron: “para que con este material se evite continuar engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestros símbolos nacionales, nuestra familia, nuestra Iglesia, y

---

<sup>138</sup> Raúl Alberto Lastiri fue presidente por un periodo muy breve, tras la renuncia de Héctor J. Cámpora.

<sup>139</sup> Avellaneda habla de una “homogeneidad administrativa e ideológica en el discurso de censura”, pero en su mismo trabajo está la evidencia que demuestra que las políticas de censura fueron aumentando en severidad de forma progresiva (*op. cit.*, p. 17).

en fin, nuestro más tradicional acervo espiritual sintetizado en Dios, patria y hogar”.<sup>140</sup>

Cabe ahora evocar una segunda imagen, situada en el espacio universitario. Desde 1975, las universidades de Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba se convirtieron en centros de disciplinamiento social. Espías y policías estaban por todas partes: caminaban por los pasillos —dispersando cualquier grupo de más de tres alumnos que osara “conspirar” antes del comienzo de clase—; se disfrazaban de estudiantes; dictaban clase y hacían preguntas estratégicas con el fin de desenmascarar a los “subversivos”. Formaban también parte del panorama universitario profesores sombríos, que entendían el dictado y la repetición como métodos de enseñanza y confundían la labor de instruir con aquella de inculcar.

Imaginemos para terminar una industria editorial detenida. Las máquinas frenadas a medio imprimir, los depósitos cerrados, los depositarios en la cárcel, el director desaparecido. No fue éste, tampoco, un retrato singular: la industria editorial toda se vio afectada por la censura. Así, “el último pico de la industria editorial argentina [tuvo lugar] en 1974, con casi 50 millones de ejemplares impresos y un tiraje anual promedio de más de 10,000 ejemplares”. A partir de entonces, los tirajes fueron cada vez menores: 41 millones en 1975; 31 millones en el 76; 17 millones tres años más tarde.<sup>141</sup>

Al contraponer estas imágenes, los contornos del proyecto cultural de la dictadura comienzan a delinearse. La cultura durante el régimen dictatorial fue primero destrucción, después vacío. Hubo quizás nuevos nombres en el ámbito de la cultura, pocos se recuerdan.<sup>142</sup> Y así, quienes sobrevivieron a la represión y se negaron a aceptar este credo ultraconservador, partieron al exilio o se refugiaron en las catacumbas.

---

<sup>140</sup> *La Prensa*, 30 de abril de 1976, *apud, ibid.*, p. 135.

<sup>141</sup> Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *op. cit.*, p. 58.

<sup>142</sup> De acuerdo con Hilda Sabato, “con muy pocas excepciones, los cientos de páginas escritas en estos años [...] resultaron en un producto teórica y metodológicamente pobre y de escasísima relevancia en sus respectivos campos (“Sobrevivir en dictadura: Las ciencias sociales y la universidad de las catacumbas”, en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo sapiens, 1996, p. 53). Emiliano Álvarez hace un primer acercamiento en “Los intelectuales del Proceso. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar” (*Políticas de la memoria*, 2006-2007, núms. 6-7, pp. 79-85).

### III. UNA CULTURA DE CATACUMBAS

El sueño de la cultura totalitaria es convertirnos...en seres que aprendan a resignarse a su propia ausencia.  
Santiago Kovadloff, *Argentina, oscuro país*.

Puedo equivocarme, viste, porque es la memoria.  
Josefina Ludmer, *entrevista*.

#### *Las fracturas del campo intelectual*

Hemos visto ya que, en la Argentina de 1974-80, los estudiantes que esperaban de la universidad una formación académica encontraron en las aulas un clima “insoportable”, donde no era posible debatir, hacer preguntas, proponer visiones alternativas. La vida universitaria entró en una crisis profunda a raíz del aumento de la represión, por un lado, y el entrecruzamiento entre la militancia política y la labor intelectual, por el otro. La experiencia de la “universidad peronista” (1973-74) estuvo marcada por la exclusión de quienes no se uniesen al fervor antiintelectual de la época, la asignación de puestos académicos a partir de criterios políticos, la primacía de la acción sobre la reflexión. El golpe puso fin a este “clima de último capítulo”,<sup>143</sup> en palabras de Sarlo, en el que la violencia fue afirmada como un camino legítimo para la transformación social y los intelectuales de izquierda actuaron bajo la certidumbre ideológica de una continuidad entre estética y política.<sup>144</sup>

La universidad pública<sup>145</sup> pasó de ser el lugar de los cánticos peronistas y, en ocasiones, de los balazos, a un espacio lúgubre, pacificado por medio del recurso al terrorismo de estado. Los claustros fueron vaciados; la mayoría de los intelectuales que gozaban de cierto prestigio tuvieron que dejar el país. Entre quienes se quedaron en Argentina, algunos se encerraron en

---

<sup>143</sup> “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, en Saúl Sosnowski (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1988, p. 98.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>145</sup> Fundamentalmente haré referencia a la Universidad de Buenos Aires (UBA), pero muchos de estos escenarios son también válidos en otras universidades públicas en toda Argentina. Véase Cristina Godoy y Vania Broda, art. cit., *passim*; Laura Graciela Rodríguez y Germán Soprano, “La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Cuestiones del tiempo presente*, 2009. Consultado el 17 mayo 2009 en [<http://nuevomundo.revues.org/index56023.html>].

sus hogares, otros comenzaron a ejercer la investigación desde organismos privados y algunos más fueron encarcelados o “desaparecidos”. La generación de intelectuales jóvenes permaneció casi toda en el país, recluida, escondida, aterrorizada. Unos cuantos ejercieron la disidencia desde espacios marginales que, como escribe Francine Masiello, “ofrecieron una alternativa a la centralizadora inmovilidad del régimen”.<sup>146</sup>

En su ensayo autobiográfico, “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, Sarlo interroga cómo eran ella y sus colegas, “los intelectuales jóvenes en Argentina en los años setenta, sobre qué tipo de sujetos y relaciones intersubjetivas se ejerció el poder autoritario y la violencia”.<sup>147</sup> Traza su respuesta a partir de la noción de compromiso; habla de una generación marcada por la creencia de que podían crearse nuevos nexos entre el campo intelectual y los sectores populares.

La convicción de que los grandes cambios revolucionarios estaban al orden del día afectó profundamente la ideología y la cultura política de los intelectuales de izquierda o peronistas, cuyo periodo de formación transcurre en los años sesenta [...] La Habana se ofrecía desde el comienzo de la década [...] como el espacio de una nueva utopía americana [...] En el caso argentino, [...] la tercermundialización de los procesos revolucionarios permitía producir una lectura diferente del peronismo desde la izquierda [...] No se trataba ya solamente [...] de entender el peronismo como un fenómeno ideológico-político que desbordaba las caracterizaciones salvajes y demonizantes con que se lo había combatido, sino de construir los puentes por los cuales transitarían muchos de los jóvenes intelectuales que se desplazaron en el curso de la década del sesenta desde la izquierda tradicional a la nueva izquierda o la izquierda peronista.<sup>148</sup>

A partir del proceso de resignificación del peronismo como un “movimiento de liberación nacional revolucionario”, la intelectualidad de izquierda comenzó a buscar nuevas formas de relación entre el campo intelectual y los sectores populares. Esto llevó, por un lado, a la valorización de la “cultura popular” a partir de una “lectura gramsciana de la revolución cultural china o una lectura nacional maoista del peronismo”.<sup>149</sup> Por el otro, a la reformulación

---

<sup>146</sup> “La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura”, en Daniel Balderston *et. al.*, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires-Madrid, Alianza-Institute for the Study of Ideologies and Literature, University of Minnesota, 1987, p. 13.

<sup>147</sup> Art. cit., p. 95.

<sup>148</sup> *Ibid.*, pp. 96-97.

<sup>149</sup> *Ibid.*, p. 98.

de la identidad del intelectual, tomando en cuenta la responsabilidad de “ir hacia el pueblo”.

El campo intelectual en la primera mitad de la década de 1970 se caracterizó por una fuerte politización y un marcado antiintelectualismo. Como escribe Claudia Gilman, la política se convirtió en el “parámetro de la legitimidad de la producción textual y el espacio público fue el escenario privilegiado donde se autorizó la voz del escritor”.<sup>150</sup> Así, las relaciones entre el campo político y el campo intelectual no sólo fueron afectadas por la creciente represividad de la política cultural, sino también por el interés de los intelectuales de bajar de su torre de marfil hacia los pantanos de la política. Justificaba esta incursión la idea de que la transformación social en América Latina tendría lugar bajo la dirección de “nuevos sujetos revolucionarios”: los estudiantes, la intelectualidad progresista, el proletariado urbano y rural, los campesinos.<sup>151</sup> Así pues, artistas y escritores se apropiaron del espacio público con la convicción de que su discurso era significativo para las clases populares y éste podía encaminar a la sociedad hacia el cambio revolucionario, mismo que acabaría con la injusticia y la desigualdad.

Las redes de comunicación entre el campo intelectual y los movimientos políticos de izquierda se fueron tendiendo en paralelo al proceso de modernización de este campo, que tuvo lugar desde finales de la década de 1950. Sarlo habla, por ejemplo, de la relación entre Rodolfo Walsh y la CGT de los Argentinos y de la proyección semiclandestina de *La hora de los hornos* — manifiesto filmico crítico del “imperialismo”, dirigido por Octavio Getino y Fernando E. Solanas— en sindicatos, barrios obreros, centros estudiantiles.<sup>152</sup> “Ir hacia el pueblo” significó también desarrollar talleres de teatro en las villas miseria, participar en grupos de formación partidista, publicar manifiestos sobre las posibilidades trasformativas de la experiencia estética. Sobre este último aspecto hay que señalar que en aquellos días la identidad del intelectual — como pensador— gozaba de poco prestigio, “parecía insuficiente excusa para ser eximido de

---

<sup>150</sup> *Op. cit.*, p. 29.

<sup>151</sup> *Loc. cit.*

<sup>152</sup> *Art. cit.*, pp. 99-100.

responsabilidades más amplias”.<sup>153</sup> El ambiente cultural de izquierda era así receloso de la “alta cultura”. Escribe Gilman:

la importancia política concedida al intelectual y a sus producciones específicas (especialmente la literatura) estuvo acompañada de una interrogación permanente sobre su valor o desvalor social y por la intensa voluntad programática de crear un arte político y revolucionario [...] El antiintelectualismo fue la posición adoptada por la fracción de los intelectuales que se autodenominó revolucionaria, como resultado de su radicalismo ideológico y del crecimiento del valor de la política y sus lógicas de eficacia e instrumentalidad.<sup>154</sup>

Este sector del campo intelectual (la facción revolucionaria) fue el más fuertemente reprimido por el gobierno militar. La dictadura recurrió a una gama de estrategias coercitivas, que iba desde la intimidación hasta el asesinato, a fin de destruir la red de relaciones sociales que unía a los productores culturales con las clases populares. El golpe ejerció así una fractura en el campo intelectual. A partir de la reflexión sobre lo vivido en esos años, Sarlo habla de una fractura doble:

Hasta 1975, por lo menos, los intelectuales habíamos tenido la sensación y la experiencia de que podíamos mirar y hablar más allá de los límites de nuestro propio campo, que podíamos salir de la universidad y cruzar las puertas de algunos sindicatos, que se podían escribir libros, pero también periódicos populares, discursos, volantes, manifiestos. En 1976 se nos expulsaba de la intervención política, se clausuraba la esfera pública y se nos imponía una doble fractura. Al exilio de nuestros amigos e interlocutores, que cortaba el campo intelectual en un adentro y un afuera, se agregó la segregación de los intelectuales y artistas en una burbuja casi hermética, alejada por evidentes razones de represión y las correlativas estrategias de seguridad para la sobrevivencia.<sup>155</sup>

No abundaré en el tema del exilio. La elaboración de un perfil del intelectual exiliado escapa los alcances de esta investigación. Es de suma importancia señalar, sin embargo, que los intelectuales de izquierda más conocidos casi todos partieron: José Aricó, Oscar Masotta, Juan Carlos Portantiero, Noé Jitrik, León Rozitchner, Manuel Puig, Oscar Terán, Nicolás Casullo, Osvaldo Bayer, Tomás Eloy Martínez, Mario Szichman, Héctor Tizón, David Viñas, Eduardo Mignogna, Horacio Salas, Humberto Constantini, Osvaldo Soriano, Martín Caparrós, Daniel

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>154</sup> *Op. cit.*, pp. 29-30.

<sup>155</sup> *Art. cit.*, p. 101.

Moyano, Antonio Benedetto.<sup>156</sup> Durante la dictadura ocurrió un recambio generacional abrupto. Los lazos entre una generación y otra no se cortaron totalmente, pero perdieron densidad, cotidianidad, palabra viva. Quedaron los intercambios epistolares, los viajes al extranjero, la posibilidad de compartir la reflexión y la experiencia estética desde la lejanía. Pero se perdió la pertenencia a un espacio público compartido; no sólo por la distancia, sino porque ese espacio no existía más.

Entre “los que se quedaron” y “los que se fueron” hubo tensiones y reproches. Carlos A. Brocato habla de polémicas falaces que no reflejan ni la complejidad del exilio ni las causas por las que algunos decidieron permanecer en Argentina. Al exiliado se le acusó de traidor, egoísta, hipócrita. A los que se quedaron y callaron, de cómplices y cobardes. Unos y otros manipularon culpas, pérdidas, compromisos. Para “los de adentro”, escribe Brocato, los exiliados fueron “el chivo expiatorio, la transferencia de la culpa”.<sup>157</sup> Por otro lado, muchos de quienes partieron pensaron que el país había sido “integralmente ocupado por la ideología y la política del régimen militar”, por lo que “estaban obturadas todas las posibilidades de acción o pensamiento”. Argentina se había convertido en un “país de fascistas o de zombies”.<sup>158</sup>

Ambas posturas, reduccionistas, impidieron la discusión sobre las corresponsabilidades en el advenimiento del golpe y el fracaso de los proyectos de transformación social. Más aún, éstas no dan cuenta de la buena relación y los muy intensos intercambios entre el principal grupo de intelectuales en el exilio, residente en México y agrupado en torno a la revista *Controversia*, y el grupo de intelectuales más jóvenes, nucleados en torno a *Punto de Vista*.

A pesar de las fracturas que sufrió el campo intelectual durante el Proceso, la

---

<sup>156</sup> Tomo algunos nombres de la lista que recopila José Luis de Diego, donde se privilegian a escritores e intelectuales ligados al campo literario. Ésta no pretende ser exhaustiva. Más aún, cada caso es singular respecto a las condiciones de partida, los viajes de ida y vuelta, el momento del regreso, si es que éste tuvo lugar (*op. cit.*, p. 157).

<sup>157</sup> *El exilio es nuestro*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986.

<sup>158</sup> Beatriz Sarlo, art. cit., pp. 101-102.

importancia de la relación entre “los de adentro” y “los de afuera” en la definición de los objetos de debate fundamentales durante aquellos años nos lleva considerar a ambos grupos dentro de un mismo campo. Las condiciones de producción intelectual de unos y otro, sin embargo, fueron muy distintas. He decidido centrar esta investigación en los que se quedaron en Argentina y, específicamente, en Buenos Aires, sin propósito alguno de hablar de los héroes de la resistencia cultural o comenzar a hacer un listado de culpas y responsabilidades. En cambio, mi preocupación por las prácticas culturales de la intelectualidad que permaneció en Buenos Aires nace de la observación de que, en tanto proliferaban los estudios sobre el exilio, las reflexiones sobre “la otra mitad del campo intelectual” habían sido abordadas en pocas ocasiones y predominantemente desde una voz testimonial.

El exilio de la intelectualidad argentina en grandes números comenzó desde el ataque a la universidad por el régimen de Onganía en la segunda mitad de la década de 1960 y alcanzó su momento de mayor intensidad entre 1974 y 1979.<sup>159</sup> La marcha de escritores, artistas y profesores significó pérdidas importantes en el campo cultural, no sólo por la ausencia de sus voces, sino porque, con su partida, fueron perdiendo densidad “las tramas del campo intelectual, los canales donde circulaban los debates”, los espacios de producción de representaciones.<sup>160</sup> Como veremos en las siguientes páginas, la intelectualidad disidente buscó reconstruir estos canales comunicativos por medio de la restauración de algunos lazos y la invención de otros. Se retomaron prácticas con una historia relativamente larga: los grupos de estudio, las revistas culturales, los salones literarios —contrariamente a lo que han sugerido algunos trabajos,<sup>161</sup> éstas no fueron inventadas en respuesta al golpe, sino que forman parte de una tradición que surgió por lo menos desde mediados del siglo XX. No obstante, en 1976, ante

---

<sup>159</sup> Tratamiento del tema en José Luis de Diego, *op. cit.*, pp. 156-158.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>161</sup> Véase Cecily Marcus, *op. cit.*, *passim* y “La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura”, en Daniel Balderston *et al.*, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires-Madrid, Alianza-Institute for the Study of Ideologies and Literature-University of Minnesota, 1987, pp. 11-28.

la gravedad del asedio a la cultura, fue preciso también diseñar nuevas estrategias de acción y dotarlas de nuevos sentidos.

Dedicaré las siguientes páginas a la descripción de una de estas prácticas, los grupos de estudio. Centraré la discusión en cuatro grupos: aquellos dirigidos por Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer y Juan José Sebreli. Con base en la información recabada en una serie de entrevistas elaboradas en Buenos Aires a comienzos de 2009, hablaré del origen de los grupos, su funcionamiento, el sentido que tenían para alumnos y profesores, las diferencias entre unos y otros, así como la manera en que éstos se diferenciaban de otros espacios de reflexión no oficiales, como los centros privados de investigación. Hablaré también de los ejes temáticos que orientaron el trabajo de cada uno y las lecturas que ahí se hicieron. Esta discusión me permitirá interrogar en qué medida éstas fueron prácticas de disidencia o resistencia y qué sentido tiene la metáfora de las catacumbas. Pospondré la discusión sobre la historia de esta práctica cultural hasta el siguiente capítulo.

### *Los grupos*

#### *A. Coartadas y escondrijos*

En medio de la crisis universitaria de la primera mitad de la década de 1970, comenzó a surgir entre los jóvenes con un interés real por adquirir una formación en el pensamiento crítico la necesidad de buscar espacios de lectura y discusión alternativos. Así, a partir de una sensación de malestar y curiosidad insatisfecha, estos jóvenes propusieron a profesores que habían sido expulsados de las aulas, u otros productores culturales que nunca habían formado parte de la universidad, comenzar un grupo de estudio. Las circunstancias en las que podía hacerse tal proposición no eran sencillas. El ambiente de aquella época estaba cargado de sospechas; no debía jamás perderse la apariencia del orden.<sup>162</sup> Algunos profesores pedían primero su teléfono

---

<sup>162</sup> A este respecto comenta O'Donnell: “casi perdimos el derecho de caminar por la calle si no vestíamos el uniforme civil —pelo corto, saco, corbata, colores apagados— que los mandones —militares y civiles— consideraban adecuado. Pasó a ser altamente aconsejable no ser diferente ni dar opiniones poco convencionales

al interesado, después lo citaban en algún café para tener un breve encuentro y, posteriormente, si había cierto entendimiento mutuo, lo invitaban a participar. Así, la membresía de los grupos se mantuvo siempre limitada, no hubo convocatorias abiertas y generalmente los participantes eran invitados por un amigo o colega de “confianza”.

En la mayoría de los casos, encontrar un lugar de reunión no supuso un reto significativo, ya que los grupos participaron del proceso de privatización de la vida cotidiana que engendró la dictadura y prácticamente todos se llevaron a cabo en los departamentos de los profesores. Siempre y cuando la entrada y salida de los estudiantes se hiciera con relativo sigilo —escalando las llegadas y salidas para que no caminaran en grupo ni hicieran “alboroto”—, las reuniones significaban un riesgo menor. Aun así, los diferentes grupos tomaron medidas precautorias a partir de sus circunstancias particulares. El departamento de Sebreli se ubicaba no muy lejos de un cine, por lo que él y sus estudiantes estaban al tanto de la cartelera, a fin de poder justificar el motivo de su presencia en el barrio, en caso de ser increpados por un gendarme.

Los grupos de Ludmer se reunían en el departamento de la profesora, que estaba localizado en un lugar particularmente desafortunado: frente al batallón 601, sede de la Secretaría de Inteligencia del Ejército, “un lugar famoso” que había sido escenario de un atentado y era vigilado por un “guardia que apuntaba con una metralleta a la vereda”.<sup>163</sup> Todas las noches se cerraba el tráfico en la cuadra y, como muchas de las reuniones ocurrían por la tarde-noche, los jóvenes debían atravesar las barricadas caminando. “¿A dónde va? —preguntaba el guardia. —Vamos a lo de la profesora, acá. —Ah sí, pase, contestaba”. Como destacan las alumnas de Ludmer, los militares tenían la zona bien vigilada y sabían que “la profesora” daba cursos, pero jamás imputaron peligrosidad alguna a estas jovencitas bien

---

aun sobre los temas aparentemente más triviales” (“Democracia en la Argentina. Micro y macro”, art. cit., p. 136).

<sup>163</sup> Entrevista con alumna.

vestidas —mujeres en mayoría— que en nada se parecían al marxista barbudo y “pelilargo” que “encarnaba” a la subversión.

Los grupos de Sarlo —que, por su militancia política, estaba en una posición de mayor vulnerabilidad que otros profesores— tuvieron más de una sede. Los primeros se reunieron en “un pequeño reducto, tipo oficinita, muy pequeño”. Posteriormente se trasladaron a “La cúpula”, un invernadero abandonado de techo cristalino, que en caso de lluvia, era mejor intercambiar por el bar de la esquina. Este singular “salón” coronaba el último piso de un hotel de paso de un barrio popular. Situado en los márgenes de Buenos Aires y frecuentado por seres marginales —sobre todo prostitutas—, este lugar tiene una enorme fuerza simbólica con respecto al lugar que ocuparon los intelectuales en la sociedad durante aquellos años. Éstos fueron vistos como seres sumamente peligrosos, por lo que se les orilló a rincones inhóspitos para la vida y el pensamiento.<sup>164</sup>

La gran mayoría de los grupos de estudio tuvieron lugar en Buenos Aires, pues, como escribe Sábato, “en otras ciudades del país, la represión no dejó resquicio alguno para encarar esta tarea”.<sup>165</sup> Si bien hubo algunos grupos en Rosario y La Plata, éstos se reunieron con menor frecuencia y tuvieron también menor quórum y continuidad. Buenos Aires, siendo la gran capital cultural del país, era el lugar donde vivía la mayor parte tanto de los productores culturales que no se habían exiliado, como de los estudiantes en humanidades. Era también la zona con mayor número de librerías, entre las cuales algunas pocas conservaban en sus bodegas títulos “peligrosos”, ante los ojos de los militares, y necesarios, ante la mirada de los intelectuales progresistas que dirigían los grupos. Por otro lado, al ser más densa la trama de circuitos culturales en esta urbe, su destrucción fue, también, más difícil y nunca llegó a ser

---

<sup>164</sup> Las reuniones en esta “cúpula” nos permiten asimismo reflexionar sobre la noción de compromiso intelectual, pues es difícil imaginar enseñando en este espacio a alguien que no estuviese plenamente consagrado a la defensa de la libertad de pensar.

<sup>165</sup> Art. cit., p. 54.

total.<sup>166</sup>

En los testimonios de quienes participaron en grupos de estudio se destaca que la precariedad institucional en la que operaban era en mucho compensada por la prácticamente absoluta libertad para el estudio de autores prohibidos (o simplemente desconocidos o excluidos) y la discusión abierta que permitían esas condiciones. Jorge Cernadas cursó la carrera de historia entre 1977 y 1984. Paralelamente, y “en diálogo crítico con esta formación”, asistió a los grupos de Sebrelí. Cernadas habla de una universidad pública encallada en el tradicionalismo, donde nada podía ser puesto a debate, por el miedo a decir algo “impropio” o ser tachado de subversivo. La percepción de estar siempre bajo una mirada disciplinaria contrastaba con el ambiente distendido que prevalecía en los grupos:

*La carrera... se hacía notoriamente más insoportable en contraste con lo que uno aprendía en estos cursos particulares... En los grupos se veía un repertorio de temas, de problemas, autores, discusiones, etcétera que en la universidad, en la carrera de historia y me animaría a decir que en muchos casos, ni siquiera estaban vedados por los docentes de cada una de las materias, sino que no los conocían.*

En un pequeño ensayo titulado “Una cultura de catacumbas”, Santiago Kovadloff aporta un testimonio similar:

A fines de 1975 renuncié a la cátedra universitaria. En mi casa abrí un centro de estudios privados donde la relativa precariedad de recursos de infraestructura se veía compensada por una considerable libertad expositiva. Consuelo que no es pequeño para quienes en la Argentina hemos decidido seguir enseñando fuera del ámbito universitario. Organicé dos programas: uno de filosofía del arte y otro de sociología de la literatura, que desarrollé paralelamente al trabajo con jóvenes escritores, a propósito de sus propias obras. Un año bastó para que me viera convertido, como tantos otros intelectuales, entre los que se encuentran psicólogos, antropólogos, historiadores, psicoanalistas y sociólogos, en un portavoz más de lo que propongo llamar “cultura de catacumbas”.<sup>167</sup>

La decisión de asistir a un grupo surgía más o menos espontáneamente entre los estudiantes con espíritu crítico, dadas la ausencia de discusión y falta de actualización académica la universidad. Ésta no estaba asociada con la idea de tomar un riesgo —o participar en una

---

<sup>166</sup> Matilde Sánchez, estudiante de los grupos de Ludmer y, actualmente, escritora y periodista, comenta a este respecto: “Buenos Aires es una subcultura dentro del país muy particular, que también la tienen [algunas pocas ciudades, como Mendoza, Córdoba y Rosario]. Son ciudades muy profundamente iluministas, ilustradas. Entonces, la pulsión de esclarecerse es fuerte y es lo valioso que tiene. Por eso era una ciudad tan cinéfila, por eso había tan buen teatro. Es como parte de la idiosincrasia porteña.”

<sup>167</sup> En su libro *Una cultura de catacumbas y otros ensayos*, Buenos Aires, Botella al mar, 1982, p. 14.

actividad prohibida— ni con la necesidad de tomar medidas precautorias que fueran mucho más allá de aquellas que se habían vuelto parte de la vida cotidiana, como resultado de vivir en una sociedad donde privaban el miedo y la sospecha: pasar desapercibido siempre que fuera posible, vestir y hablar “propiamente”, no hacer bullicio en las calles ni llegar “en montón” a una casa, sólo sacar fotocopias en lugares seguros, procurar tener los libros lejos de las miradas deladoras, compartir con muy pocos la vida privada y evitar hablar de religión y política.

Por otro lado, los profesores que dirigían los grupos, entre quienes había un gran número de ex-militantes, evitaron la “toma de riesgos”, apegándose a un programa de trabajo académico preestablecido, haciendo mínimas referencias a la situación política y social de aquel momento, deslindando estos espacios de toda actividad política y siendo prudentes al describir su tarea y nombrar a sus alumnos. Este último aspecto nos encamina a la discusión de cómo funcionaban los grupos, para la cual me detendré en cuatro casos.<sup>168</sup>

### *B. Piglia: Autonomía y modernidad*

La formación de Ricardo Piglia no tuvo lugar en grupos de estudio. Si bien durante la década de 1960 visitó alguna vez, junto con Carlos Altamirano, el grupo de León Rozitchner y varios amigos suyos asistieron a los cursos de Masotta, él tuvo “una formación más tradicional”: estudió historia en la Universidad de la Plata. Después de concluir sus estudios, trabajó como docente universitario, no obstante, con la intervención en las universidades en 1966, como “tanta gente de su generación” debió abandonar las aulas. En los años que transcurrieron antes del golpe de 1976 trabajó como editor, pero al llegar la dictadura se vio obligado a abandonar esta actividad y los grupos de estudio se convirtieron en su fuente de sustento. Así, su motivación para organizar grupos surgió tanto del interés por dar una verdadera formación a la nueva generación de estudiantes en humanidades, como de la necesidad de ganarse la vida.

---

<sup>168</sup> Éstos son algunos de los grupos más importantes, mas no pretendo trazar un panorama exhaustivo, por un lado, porque algunos de los profesores han muerto y me fue muy difícil establecer un contacto con sus alumnos; por el otro, porque esta tarea requiere una infraestructura de investigación que permita alcanzar grandes sectores de la población argentina.

Piglia describe como sigue la dinámica de trabajo:

*Había un grupo de estudiantes que se reunían con uno o una vez por semana. Yo tenía 3 grupos de 10 estudiantes cada uno, más o menos 30 estudiantes. Eso empezó...entre 74-75 y se mantuvo hasta el 83, más o menos, hasta que la universidad comenzó a funcionar y nosotros volvimos a la universidad. En mi caso, lo que yo trabajaba era lo mismo que enseño ahora en Princeton, no era muy distinto. Es decir, hacía cursos de historia argentina, de historia y de literatura argentina del siglo XIX, con algún tipo de debate de cuestiones teóricas, metodológicas. Entonces di un año sobre Sarmiento, otro trabajamos Mansilla. Veíamos desde principios del siglo XIX hasta Borges y fuimos haciendo esos cursos anuales y siempre discutíamos cuestiones conectadas con ¿cómo construir un contexto?, ¿qué quiere decir trabajar en el presente con ciertas tradiciones? En fin, hacíamos una combinación de historia intelectual y cuestiones de formación de los estudiantes.*

Los estudiantes de Piglia provenían de distintos campos disciplinarios. La mayoría asistían a los cursos y, paralelamente, seguían una formación en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero eran grupos heterogéneos, había gente de filosofía, arquitectura, historia, ciencias políticas, literatura. Algunos estaban interesados en aprender a escribir, a pesar de que los grupos no eran talleres literarios. La mayoría de los estudiantes asistían a los cursos durante tres o cuatro años, aunque a partir de 1977 éstos comenzaron a interrumpirse por las estancias de Piglia en Estados Unidos como *visiting professor*. Tales ausencias, sin embargo, fueron esenciales para el desarrollo de los cursos, ya que permitieron a Piglia traer bibliografía y “renovar la discusión”. En otras palabras, ir a Estados Unidos permitía llevar al aislado panorama intelectual argentino los principales debates que estaban teniendo lugar en las humanidades en este país y en Europa.

*Eran grupos muy sofisticados, estaban muy al día, todos, los que yo hacía y los que hacía mi mujer de aquel momento, que era Josefina Ludmer... los estudiantes circulaban entre los grupos de ella y los míos y, por lo tanto, yo conozco el trabajo de ella y estábamos haciendo cosas muy buenas en relación a lo que se estaba enseñando no sólo en la Argentina, de verdad, el nivel era muy bueno. Mucha de la gente que se formó con nosotros se convirtió en los profesores de la universidad.*

Los profesores de los grupos de estudio estaban más actualizados que aquellos que habían entrado a la universidad con apoyo de los militares. Lo que hicieron los grupos, dice Piglia, es establecer un tipo de discusión que trataba los mismos problemas que se discutían en Nueva York o París. “Eso es una formación y eso es lo que querían los estudiantes”. Los grupos de estudio, entonces, buscaban analizar la tradición literaria argentina, pero bajo la luz de las discusiones contemporáneas en las humanidades y situándola frente a otras sociedades. Su

propósito era “ir en contra del apagón cultural que la dictadura estaba generando”.

Para Piglia, el trabajo en los grupos, así como otras prácticas culturales durante aquel periodo, rompe con los modelos esquemáticos que establecen que, en situaciones de totalitarismo, la opresión acalla todo y la sociedad entera aparece como cómplice. De hecho, el escritor relaciona la experiencia de los grupos con la de las revistas culturales y, particularmente, con la de *Punto de Vista*. Esta revista comenzó a aparecer en 1978, como una publicación de superficie financiada por Vanguardia Comunista, y se continuó publicando durante toda la dictadura e incluso después de la transición democrática, a pesar de perder muy tempranamente el apoyo de esta agrupación política —ya que sus líderes fueron víctimas de la desaparición forzada.<sup>169</sup> Ésta era, en realidad, “una continuación de la revista *Los Libros*.” El grupo fundador de *Punto de Vista* estaba formado por Sarlo, Altamirano y María Teresa Gramuglio, críticos literarios, Piglia, escritor y crítico, y Hugo Vezzetti, psicólogo e historiador.<sup>170</sup>

*Punto de Vista* se convirtió en un espacio para conectar intelectuales que hasta ese momento se habían mantenido muy aislados, “encerrados en sus casas”, ya que, además de publicar la revista, los escritores y críticos nucleados en torno a ésta organizaron actividades de diálogo y convivencia, como cenas, grupos de discusión, presentaciones. En estas reuniones, escritores, filósofos, psicoanalistas y, en términos más generales, humanistas discutieron cuestiones de literatura y, en ocasiones, también de política. A pesar de carecer de un marco institucional y contar con muy pocos recursos, el grupo de *Punto de Vista* hizo numerosos esfuerzos por organizar espacios de diálogo intelectual al margen de la cultura oficial. Sobre estas actividades, Piglia comenta:

*Éramos muy autosuficientes, quiero decir, trabajábamos en las revistas, teníamos los grupos de estudio, teníamos nuestras propias editoriales y estábamos renovando un poco la cultura argentina, no quiero exagerar, pero estábamos*

---

<sup>169</sup> Los líderes de Vanguardia Comunista, Elías Semán, Rubén Kristkauský y Abraham Hochman, “desaparecieron” en agosto de 1978.

<sup>170</sup> En *Los Libros* (1969-76), dirigida durante los primeros años por Héctor Schmucler, habían participado Ernesto Laclau, Altamirano, Sarlo, Ludmer, Emilio de Ipola, German García, Oscar Terán, Oscar del Barco.

*haciendo algo con la cultura argentina que iba a dar sus resultados mucho después.*

Para Piglia, los grupos fueron una experiencia de resistencia, si entendemos por este concepto poder seguir pensando y llevando a cabo una actividad intelectual “en las condiciones que uno decide”. Él, por ejemplo, enseñaba marxismo, porque estaba convencido de que la “infinita desgracia” de caer en las manos de los militares, no dependía de si leías o no a Marx. “Podías tener la biblioteca llena de libros cristianos”, “la idea de que tenías que hacer buena letra para que no te vinieran a buscar era perversa”, eso era lo que la dictadura quería hacer creer a la gente para propagar el terror y controlar las mentes. “Pero si te venían a buscar era porque estabas en un grupo guerrillero o alguien te había delatado”, y eso no se podía controlar.

*Un estado terrorista como el estado argentino del 76 trataba de producir en la sociedad un estado de terror, por el cual ir al cine a ver una película de Godard podía ser peligroso... El objetivo de la represión era destruir a las organizaciones guerrilleras, que ya estaban semiliquidadas, y, al mismo tiempo, desarticular el movimiento obrero. Ahora, los métodos eran tan irracionales que generaban terror. Los militares no entienden por qué la gente piensa distinto que ellos y creen que la gente... es influida por los malvados. Los intelectuales aparecen como aquellos que están poniendo a la gente ideas equivocadas... Es evidente que la cadena de guerrilla, movimiento obrero e intelectuales formaba parte de un mismo conjunto.*

Ni Piglia ni los otros intelectuales del grupo de *Punto de Vista* estaban involucrados con la guerrilla. Por el contrario, se oponían a esa práctica, porque eran maoístas. Y “¿por qué éramos maoístas?”, dice Piglia, “porque eso parece también muy extravagante”. Por dos motivos: primero, porque eran antisoviéticos y el maoísmo les permitía tomar esta postura sin virar hacia la derecha, es decir, “criticar a los soviéticos desde una posición ilusoriamente de izquierda”. Segundo, porque para el maoísmo la revolución debía apoyarse en el movimiento de las masas y este proceso era de larga duración, no lo iba a hacer un grupo guerrillero, “los chinos criticaban a Guevara”.

*El maoísmo era un modo de no dejarse fascinar por la fantasía de los montoneros y los grupos armados, en la que cayó...un sector amplísimo de intelectuales...Gente de cincuenta años, como Walsb, como Urondo, tipos muy formados, se metían en la guerrilla. ¡Vos no lo podés entender! Porque ni siquiera podían ser guerrilleros a esa edad... ¿Cómo vas a ser guerrillero a los cincuenta años? Es un delirio total.*

¿Qué pasó con los grupos al terminar la dictadura? Piglia, junto con muchos otros intelectuales que tuvieron una actividad subterránea durante los años del Proceso, se incorporó

a la universidad. Ésta fue, poco a poco, reencontrando su prestigio. La nueva generación de profesores reformuló la estructura de las carreras, los programas de estudio, los paradigmas vigentes. En los años ochenta, la universidad tuvo “excelentes profesores”, pero éstos no estuvieron exentos de errores y, en la euforia de la modernización, cometieron algunos actos — muy difíciles de revertir— de los que hoy se arrepienten, como eliminar las letras clásicas de la carrera de literatura argentina.

### *C. Sarlo: Política y literatura*

Si bien Sarlo estudió Letras en la UBA, su formación quedó “incompleta o abandonada” por el paso a “otra cosa”: la militancia política. Ésta comenzó, “como [sucedió con] tantas otras personas de la pequeña burguesía”, por la vía del peronismo, pero, al comenzar la década de 1970, se alejó de este movimiento, al no sentir “ninguna simpatía por la guerrilla”, ni por la Revolución Cubana, ni por el Che Guevara. “[En esos días sabía] que iba a haber una guerra de clases en algún determinado momento, no es que pensara que el trámite iba a ser sin violencia”, pero la guerrilla en sí misma no la convocaba. Posteriormente militó, hasta un año después del golpe de estado, en el Partido Comunista Revolucionario, agrupación marxista-leninista de orientación ortodoxa que no tenía “inclinación hacia la guerrilla” y donde se seguían “extremas” normas de clandestinidad —mismas que, muy probablemente, le “salvaron la vida”.<sup>171</sup>

Durante los años sesenta, Sarlo no participó “en ninguno de los grupos de estudio importantes, como el de Raúl Sciarreta”, pero tenía un grupo de lectura de pares, donde estudiaron a Tzvetan Todorov, Ronald Barthes y el primer estructuralismo. No obstante, para Sarlo, “los grupos de estudio y la dictadura” fueron el momento de su “verdadera formación intelectual”. Al haber pasado a la política, “sabía leer a Marx y a Gramsci”, pero no a los autores que se convirtieron en eje de su pensamiento, como Raymond Williams y Pierre Bourdieu. Así, comenta, “cuando yo preparaba esas clases, realmente, me estaba preparando”.

---

<sup>171</sup> Tomo todas las citas de la entrevista que tuve con Sarlo.

Sarlo y su compañero de aquel momento, Carlos Altamirano, decidieron no exiliarse “por razones ideológicas”. Bajo la luz de su militancia política, el exilio hubiese significado “la pertenencia a la pequeña burguesía” y el abandono de la causa revolucionaria. Y, si bien, como ya he mencionado, su militancia partidista concluyó poco tiempo después del golpe, gran parte de su actividad intelectual durante la dictadura estuvo motivada por la idea de seguir pensando la política. Dentro de esta actividad, destacan no sólo los grupos de estudio, sino la publicación de la ya mencionada revista cultural, *Punto de Vista*, en la que tuvo un papel directivo durante los treinta años de su aparición (1978-2008). Al explicar las razones que la llevaron a quedarse en Argentina escribe:

Estaba, por un lado, una ciudad, Buenos Aires, que seguía siendo para mí ese ámbito concreto donde podía reconocerse como intelectual y donde, quizás en un acto de ensoñación política, apostaba a que mi discurso fuera nuevamente escuchado. Estaba, también, una lengua sobre cuyo desgarramiento me han hablado largamente los exiliados. Recordaba al mismo tiempo, a los exiliados latinoamericanos que, a partir de 1973, había conocido en Buenos Aires, oscilantes entre la utopía del regreso inminente y la desesperanza. Me asaltaba, finalmente, la idea de que el pueblo, a cuyo destino yo me había sentido unida, no estaba en condiciones de seguir en masa el camino de los aeropuertos.<sup>172</sup>

Durante el periodo dictatorial, la fuente de sustento de Sarlo provino fundamentalmente de los grupos de estudio y de su trabajo en el Centro Editor de América Latina. Tuvo grupos entre 1979 y 1983, después se integró a la universidad. Sus alumnos provenían mayoritariamente de las carreras de historia y literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. A pesar de que éstos eran alrededor de 15 años menores que ella, las relaciones eran horizontales y con algunos estableció una amistad. Los jóvenes llegaban a Sarlo en busca de una formación “que no recibían en la facultad” y un espacio de discusión donde la política, aunque no era el eje central, no estaba reprimida. ¿Cuál era la formación que no se recibía en la facultad? En principio, toda aquella que estuviese relacionada con el marxismo. Los alumnos venían, por lo tanto, del “universo de la izquierda”.

---

<sup>172</sup> “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, art. cit., pp. 102-103.

Sarlo proponía al comienzo del año un programa y éste se seguía con extrema seriedad en reuniones semanales de un par de horas. En algunos casos, el interés de los alumnos los llevó a escribir monografías, aunque este tipo de actividades eran voluntarias y no había evaluaciones. “El estudio era bastante formal, digamos yo preparaba una clase como después la preparé para la universidad y ellos leían los textos del mismo modo que se leen para una clase chica, tipo seminario, de la universidad”, comenta Sarlo. El primer curso tuvo lugar en 1979 y estuvo dedicado a la obra de Barthes. Lo organizó un psicoanalista en un “pequeño reducto, tipo oficinita, muy pequeño”; ahí fueron Alan Pauls y Mónica Tamborenea. Posteriormente, los grupos se trasladaron a “La cúpula” y en esta nueva sede se siguieron programas más amplios sobre crítica literaria e historia de la literatura argentina. En éstos tuvieron especial importancia la escuela de Birmingham, principalmente Raymond Williams, el formalismo ruso (Mijaíl Bajtín, Iuri Tinianov, Boris Eikhenbaum) y la escuela de Frankfurt.

De acuerdo con Sarlo, si los cursos se desarrollaron en condiciones precarias es, sobre todo, por la dificultad para conseguir las lecturas. Su situación contrasta con aquella de Ludmer y Piglia, que viajaron numerosas veces a Estados Unidos a lo largo del Proceso en calidad de *visiting professors*. Sarlo viajó a Europa en 1980 y entonces consiguió algunas lecturas. Otras las obtuvo por medio del Centro Editor de América Latina, donde trabajaba, ya que podía pedir libros para “evaluar la pertinencia de su traducción y publicación”. Algunas más fueron rescatadas del sótano de librerías, secciones de libros viejos de “El Ateneo”<sup>173</sup> y la librería italiana “Leonardo”.

Una vez obtenidos los materiales, facilitar su lectura a los estudiantes era un segundo desafío. Así, por ejemplo, Sarlo hacía la entrada al formalismo ruso por medio de la obra de Tinianov. No obstante, sólo tenía acceso a ésta en italiano y la mayoría de los estudiantes no hablaban esta lengua. “No leían casi ninguna lengua, porque la universidad no los había

---

<sup>173</sup> “El Ateneo” es una de las grandes librerías de Buenos Aires.

formado en eso”. Pidió entonces a un poeta y traductor que grabara el texto en una cinta. Los alumnos posteriormente la transcribieron. Tuvieron lugar situaciones parecidas en los cursos de Josefina Ludmer, donde la lectura en francés era obligada —no por esnobismo, sino por la escasez de traducciones. Entre los estudiantes hay quienes recuerdan haber tomado cursos de lengua “intensivos” para poder hacer las lecturas.

Para Sarlo, los grupos de estudio formaban parte de una trama de espacios de discusión, algunos más estables que otros, que se proponían reestablecer el diálogo en el campo intelectual. Los grupos se mantuvieron fácilmente, pues eran autoconvocados, otras prácticas tuvieron una existencia más corta o accidentada. En 1977, antes de que comenzara a publicarse *Punta de Vista* existió, por ejemplo, “El salón literario”.<sup>174</sup> Ahí se reunían una vez por semana diversos intelectuales para hablar de teoría literaria y literatura argentina. Este tipo de encuentros provocaba mucho miedo, por lo que era difícil mantener el quórum, pero lo que interesaba a quienes convocaban era “el hecho performativo” —“a la Austin” de *Cómo hacer cosas con palabras*— “de tener a la gente reunida”.<sup>175</sup>

Las reuniones se extenderían hasta 1978, en una salita del Centro Editor de América Latina, lugar de resistencia por excelencia a la dictadura militar. Esa sería nuestra “gimnasia del preso”, la metáfora por medio de la cual años más tarde aludiríamos a esa época [...] Fruto de este ateneo fue la primera edición de *Punto de Vista*.<sup>176</sup>

Quienes participaron en el Salón pertenecían a la misma generación, pero, con excepción de Piglia, Sarlo y Altamirano, apenas comenzaban a conocerse. María Teresa Gramuglio, por ejemplo, acababa de llegar a Buenos Aires de Rosario, escapando de la Triple A; Nicolás Rosa estaba en una situación similar. Por lo tanto, comenta Sarlo, era difícil mantener este grupo y dejó de existir al aparecer la revista.

Otra actividad de esta índole, que comenzó un poco más tarde y duró hasta 1983,

---

<sup>174</sup> El nombre de este grupo de discusión hacía una metáfora histórica —muy en boga en esos años— con el salón literario de Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi.

<sup>175</sup> Entrevista con Sarlo.

<sup>176</sup> Texto de Sarlo, expuesto en las “Jornadas sobre revistas científicas, independientes y de divulgación” en la Facultad de Humanidades de La Plata, septiembre de 1996, *apud*, José Luis de Diego, *op. cit.*, p. 143.

fueron “las cenas de *Punto de Vista*”, que tenían lugar una vez al mes. Ahí la membresía fue cambiando, “vino una cantidad grande de periferia”, dice Sarlo, y “por supuesto, se hablaba de política”. Estaba también el “Grupo de los sábados”, que se reunió en el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) cuando ya comenzaba la transición. En éste había gente de los centros privados de investigación, algunos intelectuales “no institucionalizados” y exiliados que regresaban. Convocó Oscar Landi al volver de su exilio brasileño. El grupo se reunía los sábados por la mañana e iniciaba con la discusión de un texto, posteriormente llegaba el almuerzo y las discusiones pasaban a la política.

Así pues, entre el golpe de estado y la transición democrática, el campo intelectual de izquierda se articuló por medio de estos espacios. Ahí, además de reivindicarse la autonomía de la producción intelectual, se modernizó el pensamiento de la izquierda y se establecieron y negociaron los prestigios de una generación de intelectuales que entró en el campo intelectual en un momento de gran singularidad: la universidad estaba ocupada por los militares, los productores culturales habían sido juzgados y reprimidos como enemigos del orden, los grandes nombres habían partido al exilio, la izquierda en el mundo entero enfrentaba una profunda crisis, la figura del intelectual comprometido, verdad de dos décadas, se convertía en objeto de debate y, para algunos, de repudio.

#### *D. Sebreli: Historia y compromiso*

Dentro del panorama intelectual argentino, Sebreli ha sido siempre un pensador de difícil clasificación, un intelectual solitario. Al llegar el golpe, lejos de ser un joven intelectual con poco reconocimiento, era un hombre ya entrado en los cuarenta, con una importante trayectoria intelectual, que incluía la participación en las revistas *Sur* y *Contorno*. Su libro *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, publicado en 1964, tuvo gran éxito editorial, convirtiéndose en un *best seller*. A pesar de que el pensamiento de Sebreli tenía una clara inflexión de izquierda, no fue objeto de hostigamiento ni persecución por parte del gobierno militar y su biblioteca —bien nutrida en

la obra de Marx y Hegel, así como la de Gramsci y la Escuela de Frankfurt— permaneció incólume. En su biografía, Sebreli dedica un capítulo a sus grupos de estudio de dictadura, titulado “La universidad de la sombras”. Éste comienza diciendo:

Sartre decía que nunca había sido más libre que en París bajo la ocupación alemana; al estar encerrado cada uno de sus gestos tenía el peso de un compromiso. Durante la última dictadura militar yo me sentía libre, en todo caso, porque seguía pensando y actuando con la obstinación de siempre y ni siquiera escondí mis libros comprometedores, como hicieron otros. Acaso el dramatismo de esos días me provocó una mezcla de sentimientos contradictorios: impotencia, una última tranquilidad fatalista frente a lo irremediable y cierta rara euforia porque tenía conciencia de que esta vez no se trataba de una dictadura tristemente gris y monótona, como la de Onganía, sino que, por fin, habíamos tocado fondo y el riesgo no podía ser mayor.<sup>177</sup>

Sebreli dice haber pensado muchas veces en el exilio y no comprende muy bien por qué se quedó. Probablemente fue el síndrome del “aparador pesado”, aquel que sufrieron algunos judíos en la Alemania nazi al temer perder sus muebles. Los muebles de Sebreli eran su biblioteca.<sup>178</sup>

De acuerdo con uno de sus estudiantes, Sebreli fue liberal en su primera juventud, peronista en su segunda juventud y, en los setenta, cuando todo el mundo se peronizó, él se desperonizó y se convirtió en un izquierdista radical, crítico del peronismo, del tercermundismo y del nacionalismo. Ensayista independiente vinculado al mundo de las revistas culturales, Sebreli quedó “totalmente aislado” durante la dictadura, pero ese aislamiento no le impidió seguir de cerca los principales debates del pensamiento marxista europeo y norteamericano. “Era un tipo que estaba al día”,

*recibía los suplementos culturales de diarios del mundo, recibía libros en otros idiomas —sobre todo en francés—, se carteaba con gente que se había exiliado...Era un hombre que seguía Les Temps Moderns, qué hacía el grupo sartreano o qué dejaba de hacer, cuál era el último texto de Simone de Beauvoir, o de la Escuela de Frankfurt, o de los estudios gramscianos.*<sup>179</sup>

Para los estudiantes, la participación en los grupos de Sebreli se convirtió en un “viaje relámpago a la actualidad”, porque,

---

<sup>177</sup> En *El tiempo de una vida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 283.

<sup>178</sup> Sarlo decide transcurrir los años de la dictadura de forma similar: conservó sus libros y decidió que, si llegaba la muerte, moriría con ellos (entrevista).

<sup>179</sup> Entrevista con estudiante.

*la cultura política de las organizaciones de izquierda era muy antigua, estaba muy desactualizada, leíamos textos del siglo XIX o de principios del siglo XX...A duras penas había intentado llegar a Gramsci y había fracasado...lo más contemporáneo que se leía era Trotski, que había sido asesinado en 1940.*

Lo que atraía a los estudiantes a Sebreli era una cultura filosófica marxista al día, un pensamiento metódico y antidogmático —“no porque Sebreli no haya construido sus propios dogmas, sino porque, al enfrentarlos, tuvimos que revisar los propios”— y un cierto exotismo que les obligaba a romper con una serie de prejuicios y resistencias, por ser un hombre desconectado con los espacios tradicionales de la intelectualidad de izquierda, por no haber militado, por ser homosexual.<sup>180</sup>

Los grupos de Sebreli comenzaron a reunirse en 1978 o 1979. El primero fue un grupo dedicado al estudio de la historia desde una perspectiva hegel-marxista, “con un toque sartreano”. Éste duró alrededor de un año y los asistentes fueron cinco o seis estudiantes de la carrera de historia de la UBA. Sebreli repitió ese curso numerosas veces, pero, al tiempo que los grupos aumentaron en número, la procedencia de los estudiantes se fue diversificando.<sup>181</sup> En general, los grupos tuvieron alrededor de diez personas, a veces más, a veces menos. Hubo una época en que Sebreli dio cursos todos los días, de lunes a domingo, alrededor de las cinco o seis de la tarde. Ésta era su principal fuente de sustento —además de algunas traducciones—, aunque cobraba muy poco, “pues los estudiantes no trabajaban, vivían con sus familia”.

Además de vivir de los grupos, vivía para éstos, ya que pasaba todo el día preparándolos, a pesar de que, formalmente, las clases durasen apenas una hora —en realidad, dos. Las lecturas y apuntes que usó como guiones fueron la base de gran parte de su producción intelectual en

---

<sup>180</sup> De acuerdo con Sebreli, en la “universidad de las sobras”, salvo algunas excepciones, quienes dirigían los grupos eran “un poco escritores marginales”, siendo éste su “propio caso”. Sebreli dice haber sido, “sobre todo antes de la dictadura”, un “marginal de la universidad”. En realidad, esta marginalidad describe mejor a los profesores de otros grupos que a Sebreli quien, como he ya mencionado, gozaba ya de un prestigio significativo al llegar el golpe. De hecho, Sebreli forma parte de una generación de escritores e intelectuales que en su mayoría partieron al exilio, como David Viñas, Manuel Puig y Oscar Masotta.

<sup>181</sup> Sebreli es el único de los profesores de los grupos que identifica una procedencia partidista particular en sus alumnos: “En general lo que predominaba era el Partido Obrero y el grupo no guerrillero del PST (Partido Socialista de los Trabajadores), los dos son trotskistas...No había estalinistas, salvo un caso muy pintoresco, del PC no había...El trotskismo en esa época consideraba a la Unión Soviética como el mal menor o como el socialismo degenerado, yo directamente les decía: ‘no es socialismo para nada, es un sistema aparte, un sistema burocrático, no tiene nada que ver’”.

los años ochenta y noventa. A este respecto, Sebreli comenta:

*A mí me sirvió tanto como a los estudiantes, porque me obligó a poner en orden una cantidad de cosas que yo había leído caóticamente. Yo fui un lector desde los 14 años... y con los cursos me vi obligado a poner en orden una infinidad de lecturas sobre el renacimiento, el barroco, muchísimos temas...un esfuerzo... yo dedicaba todo el día a los cursos en esa época...como no podía escribir, porque no podía publicar, entonces dedicaba todo el día a preparar los cursos y después a darlos. Y, si en teoría era una hora, eran siempre dos, porque después se quedaban conversando...porque además era un lugar de reunión, en un época donde la gente no se podía reunir en un café porque llegaba la policía...Así, después del curso se quedaban, se conversaba, se discutía...yo para esas dos horas me pasaba todo el día estudiando.*

Además del curso sobre “Teoría de la historia”, Sebreli preparó un curso muy ambicioso que duró alrededor de tres o cuatro años. La temática era la historia social del mundo moderno, empezando con la transición del feudalismo al capitalismo y llegando hasta la actualidad. El acercamiento a la historia se hacía desde una multiplicidad de perspectivas, política, económica, cultural, y se utilizaban fuentes variadas, como la literatura y la pintura.<sup>182</sup> Desgajamientos de este curso “monumental” se convirtieron en temas de otros cursos. Éste fue el caso, por ejemplo, de uno dedicado a la “Sociología del arte”.

Una gran parte del trabajo de Sebreli en los grupos estuvo dedicado a Hegel. Dictó dos cursos de un poco menos de un año sobre la *Fenomenología del espíritu* y la “Lógica” de este filósofo. Su pensamiento fue la gran pasión de Sebreli a lo largo de 20 años. Sobre él escribió muy poco, tan sólo algunos apuntes en *El vacilar de las cosas*.

Sebreli tuvo siempre problemas en las relaciones grupales. Cuando participó en las revistas *Sur* y *Contorno* “terminó mal” y, si bien en los grupos era él quien convocaba y dirigía las discusiones, las polémicas<sup>183</sup> y disputas no estuvieron ausentes. La dinámica de trabajo era en sí misma intensa: lejos de apropiarse de la palabra, Sebreli abría la discusión y tomaba una postura, provocando la rabia o irritación de algunos estudiantes.<sup>184</sup> A la distancia piensa que debió haberse colocado por encima de los jóvenes y haber buscado la conciliación, pero entonces no

---

<sup>182</sup> Al escribir el libro *El asedio de la modernidad* (Buenos Aires, Sudamericana, 1992), Sebreli recurrió profusamente a los guiones que había preparado para este curso.

<sup>183</sup> Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

<sup>184</sup> Por otro lado, entre los alumnos había competencia y tensiones relacionadas con su distinta procedencia ideológica. Si bien todos tenían un pensamiento de izquierda, algunos eran más ortodoxos que otros.

tenía ninguna experiencia dirigiendo un grupo “entre cuatro paredes” y se involucró en las disputas como un alumno más, lo que causó “tremendos problemas”.<sup>185</sup>

Al concluir los años del Proceso, Sebreli no se integró a la universidad y continuó con los grupos, pero las circunstancias eran muy distintas, “ya no era la universidad de las sombras”.<sup>186</sup> Muchos estudiantes regresaron a las aulas, por lo que los asistentes comenzaron a ser “unos diez años más grandes”, ya profesionistas, la “turbulencia típica de los jóvenes no existió más”.

### *E. Ludmer: Literatura y teoría social*

Josefina Ludmer, conocida por sus amigos y estudiantes como “La China”, piensa que ha habido un olvido histórico de las condiciones de trabajo intelectual durante la dictadura, “porque fue duro, era duro”, y aun así, son pocas las reflexiones sobre el tema. Ludmer tenía numerosos grupos, fundamentalmente alrededor de tres ejes temáticos: “Psicoanálisis y literatura”, “Marxismo y literatura” y “Lingüística y literatura”. La pregunta que guió su trabajo en aquellos días —y sigue hoy ocupando un lugar central en su pensamiento y docencia— es ¿qué leer para poder entender el presente y cómo leerlo? Es decir, ¿cómo leer literatura? Y ¿cómo leer la realidad?

Después de graduarse como profesora en Letras en la Universidad Nacional de Rosario en 1964, Ludmer se inició en la docencia en la cátedra de literatura latinoamericana de Noé Jitrik. Tenía a su cargo los cursos de teoría literaria. Era la época de lo que anteriormente he

---

<sup>185</sup> A principios de 1980, Sebreli tuvo una fuerte disputa con uno de sus estudiantes, Horacio Tarcus, en torno a su libro *Los deseos imaginarios del peronismo*. Tarcus considera que en este texto se “ve disuelto” todo compromiso socialista y reclama a Sebreli haberse volcado hacia el liberalismo. Este último responde: “después de la llamada revolución keynesiana, el liberalismo económico no existe [...] No soy un liberal porque el regreso al liberalismo es una utopía retrógrada. Cuando Tarcus habla de liberalismo en realidad está tratando de confundir el liberalismo económico con el político, cuyo término más exacto sería democracia” (“Crítica del nacional-bolchevismo”, *Praxis*, 1985-86, núm. 5, p. 89) La polémica fue un asunto menor para Sebreli, para Tarcus, en cambio, significó la entrada en el campo intelectual, en la medida en que, siendo muy joven, un intelectual con cierto prestigio leyó sus críticas y las respondió puntualmente a lo largo de una veintena de páginas. Al pasar los años, las tensiones entre Sebreli y Tarcus fueron perdiendo vigencia, al tiempo que Tarcus se fue consolidando como un reconocido historiador.

<sup>186</sup> Entrevista con Sebreli.

llamado la “universidad peronista” o montonera. Esa experiencia, que duró entre un semestre y un año, fue muy impactante para ella y para la universidad. La recuerda como un “momento utópico”, lleno de exaltación personal y entusiasmo colectivo, en el que los estudiantes llamaban a los profesores “compañeros” y se buscaba construir una universidad “totalmente democrática”. Cuando la “ echaron”, junto con la cátedra y todos los profesores con “ideas de izquierda”, algunos estudiantes le preguntaron si podían seguir trabajando con ella en cursos privados. Empezó con dos o tres personas, en 1974 o 75, pero posteriormente los grupos fueron creciendo, hasta tener seis o siete estudiantes. Éstos provenían sobre todo de la carrera de Letras, ya que el principal objeto de estudio era la literatura latinoamericana.

Los jóvenes iban a la universidad, pero ahí no encontraban ni las lecturas que buscaban ni los temas que les preocupaban. Una ex-estudiante comenta, “nosotros lo que sabíamos era que los profesores no nos estaban enseñando lo que nosotros queríamos estudiar...Yo me acuerdo que lo que queríamos saber es ¿qué era el estructuralismo? No se daba ni siquiera el estructuralismo”. Así pues, al salir de la universidad —que les daba un título, mas no una formación—, los estudiantes iban a casa de Ludmer a aprender realmente.

Los grupos se reunían una vez por semana a lo largo del periodo escolar (de marzo a diciembre). Durante las vacaciones, Ludmer, que vivía de los grupos, “se veían en problemas” y debía buscar otra fuente de sustento, por lo que procuraba salir a Estados Unidos como *visiting professor*. La dinámica era la de un seminario: los estudiantes leían textos teóricos y literarios en sus casas; éstos se discutían y reinterpretaban durante el curso.

*Josefina era muy concreta, trabajábamos con lecturas de textos literarios y con temas de teoría...Me acuerdo que...el programa de todo un año fue formalismo ruso, estructuralismo y algo de Lacan.<sup>187</sup>*

La idea, dice Ludmer, era aprender a hacer crítica literaria y pensar tanto la literatura como la realidad, desde lo que eran las humanidades en ese momento: “la lingüística, con todo

---

<sup>187</sup> Entrevista con estudiante.

su edificio estructural, el psicoanálisis, con la entrada del lacanismo y la conformación de la categoría de sujeto, y el marxismo”. Además del estructuralismo y el formalismo ruso, Ludmer enseñó algunos textos de la Escuela de Frankfurt, fundamentalmente de Benjamin, y trabajó con autores posestructuralistas, como Foucault, Deleuze y Derrida. En la literatura analizada estuvieron representados los más importantes autores argentinos del siglo XIX y XX, pero se puso especial énfasis en el género gauchesco, tema sobre el que la profesora escribía un libro en aquel momento. El fuerte contenido político de este género permitía que las discusiones miraran, aunque sea en diagonal, la realidad política argentina. Matilde Sánchez, alumna de Ludmer a lo largo de dos o tres años, comenta:

*Recuerdo que leíamos “La resbalosa” de Hilario Ascasubi, un cielito rosista que tiene que ver con la tortura a opositores y lo leíamos en ese clima donde podía ser integrado. Podíamos estar leyendo a Deleuze, Mille Plateaux, y estar viendo a la vez la continuidad de la violencia política desde El matadero de Echeverría hasta lo que estaba ocurriendo en las cárceles clandestinas. Nosotros sabíamos lo que pasaba a esta altura. En el año 78, bueno, yo sabía lo que estaban haciendo.*

Sánchez recuerda haber asistido al grupo el día de la marcha en apoyo a la guerra de Malvinas. Desde la ventana vieron a los contingentes pasar. Nadie se unió. Así, dice, “lo que leíamos pasaba a la mirada sobre la realidad”. Pero, al mismo tiempo, los grupos estaban en los márgenes de esa realidad, al estar insertos en un paradigma de pensamiento que no compartían ni el grueso de la sociedad ni los profesores universitarios ni los intelectuales orgánicos de la dictadura u otros intelectuales más al centro del espectro político. Es así que, al terminar el Proceso, los estudiantes de los grupos se convirtieron en los asistentes e interlocutores de sus antiguos profesores, pues era sólo con ellos, y con quienes regresaban del exilio, que podían establecer un diálogo fundado en premisas compartidas.<sup>188</sup>

Antes del golpe, Ludmer no militó en ningún partido ni estuvo ligada a los grupos guerrilleros. A pesar de la presión que suponía el “entusiasmo” de la izquierda intelectual en

---

<sup>188</sup> Los profesores de los grupos de estudio se convirtieron en las nuevas elites universitarias en el campo de las humanidades.

aquellos días, su posición siempre fue el “pacifismo anarquista de izquierda”, es decir, el rechazo de la violencia y de las filiaciones partidistas, al tiempo que estaba a favor de la construcción de una sociedad más igualitaria. No obstante su lejanía de la guerrilla, tuvo numerosos amigos militantes y vivió la época de la dictadura con mucho miedo. Era un miedo internalizado, reprimido, que sólo se manifestaba en ciertas situaciones, pero, entonces, adquiría la forma del terror. Éstas eran, por ejemplo, el día de la renovación del pasaporte o cuando se salía del país. Entonces estaba latente el riesgo de ser detenido, por lo que había que tener una red de protección, avisar a los amigos cuáles serían las horas “normales de llegada”. El miedo también se desataba cuando la cotidianidad perdía alguno de sus equilibrios, por ejemplo, cuando se salía a dar un paseo y no se llegaba a la hora acordada. La desesperación desmedida que producían estas situaciones era muestra de una sociedad aterrada.

Otra de las transformaciones de la vida cotidiana durante la dictadura fue la privatización de la convivencia y la adopción de ciertas normas de clandestinidad o secrecía en las relaciones interpersonales. Ludmer comenta,

*La vida se había como interiorizado, o sea, la gente se reunía en las casas, pero también era difícil reunirse en las casas, porque no podían salir muchas personas juntas de un lugar, en seguida aparecía alguien de la calle y decía “y ustedes de dónde vienen”. Es decir, había que salir de a uno de las reuniones, había todo un código de comportamiento, de ropa. Por ejemplo había gente, amigas íntimas, que no daban el teléfono, ellas me llamaban a mí.*

Durante el Proceso, Ludmer conservó su biblioteca y además la pudo ir enriqueciendo por medio de sus viajes a Estados Unidos. Esas breves “fugas” le permitieron traer “valijas enteras llenas de fotocopias”, que ponían las discusiones de los grupos al día con los principales debates en las humanidades en todo el mundo. Esa actualidad, ausente en la universidad, era una de las principales búsquedas de los estudiantes al acercarse a Ludmer. Así, una de sus alumnas habla de los grupos como “pulsiones de globalización intelectual” de una juventud que no estaba dispuesta a aceptar el provincialismo de la derecha argentina.<sup>189</sup>

---

<sup>189</sup> Entrevista con Matilde Sánchez. Por otro lado, Ludmer comenta: *[los textos que traía de Estados Unidos] eran muy*

Con la llegada de la “era democrática”, Ludmer interrumpió sus grupos, ya que para ella éstos eran “la resistencia a la dictadura”. Dijo a sus alumnos: “vayan a la facultad, que ahí tienen clases gratis”. Cuando se integró a la universidad, en 1983, los alumnos que habían estado más años en los grupos y tenían interés en la docencia, se convirtieron en miembros de su cátedra. Algunos de ellos son ahora titulares de las cátedras de teoría literaria y tienen importantes cargos en la carrera de Letras. Otros no siguieron el camino de la investigación y la docencia, pero son escritores con una importante obra publicada, como Alan Pauls y Matilde Sánchez.

En el momento en que daba los cursos privados, su sentido e importancia no estaban muy claros, dice Ludmer, “parecía pura rebeldía”. “Pero ahora me doy cuenta de que valió la pena”, pues “la gente que en esos años estuvo leyendo, formándose, discutiendo, ahora son profesores de la UBA, directores de carrera, escritores muy conocidos, algunos, o sea, tuvo sentido”.

### *La visión de los alumnos*

Una vez que hemos descrito el funcionamiento de los grupos desde la mirada de los docentes, cabe ahora acercarnos a aquella de los alumnos. Si bien en casi todo coincidente, la visión de los estudiantes, muy jóvenes en aquellos años, destaca, por un lado, la enorme satisfacción que les producía haber encontrado un mundo donde “se podía pensar en serio” y, por el otro, la angustia de sentirse rebasados por éste. Una estudiante de Ludmer comenta:

*Fue realmente un shock...Si bien lo queríamos, estábamos buscando eso, empezar a estudiar con “La China” fue, por un lado, muy deslumbrante y, por el otro, muy intimidatorio, porque se nos venía el siglo XX encima y decíamos “¿cuándo íbamos a leer todo eso?” Y no era que fuera mucha cantidad de lecturas, sino que, por ejemplo, no habíamos leído “El capital”...había otra enciclopedia, paralela, que nosotros no teníamos... Yo me acuerdo que estaba muerta de miedo, estaba muy intimidada como para abrir mucho la boca, no me quería exponer demasiado. Viste la salida de la caverna, de Platón, que quedaban deslumbrados y no podían ver nada cuando salían, bueno era eso.*

Los estudiantes iban a los grupos buscando saciar inquietudes intelectuales que las

---

*apreciados por la gente de los grupos, porque acá no había posibilidad de acceso a material y mucha gente enterró o quemó su biblioteca. Yo venía con novedades. Además en ese momento a mí me interesaba mucho lo que se empezaba a pensar, que era la escuela de Bajtín, o sea, a partir del formalismo ruso, que yo lo enseñaba siempre, de qué modo había surgido Bajtín, la escuela de Bajtín, cómo se estaba pensando y de eso no había material en la Argentina, yo traía el material de allá”.*

instituciones oficiales no les daban. El tono general con que hablan de la universidad es el siguiente: “el clima era la puta mierda que vos te puedas imaginar, o sea era lo peor”. No sólo lo era porque los estudiantes fuesen constantemente vigilados o reprimidos, sino porque los profesores universitarios seguían programas de estudio muy tradicionales. Una antigua estudiante de Letras en la UBA comenta:

*Queríamos estudiar teoría literaria y teníamos en esa época un profesor que era realmente antediluviano, un hombre de la Academia de Letras, que es un espacio súper conservador..., una cueva de dinosaurios... Así que era teoría del siglo XIX o muchos datos históricos: bibliografía del autor, contexto histórico...*

Matilde Sánchez, hoy escritora y periodista, era muy joven cuando comenzó a asistir a los grupos de Ludmer, tenía 19 años. Había ya terminado Traducción en el Instituto de Lenguas Vivas, donde los estudiantes “eran casi todos hijos de milicos”. Gran lectora desde pequeña, tenía ganas de seguir la carrera de Letras, pero sentía que “la universidad no daba”. Para ella, una cosa es estudiar traducción —“una disciplina más técnica”— con profesores cuadrados y desactualizados y otra muy distinta estudiar Literatura. Se acercó entonces a Ludmer.

*Lo que se busca [en un grupo de estudio] es lo que se busca siempre cuando uno estudia, que es seguir leyendo, con maestros. Era un lugar donde actualizarse, pensé que yo estaba repodrida de estar leyendo los críticos de los años cincuenta. Para mi Josefina Ludmer abrió una perspectiva sumamente interesante, por lo pronto, primero tuve que estudiar francés. No existían las traducciones de esos libros. Yo empiezo a estudiar con ella a fines del 78 o 79... Entonces el castellano tenía un retraso en las traducciones. Foucault no estaba traducido o estaban traducidas tres pavadas. Probablemente estaba traducido y no llegaba acá. Esto también hay que ponerlo en perspectiva con la historia de la edición en la Argentina, que es una historia de gran iniciativa, pero de gran retraso en todo lo que no ha sido promovido desde aquí.*

Para Sánchez y otros estudiantes, los grupos, además de saciar inquietudes intelectuales, eran un espacio de reunión, un “lugar de refugio”, porque en esos días no se podía hablar con cualquiera ni existían muchos ámbitos para la convivencia. Aquí había mayor apertura, aunque debe señalarse que ésta no era plena. La política se pensaba desde la historia, poco se decía del presente. Asimismo, aunque se armaban amistades inmediatas y duraderas, hoy algunos estudiantes se sorprenden al darse cuenta de lo poco que sabían de sus compañeros. Por ejemplo, dos estudiantes cuentan no haberse enterado hasta la “era democrática” de que tenían una gran amiga con el padre desaparecido.

Los asistentes a los grupos se describen como “jóvenes de clase media”, pero probablemente algunos provenían de estratos más privilegiados que otros. Si bien todos los docentes con los que tuve contacto cobraban sus cursos, hay estudiantes que dicen que los cursos “no se pagaban” o “se cobraba muy poco”. En otros casos, los cursos se recuerdan como “carísimos”; pero, agregan, “¿qué no es caro a los veinte años?” “y, además, aunque fuesen caros nunca dejamos de ir”. En el esquema de trabajo de los grupos, donde las relaciones entre alumnos y profesores se caracterizaban por la proximidad y la complicidad, es muy probable que los precios se hayan podido adaptar ante la solicitud de los estudiantes. El cobro en ningún momento estuvo motivado por un afán de lucro.

El conjunto de jóvenes que participaron en los grupos es heterogéneo y no me propongo trazar una mirada única. La mayoría tenía entre 19 y 24 años, era de clase media, estaba interesada por la historia, literatura, filosofía y, en términos más generales, las humanidades. Muchos habían militado en “el secundario”<sup>190</sup> o en la universidad, pero muy pocos seguían afiliados a algún partido. Casi todos estaban en contra de la lucha armada. Dada su corta edad, su experiencia política era, en general, pobre. Si bien ideológicamente se ubicaban a la izquierda del espectro político, esta postura podía ir desde un progresismo moderado, que cabría reducir a una simple simpatía con el pluralismo, hasta un compromiso con el cambio social y el igualitarismo en su corte más radical. Con algunas excepciones, al finalizar la dictadura apoyaron el alfonsinismo y la democracia.

Es menester mencionar que son en general los estudiantes para quienes la experiencia de los grupos fue significativa los que la recuerdan y están interesados en presentar su testimonio. Esto no es necesariamente una limitante a la veracidad de su testimonio y objetividad de este estudio, pues la memoria no es un espacio ajeno a la crítica. Más aún, incluso cuando entre los antiguos estudiantes de los grupos hay un consenso respecto a la centralidad

---

<sup>190</sup> Equivalente a la escuela preparatoria en México.

que éstos tuvieron en su iniciación en el pensamiento independiente y crítico —más allá de la profesión que hayan ejercido a la postre—, ninguno señaló que estas reuniones semanales pudieran suplantar una formación universitaria. Los grupos llenaron algunos de los vacíos que dejó el golpe, mas no pudieron revertir una situación de dictadura ni sustituir la riqueza de intercambios culturales que permite la vida universitaria en un contexto democrático. Así, Jorge Cernadas, quien participó en los grupos de Sebrelí sobre teoría de la historia y Hegel, comenta:

*Yo entré a la carrera de historia en el año 77, es decir, al año de iniciar la dictadura. Obviamente el ambiente intelectual era lo menos estimulante imaginable y, por lo tanto surgía bastante espontáneamente, en general, en la gente con alguna inquietud y con algún mínimo contacto —que se establecía por un lado y por el otro— la idea de hacer como una especie de formación en paralelo, muchas veces en paralelo y en diálogo crítico con la universidad.*

Sin entender mucho cómo logró “aguantar”, Cernadas terminó la carrera de Historia, graduándose en 1984, y posteriormente, se dedicó a la docencia y la investigación. Los grupos le abrieron “un mundo de referencias, de autores, de problemas” que ni remotamente podría haber encontrado en la Facultad. Aun así, “esa formación autodidacta y paralela” no logró saldar una mala formación académica; eso lo siente “hasta el día de hoy”.

Horacio Tarcus, historiador especializado en la historia de la izquierda en Argentina, dice ser “hijo” de los años negros; fue entonces cuando se “fogueó”.<sup>191</sup> Antes del golpe, Tarcus militaba en una organización política trotskista —llamada Política Obrera— y su salida de ésta fue el resultado de una lectura del golpe de estado contraria a la línea oficial. Para esta organización “radicalizada”, el golpe no había significado la derrota de la clase obrera; los trabajadores opondrían resistencia a un régimen “impotente políticamente”, hasta derrocarlo en unos pocos meses. No tenía sentido, entonces, organizar una resistencia clandestina, por ejemplo, mediante la publicación de revistas de superficie. Tarcus, en cambio, no creía que el golpe fuese circunstancial, veía a la clase obrera más derrotada de lo que la izquierda estaba dispuesta a aceptar y estaba convencido de que la resistencia debía empezar por expresiones

---

<sup>191</sup> Entrevista hecha a Tarcus por Javier Trímboli (*La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 254).

disidentes en pequeño formato, “íntimas”, marginales. Salió pues de la organización y en 1978, comenzó a publicar, junto con un grupo de amigos, una revista que se llamaba *Ulises*.

Para Tarcus, los grupos de estudio y las revistas culturales están estrechamente relacionados, al haber permitido la gestación de redes y ejercido a una reflexión sobre la realidad social que iba más allá del lugar común y el clisé. En numerosos casos, quienes formaron parte de grupos publicaron también revistas, aunque debe señalarse que éstas tuvieron un carácter muy heterogéneo.<sup>192</sup> Tarcus fue uno de los jóvenes que participaron en ambas prácticas, pues en la universidad no encontró un ambiente formativo ni crítico y esos eran años de muchas ganas de aprender, conocer el mundo intelectual de izquierda y preparar el camino para, eventualmente, incursionar en él.

Tarcus describe así su experiencia universitaria:

*Estaba estudiando historia, muy descontento, muy frustrado, o sea, llegué con una gran expectativa a la carrera, porque yo estudié dos años de medicina, pero ya me había volcado cada vez más a leer sobre temas de marxismo, filosofía, historia, política. Entonces me dije ¿qué es lo que estoy haciendo? Yo tengo que estudiar historia, que es lo que más se parece a lo que me apasiona, y me encontré con una carrera imposible... los profesores unos energúmenos, el nivel era pésimo y era una cárcel, la facultad era una cárcel: había controles judiciales, había que mostrar la libreta para poder ingresar, más de una vez nos han palpado de armas y se vivía un clima de riesgo permanente, de riesgo de delación, de cuidado con lo que decís.*

Desde los primeros meses en la facultad, los “estudiantes politizados” se fueron identificando a través de pequeños signos: “era una cuestión de jerga, de estilo, de cómo hacían preguntas y encaraban a un profesor”. Unos cuatro o cinco formaron un pequeño grupo de lectura y uno de ellos, también ex-militante de un grupúsculo trotskista, hoy periodista, preguntó a Sebrelí si estaría interesado en formar con ellos un grupo de estudio. De esta manera comenzó el primer grupo de Sebrelí, en el que por algunos años estuvieron Tarcus y Cernadas.

---

<sup>192</sup> A propósito de las revistas, Jorge Warley comenta: Las revistas subterráneas (por *underground*) “conocieron un periodo de esplendor” a partir de 1978-79. “Sus productores pertenecían generalmente a los sectores medios — estudiantes secundarios, en menor medida universitarios, filocologistas, pequeños grupos de poetas y escritores, estudiantes de periodismo, rockeros, militantes políticos, etc.—, las tiradas de sus revistas eran muy limitadas (un par de cientos, aunque algunas lograron crecer bastante) y el público consumidor prácticamente reflejaba [...] los intereses de los productores” (“Revistas culturales de dos décadas (1970-1990)”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1993, núms. 517-519, pp. 201-202). Véanse las páginas dedicadas a las revistas literarias y *underground* en la obra de José Luis de Diego, *op. cit.*, pp. 133-51 y, para un estudio más completo, la ya citada tesis doctoral de Cecily Marcus.

Tarcus dejó la “insoportable” vida universitaria y participó en un conjunto de actividades culturales auto-organizadas que oponían el proyecto cultural autoritario, en la medida que rescataban tanto temas y autores prohibidos, como la idea de la transformación social por medio de la lucha de clases. Formó parte de más de un grupo de estudio. Por ejemplo, siguió el curso de lectura de *El capital*, dirigido por Jorge Schvarzer, y el curso de filosofía dictado por Alfredo Llanos, un discípulo de Carlos Astrada.<sup>193</sup>

No son desdeñables los aprendizajes que Tarcus obtuvo en estos grupos, sin embargo, su acercamiento a Sebrelí fue mucho más importante, ya que éste le permitió hacer una profunda reformulación de su pensamiento. El marxismo de Sebrelí, comenta Tarcus, era más contemporáneo que el marxismo militante. Articulaba la teoría con la vida cotidiana, algo que no se había logrado construir en los partidos de izquierda.

*Nosotros teníamos un pensamiento político radical, pero una visión entre moderna y tradicionalista de la vida, porque no estaba politizado nuestro pensamiento sobre la vida cotidiana. Nosotros veníamos de familias tradicionales, de clase media, católicas o judías, bastante formales y tradicionales. Al ingresar al mundo universitario y desde el mundo político conocimos otro mundo, de libertad sexual, pero sin una teoría que lo politizara demasiado...Ni se me ocurría que existiera un marxismo que hiciera una crítica de la vida cotidiana, una crítica de la familia, salvo lo que uno hubiera leído en Engels, pero el contacto con el Henri Lefebvre de la Crítica de la vida cotidiana o los discípulos húngaros de Lukács, Ágnes Heller, o los textos de la Escuela de Frankfurt sobre la familia, todo eso viene a través del universo que nos abre Sebrelí.*

La salida de Política Obrera no significó para Tarcus el fin de la militancia. Ésta, sin embargo, adquirió otros sentidos y se desarrolló sobre todo en el campo de la cultura. Convencer a otros de que debían asistir a los cursos de Sebrelí, Llanos y Schvarzer fue parte de su “nueva” militancia. Prácticamente todos sus amigos pasaron por los grupos. En aquellos días no se habló de resistencia cultural, pero éste fue el sentido de esas prácticas, dice Tarcus.

---

<sup>193</sup> El curso de Llanos era básicamente un monólogo en el que no había espacio para el debate, por lo que cabe poner en duda su carácter de grupo de estudio. El profesor entregaba a los estudiantes los mismos apuntes que, antes de 1976, había repartido en la universidad y seguía un esquema de trabajo muy formal. A la postre este esquematismo tuvo sus ventajas, pues hoy Tarcus aún conserva gran parte de los apuntes, mientras que los de otros cursos se fueron perdiendo con las mudanzas, los cuadernos perdidos, el pasar de los años. Las clases abarcaron un amplio espectro de temas: “La filosofía en Alemania durante la desintegración del régimen feudal”, “La filosofía durante la formación del capitalismo”, “Las primeras teorías revolucionarias burguesas en Europa (Bacon, Newton, Hobbes, Galileo)”, “Filosofía en Francia, s. XIX: Descartes, Gassendi, Spinoza”, “Filosofía de la Ilustración: Boyle, Meslier, Voltaire”, “Los demócratas ilustrados y los comunistas utópicos en Francia durante la segunda mitad del s. XVIII”, “Hegel”, “Estructuralismo”, “Foucault”, etc.

*Todos vivíamos esa experiencia con una conciencia de que estábamos haciendo algo en un sentido político, pero además era una necesidad vital... Yo era muy chico para irme, pero si te quedabas acá y ya eras una persona politizada, o hacías estas cosas o la vida se te hacía muy insoportable. Yo alcancé a vivir algo de mediados de los setenta y empecé a ver las funciones de teatro de Bertolt Brecht, del teatro independiente de la izquierda, leía las revistas literarias, estaba leyendo marxismo y me interesaba la política.*

No todos los asistentes a los grupos tenían el grado de politización de Tarcus ni la conciencia de estar participando en una actividad de disidencia o resistencia. Los grupos eran, ante todo, una actividad crítica en los márgenes de la cultura oficial y adquirieron una multiplicidad de sentidos. Uno individual, de crecimiento, esparcimiento, formación identitaria a partir del posicionamiento frente “al otro”. Otro colectivo, de creación de redes, establecimiento de lazos sociales. Uno más, formativo, de búsqueda de libros, autores, posturas críticas, guías para la reflexión. Otro político, de resistencia a la cultura del miedo, la censura, la pérdida del derecho al debate público, el control estatal del pensamiento y la información. Los cortes de sentido tienen diversos ejes; hay variación entre los grupos de estudio y dentro de éstos. También hay diferencias entre la visión de los profesores y los estudiantes, pero las similitudes no están ausentes.

Matilde Sánchez, quien tenía apenas 18 años al momento del golpe comenta que, para ella, los grupos no podían ser una experiencia de resistencia, pues “la resistencia viene después de la experiencia” y jamás había vivido en una sociedad con un espacio público abierto y plural. Ella estaba formado los valores que después exaltaría, defendería y no estaría dispuesta a ceder, pero, al llegar el golpe, aún no los podía nombrar ni definir. Así, para gran parte de su generación, la importancia de los grupos recae en haber servido como espacios de formación de un pensamiento crítico y un conjunto de valores en un momento de la vida que es crucial en la definición del futuro intelectual y profesional. Más aún, la experiencia de los grupos es significativa en relación al hecho de que en ese momento no había otras alternativas para este

desarrollo del pensamiento y la identidad.<sup>194</sup>

Laura Klein, hoy escritora y filósofa, participó en los grupos de Sarlo, Santiago Kovadloff y, brevemente, Sebreli y Nicolás Rosa. Ella hace dos lecturas de los grupos de estudio: una a partir de su propia experiencia y otra desde el lugar de ocuparon en el campo intelectual argentino. Klein tenía exactamente la misma edad que Sánchez al llegar el golpe y, como Sánchez, “no tenía mucha historia, era joven”: había pasado fugazmente por un grupúsculo trotskista; su novio, estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires, había sido militante y el único desaparecido de su generación. Sus más importantes recuerdos en la política eran la marcha contra Pinochet en 1973 y vivir lo que era una manifestación obrera durante el “rodrigazo”. Así pues, Klein no experimentó la participación en los grupos como una práctica de resistencia; estaba abriéndose a la vida, se estaba formando. Y abrirse a la vida durante la dictadura fue como iniciarse en “la sexualidad en la época del SIDA”, tomando precauciones que no impiden la plenitud y el disfrute. Comenta: “Yo empecé a pensar y empecé a escribir durante la dictadura”.<sup>195</sup>

Más allá de la manera en que Klein entendió su participación en los grupos en aquel momento, considera que lo más significativo de esta práctica no es que haya sido una forma de resistencia al régimen autoritario, porque “resistencia no hubo”, sobre todo si hablamos de resistencia política o popular. En cambio, los grupos permitieron la formación de lazos y en esa medida se opusieron al proyecto autoritario, que fracturó las relaciones sociales. No obstante, los grupos, junto con otras prácticas, como las revistas culturales y los recitales de poesía, más que reconstruir relaciones, armaron nuevas. En ese sentido, fueron una práctica de renovación cultural y no de conservación de viejos patrones. Al mismo tiempo, Klein enfatiza que los

---

<sup>194</sup> El sentido que tuvieron los grupos para la gran mayoría de los intelectuales que los dirigieron es distinto. Algunos hablan de sobrevivencia, otros de disidencia, pocos de resistencia. Al mencionar la resistencia agregan matices. Profundizaré en este tema más adelante.

<sup>195</sup> Entrevista.

grupos tienen una historia que va más allá de la dictadura, la cual comienza con los grupos de lectura de Marx y Freud fuera de las aulas universitarias. Desde esta perspectiva de largo plazo, los grupos fueron un lugar de refugio de “los expulsados” de las instituciones culturales, siempre numerosos, pues en Argentina éstas han tendido a dejar afuera a las mentes más brillantes.<sup>196</sup>

*De los partidos políticos la mejor gente se fue, y de la universidad también, y de las instituciones literarias también, entonces, en la Argentina hay que pensar los grupos de estudio como un lugar de resistencia no a la dictadura, sino a las instituciones.*

### *Las lecturas de catacumbas*

La forma en que los grupos de estudio de dictadura y la generación de intelectuales que los tuvo a cargo se inscriben en la historia de las ideas en Argentina es un tema de una gran complejidad, que requiere un estudio en sí mismo. Lo abordaré en la medida en que las fuentes testimoniales me lo permitan y en tanto sea significativo a la caracterización de los grupos como una expresión de la disidencia intelectual. Así, antes que hacer un listado exhaustivo de las obras que se leyeron en esos cursos, me he propuesto destacar aquellas que están en diálogo crítico con el currículum universitario o con el proyecto cultural del gobierno militar. No abordaré entonces las obras literarias, que, con frecuencia, sí se leyeron en la universidad, pero con otros ojos. He podido rescatar los textos que permanecen en el recuerdo de los participantes, ya que sólo en el caso del grupo de Sebreli tuve acceso a algunos apuntes.

Para comenzar esta tarea haré una tipología de los grupos a partir de dos categorías: por un lado, la importancia del pensamiento marxista y, por el otro, la prevalencia de cuestiones de estética y crítica literaria sobre temas de política y sociología. El grupo de Sebreli es aquel donde tuvo más importancia el pensamiento marxista y menos las discusiones en torno a temas literarios. Hasta antes de la transición democrática, como escribe Oscar Terán, Sebreli permaneció apegado a la idea de “unidad”, proveniente del hegelianismo, y al pensamiento

---

<sup>196</sup> Tratamiento del tema en el capítulo 4.

sartreano.<sup>197</sup> Cuando su generación de intelectuales abrazaba el estructuralismo, él enfatizó la universalidad de la historia, en la que se sustenta la dialéctica. Por otro lado, Sebrelí se acercó a la literatura más como ejemplo que como espacio autónomo, ya que su interés fundamental era la historia social. Los grupos de Ludmer se colocan en el extremo opuesto, pues la literatura y la crítica literaria fueron los objetos de análisis por excelencia. Más aún, si bien éstos tuvieron una inflexión de izquierda, Ludmer rescató e introdujo autores que cuestionan el determinismo de las estructuras sobre la subjetividad, al tiempo que defienden la autonomía de la literatura — cuestiones que están ausentes tanto en el materialismo histórico como en el primer estructuralismo.

Los grupos de Piglia y Sarlo se sitúan en una posición intermedia. En ambos hay un interés por pensar la política, la literatura y la historia recurriendo a sofisticados autores marxistas contemporáneos y adaptando sus teorías al contexto latinoamericano. Sarlo se acercó más a la sociología, Piglia, a la historia. Ambos pusieron en cuestión sus lecturas sartreanas, así como la idea de la existencia de una continuidad entre estética y política, pero no estuvieron dispuestos a abandonar la noción de compromiso (*engagement*) y buscaron trazar nuevas formas a éste.

Como comenta Altamirano, los grupos de Sebrelí tenían un carácter ideológico, no porque fuesen grupos de formación para la acción política, sino porque eran “grupos de lectura de textos teórico-políticos de carácter marxista”. Los de Ludmer eran “grupos centrados en la lectura de textos de crítica literaria y teoría literaria”. Sarlo organizaba cursos de literatura, “pero también de análisis cultural y de teoría cultural”; muchos de los autores a los que recurrió tenían una inspiración marxista, siendo Williams el caso más claro. Piglia atrajo a numerosos jóvenes que querían ser escritores, pero sus cursos se colocan más cerca de los de Sarlo que de los de

---

<sup>197</sup> *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991, p. 115.

Ludmer.

Como he mencionado en las páginas anteriores, los grupos fueron importantes espacios para la puesta en circulación de autores que estaban ausentes en la universidad, ya porque habían sido proscritos, ya porque eran desconocidos o no estaban traducidos. Sin poder hacer una lista exhaustiva de éstos, menciono aquí algunos, viéndome forzada a situarlos dentro una escuela de pensamiento, bajo la falsa premisa de que su obra fue coherente y unitaria. Recaerá en el lector entender la utilidad de esta ficción.

En el conjunto de los grupos tuvo un lugar destacado la Escuela de Frankfurt. A pesar de las muchas ideas y vivencias que lo alejaron de este núcleo de pensadores, Benjamin fue el autor predilecto, seguido por Adorno y Horkheimer. Estos autores no comenzaron a circular entre la intelectualidad de izquierda en los grupos de los años setenta, pero adquirieron preeminencia en el proceso de relectura de la tradición literaria argentina que llevó a cabo *Punto de Vista*.<sup>198</sup>

El estructuralismo fue otro de los principales objetos de debate, aunque éste tampoco comenzó a circular en Argentina en estos espacios. Ya desde sesentas tardíos, el pensamiento estructuralista había influenciado fuertemente la reflexión en ciencias sociales y la crítica literaria, teniendo una recepción muy positiva entre quienes publicaban la revista *Los Libros*. Así, de acuerdo con José Luis de Diego, en esta publicación la crítica no se definió como una práctica, sino como un “espacio”, un “terreno”. No fue tampoco calificada como “crítica literaria”, “crítica social” o “crítica política”, se habló de crítica a secas. En esta postura resuenan dos ecos:

El primero es que las marcas del influyente estructuralismo se advierten en la abundancia de

---

<sup>198</sup> En noviembre de 1980, la revista publicó un artículo de Raúl Beceyro titulado “El proyecto de Benjamin”, donde se hace una revisión general de la obra del autor. Algunas de los comentarios de Beceyro sobre Benjamin pueden fácilmente adaptarse a la situación argentina. Así, comenta, “la integridad intelectual de Benjamin lo convertía en un representante perfecto del intelectual, condenándolo al mismo tiempo, por eso mismo, a la marginalidad (1980, núm. 10, p. 22).

metáforas de espacio (en el N° 3 –p. 13-, José Szabón llama la atención sobre ese desplazamiento: de la “situación” sartreana hacia el “lugar” y el “espacio”); el segundo es que ya parece estar presente la idea de la *escritura crítica*, en la que la crítica se apropia de las propiedades de la *escritura*: si Barthes ya había proclamado la intransitividad de la *escritura*, esa intransitividad resuena en la *crítica* “a secas”.<sup>199</sup>

Más aún, de acuerdo con Oscar Terán,

Hacia mediados de la década [de 1960] se torna evidente que el existencialismo humanista va cediendo su hegemonía ante el avance de lo que con demasiada precisión comienza a llamarse “el estructuralismo”. Pero si en Francia se puede fechar hacia 1958 el inicio de la boga de esta corriente con la publicación de la *Antropología estructural* de Lévi-Strauss, es evidente que en nuestro medio esa implantación se producirá con la casi siempre habitual y demorada asincronía, aunque ya en 1963 *Primera Plana* señala a Eliseo Verón como la cabeza visible de quienes militaban en la universidad metropolitana en la nueva corriente, y varios años después un reportaje a Philippe Sollers ostentaba el subtítulo de “Las invasión estructuralista a Buenos Aires”.<sup>200</sup>

Así, aun cuando muchos estudiantes recuerdan haberse acercado a los grupos, entre otras razones, a partir de una gran curiosidad por entender qué era el estructuralismo, éste pensamiento ya estaba en boga entre la intelectualidad crítica antes de 1976 y tuvo una tímida entrada en la universidad durante el breve interludio peronista. A los grupos de estudio sí podemos atribuir, en cambio, la introducción del pensamiento posestructuralista, fundamentalmente por medio de la obra de Foucault, Deleuze y Derrida. En este aspecto los grupos comparten una tendencia —en la que Sebrelí queda muy en los márgenes. No obstante, cada grupo tuvo a sus autores predilectos y los profesores hicieron, tanto en su obra como en su docencia, lecturas heterogéneas de éstos.

Sarlo y Ludmer participaron de forma independiente en la introducción del formalismo ruso a la crítica literaria, dando a leer a sus alumnos textos de Tinianov y Bajtín, entre otros. Asimismo, Sarlo puso en circulación, por medio de sus grupos y de *Punto de Vista*, el pensamiento de Raymond Williams, así como una lectura de la teoría de los campos de Bourdieu que tomaba en cuenta las condiciones históricas latinoamericanas. Miguel Dalmaroni analiza las razones que motivaron la adopción de la obra de Williams por el grupo de *Punto de Vista*. “La operación Raymond Williams”, escribe, buscó “emprender una profilaxis

---

<sup>199</sup> *Op. cit.*, p. 87.

<sup>200</sup> *Nuestros años sesentas, op. cit.*, p. 112.

antiparisina, es decir, antiformalista, mediante un retorno al sujeto, a la historia y a la experiencia”. Más aún, la obra de Williams era un “foco teórico novedoso” que permitía “abandonar un socialismo indefectiblemente dependiente del concepto de ‘revolución’ sin abandonar del todo el socialismo”.<sup>201</sup>

De acuerdo con Roxana Patiño, *Punto de Vista* fue la revista cultural de la época de la dictadura que con “mayor coherencia y continuidad” enfrentó el “desafío de generar un discurso disidente”.<sup>202</sup> Así, elaboró una actualización de la crítica, por medio de la revisión de las teorías que habían dominado la primera mitad de la década de 1960: el estructuralismo, el psicoanálisis lacaniano y Althusser. Más aún, emprendió una “redefinición de la tradición literaria argentina”, releyendo a Sarmiento, José Hernández, la generación del ‘80, Borges, *Sur*, *Contorno*, buscando establecer “una nueva relación entre política, ideología y literatura”.<sup>203</sup>

De Diego agrega a este análisis que la actividad de *Punto de Vista* en aquellos años pone de manifiesto,

la transición de una actividad cultural ligada estrechamente a la militancia política —hecho que caracteriza la *mimesis* de los primeros setentas [...]—, a un proyecto cultural que, sin abandonar nunca la dimensión política de sus reflexiones, comenzará a consolidar un perfil de autonomía y especificidad para el quehacer intelectual.<sup>204</sup>

Piglia y Sarlo sostienen haber seguido un proyecto similar en sus grupos y es posible decir que Ludmer también lo hizo. Sebrelí pertenecía a otra escuela, más sartreana, aunque puso también en duda muchas de las premisas que unían la labor del esteta con aquella de las clases oprimidas —defendiendo, por ejemplo, que los obreros jamás habían sido interlocutores de la intelectualidad de izquierda.

Si hay algún elemento común en todos los grupos es, como propone Altamirano “la

---

<sup>201</sup> “La moda y la ‘trampa del sentido común’. Sobre la *operación* Raymond Williams en *Punto de Vista*”, *Orbis Tertius*, 5 (1997), pp. 14-15, *apud*, José Luis de Diego, *op. cit.*, p. 146.

<sup>202</sup> *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, Sao Paulo, Universidad de Sao Paulo, 1997, p. 9. [*Cuadernos de Recienvenido*, núm. 4].

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>204</sup> *Op. cit.*, p. 145.

referencia a posiciones, tesis, enfoques proscritos en el ámbito universitario y que, en general, estaban directa o indirectamente asociados con la cultura marxista’.<sup>205</sup>

### *La imaginación alternativa*

La notion de “résistance est relative” :  
elle doit s’interpréter dans l’ensemble des pratiques politiques,  
sociales et culturelles, développées par une société occupée  
envers l’occupant.  
Jacques Semelin, “Qu’est-ce que ‘résister’ ?”

En las condiciones de producción cultural que impuso el gobierno golpista, la línea divisoria entre lo prohibido y lo permitido fue siempre difusa.<sup>206</sup> No hay indicios de que los grupos de estudio hayan sido una actividad prohibida y, quienes participaron en éstos, no la concebían como tal, si bien algunos alumnos y la mayoría de los profesores pensaban que estaban tomando algunos riesgos. No obstante, dada la centralidad que tenía la eliminación de las “ideas subversivas” y la cultura de izquierda en los objetivos de la dictadura, tampoco podríamos decir que la enseñanza de una teoría de la historia marxista, por Sebreli, de Benjamin, por Ludmer o Williams, por Sarlo hayan sido actividades permitidas. Los grupos no podían anunciarse abiertamente ni dictarse en espacios públicos, porque iban en contra de la cultura oficial. Estaban confinados a los departamentos, los hoteles de paso, las oficinas. Podían existir en la medida que su existencia estuviese disimulada.<sup>207</sup>

La eficacia de los cuerpos de inteligencia en esos años es aún motivo de investigación y debate. La existencia de los grupos era indudablemente un hecho conocido por “el servicio”, mas las lecturas que ahí se hacían y la manera en que éstas se insertaban en el pensamiento de

---

<sup>205</sup> Entrevista.

<sup>206</sup> Como he mencionado anteriormente, esta ambigüedad y la apariencia de una aplicación errática de la estrategia represiva provocaron un ambiente de incertidumbre, miedo y autocensura. No queda claro si ésta fue una estrategia deliberada o, en cambio, un efecto perverso de la desorganización institucional y las fracturas políticas entre las élites castrenses.

<sup>207</sup> Más aún, a los grupos que estudié también los “salvó” el hecho de que ni profesores ni estudiantes estaban vinculados con la guerrilla. Así, Sebreli comenta: “[Los grupos eran] una resistencia relativa, eran un acto bastante comprometido, en el sentido de que una reunión, todos los días, de grupos de jóvenes estudiantes era una cosa sumamente sospechosa...es una cuestión de azar que nunca cayeron...nunca entró ninguno que estuviera involucrado con la guerrilla, eso es lo que nos salvó. En general, lo que predominaba era el Partido Obrero y el grupo no guerrillero del PST (Partido Socialista de los Trabajadores), los dos son trotskistas...eso es lo que nos salvó de que no hubiera un allanamiento y nos llevaran a todos”.

izquierda no parecen haber sido jamás desveladas. Los autores estudiados eran demasiado complejos para confinarlos a los esquemas binarios de los censores. Por otro lado, en los grupos estudiados no hay ni rastros ni sospechas de infiltrados o delatores, esto resulta de que la invitación a participar se transmitía de boca en boca y había un alto grado de proximidad entre profesores y estudiantes. En un círculo de cinco o seis personas era difícil pasar desapercibido

Las voces informantes sobre la actividad de los grupos eran casi siempre los porteros. Algunos hablaron con “mejor fe” y mayor conocimiento que otros. El portero de Ludmer, quien, como detallo arriba, habitaba en la temida calle del batallón 601, la describió como una maestra que daba clases privadas a alumnos de secundario. Estas palabras la protegieron de mayores indagaciones. Sebrelí vivió una situación parecida:

*Acá estábamos vigilados, porque había como jefes de manzana que controlaban. En el departamento de la esquina de enfrente había una persona que probablemente era un informante de la policía o de los servicios, que se hacía pasar por sociólogo. Los sábados invitaba a los porteros de la manzana a comer un asado...un sociólogo [risas] bueno, ahí se enteraba de todo y, por supuesto, el portero de mi casa, inocentemente, dijo que yo daba cursos, qué sé yo, que venían jóvenes. El tipo le dijo que me quería conocer... En un momento me lo encontré y el tipo tenía una pinta de policía que mataba y entonces me empieza hablar...era bastante poco sutil, dice: “porque nosotros, la gente de izquierda”...yo lo miré...me tenían controlado pero habrán considerado que era muy inofensivo...nunca hubo nada...yo mantuve los libros de Marx, sólo los puse muy arriba en el estante, tenía un retrato de Marx, Sartre, Simone de Beauvoir y eso lo saqué.*

Inofensivos o no, los grupos estaban vigilados, mas no prohibidos. Así, como comenta Piglia, entre quienes participaron en estas prácticas no había una conciencia clara de que “eso formaba parte de un movimiento de resistencia...si bien había cierto riesgo”. En el caso de Piglia y Sarlo, esta actividad era acompañada por la publicación de *Punto de Vista*. Ambas prácticas tenían un sentido de resistencia en la medida en que, dice Piglia, hacían posible “la existencia de culturas alternativas a lo que era en ese momento la cultura dominante, oficial, en la academia y en el mundo intelectual”. Asimismo, permitían “mantener la tradición de la cultura argentina activa”.<sup>208</sup>

Al hablar de las motivaciones que llevaron a la publicación de *Punto de Vista*, Piglia habla

---

<sup>208</sup> Entrevista.

de una doble intención. Por un lado, la de crear un espacio de discusión intelectual que conectara a quienes estaban en Argentina con el exilio y, por el otro, “reconstruir un poco la tradición cultural que había sido pulverizada por la experiencia de la dictadura”.

*Entonces la idea era conectarnos con el exilio, que es lo que hicimos, y [asimismo], era importante para nosotros, conectarnos con los intelectuales, que estaban en una situación de pánico generalizado. El pánico consistía en que la dictadura había producido un efecto deliberado de terror, por lo cual una conversación como la que nosotros tenemos acá era considerada un riesgo de muerte... Queríamos hacer ver que no había una relación directa entre sentarse para conversar y la posibilidad de una represión inmediata... Tratamos de poner la cuestión en términos de decir: vamos a hacer algunas actividades intelectuales porque no podemos aceptar que la dictadura haya logrado impedir cualquier tipo de conexión.*

El grupo de *Punto de Vista* adopta esta postura a partir de una lectura del proceso político que considera que la dictadura no iba a ser como el franquismo ni el pinochetismo, es decir, que los militares no se quedarían 20 ni 40 años en el poder y, por lo tanto, “había que aguantar el momento de la represión fuerte”, porque ésta “no iba a poder estabilizarse”.<sup>209</sup> Más aún, eventualmente el grupo en el poder entraría en una crisis política, ya que entre las elites castrenses había fuertes fracturas. Así pues, no había que negociar con los militares, ni siquiera con los sectores moderados. Otros grupos intelectuales, como aquellos agrupados en torno a la revista *Vigencia*, publicada por la Universidad de Belgrano, creyeron que esta negociación era necesaria.<sup>210</sup>

Para Sarlo, la crisis profunda en el campo de la producción cultural que trajo el golpe planteó un conjunto de desafíos para los intelectuales: “el de construir, desde los márgenes, desde el *underground*, algunas alternativas de futuro para la cultura argentina”. Asimismo, “el de conservar un espacio indispensable para la vida intelectual, que parecía anulado por la

---

<sup>209</sup> *Loc. cit.*

<sup>210</sup> Sarlo comenta, “por alguna razón teníamos la idea de que no era lo de Chile. En principio porque el golpe de estado no había sido prodigado por EU...La transición de Videla a Viola ya nos marca que ahí se produce un momento de inestabilidad, porque además estaba Massera tratando de armar con los montoneros su partido nacionalista. Estaban fracturados los militares, esto no era el pinochetismo, que estaba verticalizado. Lo último que se nos podía ocurrir era que sería la derrota de Malvinas la que trajera la democracia en Argentina. Teníamos una sensación, ya a partir del 80, de que esto estaba encaminándose a la salida, que no iba a ser para diez años más y que, por lo tanto, no había que engancharse, como se engancharon algunas gentes, en ninguna de las cosas que los militares pseudo-democráticos estaban tirando para ver quién caía. Había que mantenerse absolutamente opositor, porque lo que ellos tiraban justamente era señal de su debilidad”.

violencia”.<sup>211</sup> Sería necesario inventar nuevas formas de auto-organización intelectual y, en algunos casos, como el de los grupos, retomar viejas experiencias de sobrevivencia marginal.

*La gran cuestión de esos años fue si se podía presionar sobre los límites, colocarse siempre un paso más allá de lo que opinaba el sentido común macerado por el terror, el escepticismo y el aislamiento. Por eso, una parte importante de los esfuerzos debió encaminarse a la construcción de espacios propios, ajenos al aparato del Estado y los grandes medios, fuera de las instituciones educativas oficiales. La voluntad política de sobrevivir como intelectuales en la Argentina debía recurrir a la imaginación alternativa.*

Asociar los grupos con un movimiento de resistencia es probablemente erróneo. La mayoría de los estudiantes no concebían su participación como tal. Éstos representaban la búsqueda de un pensamiento antiautoritario, mas no la organización de actividades intelectuales o políticas en contra del régimen. Algunos de los profesores hablan hoy de los grupos como su forma de resistir la política cultural de la dictadura, pero simultáneamente plantean que lo que estaba en juego en esos días era salvar la propia identidad. Sarlo plantea esta idea en los siguientes términos:

*Sobrevivir como intelectual era la primera motivación, autoconstituirse o mantener un cierto tipo de identidad. Eran grupos de salvación personal. Por supuesto que como esa actividad...no se puede hacer en solitario, no es un acto narcisista, es obvio que se amplía. Nosotros veníamos acostumbrados a una vida extremadamente activa de militancia, pero además, de discusión, no importan los contenidos de esa discusión, pero había sido de una enorme actividad. Entonces, la idea de que uno iba a quedarse en la casa era completamente intolerable...hubo una línea que pusimos Altamirano y yo que es: no se quema un libro y uno sigue hablando de política. Si tenemos que morir, vamos a morir con los libros. Es una línea que trazamos, que es una línea de conservación de la identidad.*

Así pues, a pesar de que los grupos fueron una actividad de trabajo conjunto, diálogo y convivencia, es probable que éstos sean mejor representados como una práctica de disidencia que de resistencia. Como discuto en el primer capítulo, la disidencia es un acto eminentemente individual que, en los regímenes fuertemente represivos, se manifiesta por medio de redes clandestinas o semi-clandestinas. Éstas, por lo menos en su origen, no buscan crear una alternativa política, sino construir un espacio de diálogo autónomo entre los hombres de cultura. La resistencia, en cambio, supone labores de convencimiento y esfuerzos organizativos. Una vez que un grupo de hombres se declara en contra de un régimen, está obligado a

---

<sup>211</sup> “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, art. cit., p. 105.

establecer solidaridades y atraer a otros a su causa, para lograr sus objetivos y sobrevivir. La disidencia es una experiencia más solitaria. Puede manifestarse en el repudio a un sistema de pensamiento, sin que quede claro cuál es el camino a seguir ni qué nuevas ideas ocuparán ese vacío. La resistencia, incluso cuando hablamos de resistencia cultural, tiene un enemigo claro, una fuerza que oponer. La disidencia, en cambio, es el ejercicio de la autonomía, cuando ésta es negada.

Altamirano es uno de los pocos autores que no se han dejado seducir por el imaginario de la resistencia y ha descrito a las revistas culturales y los grupos de estudio como formas de disidencia intelectual. Desafortunadamente, sus trabajos sobre el tema han sido muy breves y carecen de definiciones sobre lo que es resistir o disentir. En un artículo titulado, “Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina”, Altamirano propone que, “si antes de 1981 hubo circuitos de disidencia intelectual —y creo que la expresión es apropiada—, al margen de unas pocas voces individuales, ella provino de [una] constelación de fragmentos dispersos y, por lo general, sin comunicación entre sí”.<sup>212</sup> Conformaron estos fragmentos “los núcleos disgregados de un sector intelectual que integraba las filas de los derrotados por el nuevo orden” y que, desde el golpe, “vivirían bajo la doble presión de la amenaza represiva y el terrorismo ideológico”.<sup>213</sup>

De acuerdo con Altamirano, la acción de estos hombres no debe analizarse en los terrenos del heroísmo. En aquellos días infames, “el desafío abierto al poder militar” vino de las Madres de Plaza de Mayo, que incansablemente marcharon en demanda del paradero de las víctimas de la represión estatal. Ellas dieron forma a la resistencia durante la dictadura. Por lo tanto, es necesario situar en otro espacio las formas mediante las cuales los intelectuales críticos buscaron “escapar los efectos paralizantes” de la “cultura del miedo”. Una de éstas fue la

---

<sup>212</sup> En Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo sapiens, 1996, p. 60.

<sup>213</sup> *Ibid.*, pp. 60-61.

constitución de “diversos tipos de ghettos...en la forma de grupos de estudio y seminarios.”

Ahí,

se refugiaron el descontento y la reflexión sobre lo que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo, así como el esfuerzo por preservar la propia identidad y la preocupación por las cuestiones políticas, en un momento en que la vida pública había desaparecido o se reducía a los actos que la dictadura ponía en escena.<sup>214</sup>

Las revistas culturales ejercieron una actividad paralela a la de los grupos. Éstas proliferaron rápidamente entre 1978 y 1979, aunque tenían una aparición irregular. En su mayoría, no perduraron más allá de 1981. Las revistas *underground* fueron publicadas por jóvenes y para jóvenes y eran tan variadas que es difícil unificarlas en torno a un discurso. *El Ornitorrinco*, *Punto de Vista*, *Crítica y utopía* y algunas otras buscaron —y articularon— un público más leído, interesado en las ciencias sociales, conocedor de la literatura argentina y latinoamericana, proveniente del campo de la izquierda, pero suspicaz ante las ortodoxias. Para Altamirano, éstas eran “manifestaciones de núcleos independientes que buscaron crear, a través de publicaciones de escaso tiraje y de circulación casi marginal, focos de expresión de esa cultura fragmentada en que se había convertido la izquierda intelectual”.<sup>215</sup> Más aún “durante cuatro años constituyeron uno de los pocos circuitos visibles de la disidencia intelectual”.<sup>216</sup>

Los grupos y las revistas hicieron posible poner en circulación nuevas formas de entender la realidad social argentina, al tiempo que promovían la creación de redes en el campo de la cultura “no oficial”. Antes que exaltarlos como práctica y negar sus limitaciones, es importante pensarlos como ejemplos de lo que el intelectual crítico puede hacer en los momentos en que la vida pública se ha convertido “en una reivindicación de espacios casi privados”.<sup>217</sup> Más aún,

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>215</sup> Carlos Altamirano, “El intelectual en la represión y en la democracia”, *Punto de Vista*, 1986, núm. 28, p. 3.

<sup>216</sup> “Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina”, art. cit., p. 61.

<sup>217</sup> Para Kovadloff, la cultura de catacumbas no puede sólo celebrarse. El riesgo que corre es el de la macrocefalia, “su crecimiento desmedido debiera encararse como un síntoma inquietante y no como un indicio auspicioso. La razón es ésta: en la Argentina actual, la cultura de catacumbas es sucedáneo de una vida universitaria saludable, creadora, venturosa. Si la universidad nacional fuera lo que debió y aún debe ser, los centros de trabajo intelectual que hoy dan vida a la cultura de catacumbas serían su módico complemento, nunca su reemplazante [...]

escribe Altamirano:

No creo que, como norma, el intelectual deba predicar o practicar el aislamiento, pero no debería rehuir de él a cualquier precio, al menos en aquellas situaciones que no dejan otra alternativa que la oposición si se quiere mantener el compromiso con el espíritu crítico.<sup>218</sup>

Con esta nota de los grupos como refugio del espíritu crítico, es decir, de la autonomía del pensamiento, podíamos cerrar la caracterización de estas prácticas como espacios de disidencia. No obstante, considero pertinente agregar algunos elementos a la discusión poniendo en perspectiva la actividad de los grupos frente a la de otros ámbitos donde se ejerció la reflexión durante la dictadura, específicamente, los centros privados de investigación. Este ejercicio me permitirá asimismo trazar una definición de la “cultura de catacumbas”.

### *Los centros privados de investigación*

En un breve artículo titulado “Sobrevivir en dictadura: Las ciencias sociales y la universidad de las catacumbas”, Hilda Sabato describe “los esfuerzos que se realizaron para crear y mantener ámbitos donde se pudiera ejercer la reflexión social crítica de manera relativamente sistemática, en un época en que ese ejercicio era considerado subversivo por el poder militar y reprimido en consecuencia”.<sup>219</sup> El texto busca dilucidar el sentido y la relevancia de ciertas prácticas intelectuales, más o menos subterráneas, en el campo de las ciencias sociales. De acuerdo con Sabato, después del golpe “de a poco y con grandes riesgos se fueron gestando espacios de producción [académica] disidente y alternativa”. Sobre todo en la ciudad de Buenos Aires —“ya que en otras ciudades [...] la represión no dejó resquicio alguno para encarar esta tarea”—,<sup>220</sup> surgieron grupos de trabajo y centros de investigación financiados por fundaciones extranjeras.

Aunque reducidos en número, víctimas de la persecución ideológica y política, sufriendo el drenaje hacia el exterior de sus propios recursos humanos, estos grupos lograron crecer y consolidarse

---

Ocurre en este orden de cosas lo que en otro más rústico pero aleccionador: el de los gallineros. Allí es posible ver, de vez en cuando, los cuerpos decapitados de las aves que corren a ciegas. Durante algunos minutos hay vida y hasta vigor en esa danza siniestra. Pero las cabezas gillotizadas que reposan unos metros más allá anticipan, con su muerte instantánea, la de esos cuerpos que prolongan una agonía sin remedio (“Una cultura de catacumbas”, *op. cit.*, pp. 15-16).

<sup>218</sup> “Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina”, art. cit., p. 63.

<sup>219</sup> Art. cit., p. 51.

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 53.

constituyéndose en la sede de unas ciencias sociales claramente diferentes a las amparadas por el aparato oficial. Marginados en el país, estos grupos buscaron en el exterior los contactos intelectuales y los recursos materiales que les permitieron subsistir y luego expandirse para albergar a quienes no encontraban inserción en el sistema oficial, a quienes iban retornando de su exilio interno o externo, a los jóvenes que buscaban formarse.<sup>221</sup>

Más aún, de acuerdo con Sábato, en estos espacios marginales se forjó una elite “profesional e intelectual”, que, además de alcanzar el reconocimiento internacional, constituyó la base para la reconstrucción del campo intelectual después del regreso a la democracia.<sup>222</sup>

El texto de Sábato es una de las pocas reflexiones académicas sobre “la cultura de catacumbas”. Para la autora, los espacios de reflexión intelectual en “los subterráneos” permitieron la sobrevivencia de aquellos profesores y estudiantes que no apoyaron al régimen militar ni adoptaron su concepción de las ciencias sociales. Asimismo, fueron lugares de resistencia, en la medida en que ahí se hizo frente a la cultura del miedo, rescatando los valores antiautoritarios que supone el pensamiento crítico.

Para Sábato, la universidad de las catacumbas comprende tanto los centros privados de investigación, como los grupos de trabajo y “núcleos de reflexión” más pequeños e informales. ¿Cuál es el lugar de los grupos de estudio dentro de esta descripción? ¿Cómo difieren las condiciones del trabajo intelectual en ambos espacios? Nora Pagano describe los centros privados de investigación como “usinas de conocimiento”<sup>223</sup> integradas fundamentalmente por economistas, sociólogos, politólogos e historiadores.

Si bien estos centros proliferaron aceleradamente a comienzos de los años setenta,<sup>224</sup> su historia se remite a la del Instituto Di Tella, creado en 1958 por un grupo de jóvenes graduados en universidades norteamericanas —entre los que se encontraban Guido Di Tella, Enrique

---

<sup>221</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>222</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>223</sup> O *think tanks*, es decir, instituciones independientes, no gubernamentales, no lucrativas, en las que se estudian temas con el fin de hacer llegar sus conclusiones al sistema de toma de decisiones (“Las ciencias sociales durante la dictadura argentina” en Fernando Devoto y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 160.).

<sup>224</sup> El Centro de Estudios de Estado y Sociedad, CEDES, se fundó en 1975; el Centro de Estudios de Población, CENEP, y el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, CISEA, en 1974.

Oteiza, Federico Herschel y Javier Villanueva.<sup>225</sup> De hecho, para Marcelo Cavarozzi, los centros privados de investigación<sup>226</sup> fueron desgajamientos del Di Tella. Ellos reemplazaron este “espacio frustrado”, que es parte de una larga lista de espacios frustrados en Argentina — encabezada por las universidades públicas— cuyo fracaso se explica, en gran parte, por el contexto de incertidumbre e inestabilidad política que vivió el país entre 1955 y 1983. Los centros tienen, por lo tanto, una historia diferente a la de los grupos de estudio, cuyos orígenes, como ya he sugerido y explicaré más adelante, están ligados a los grupos de formación de cuadros de los partidos de izquierda, los espacios de lectura de textos marxistas y aquellos dedicados a la teoría y práctica del psicoanálisis.

Al igual que el Di Tella, los centros de investigación recibieron financiamiento de fundaciones extranjeras.<sup>227</sup> El interés de éstas estaba concentrado en la economía y la sociología, aunque en algunos casos se desbordó hacia disciplinas afines, como la historia. Este financiamiento no estuvo en absoluto presente en los grupos de estudio, lo que no sólo da cuenta de las diferencias en las condiciones de trabajo en ambos espacios, sino que nos permite entender que la discrepancia fundamental entre éstos y los centros privados de investigación fue de carácter disciplinario. Así, menciona Sarlo,

*El CEDES era el marco institucional de una investigación sociológica, porque los sociólogos ya habían aprendido lo que la gente de humanidades aprendió mucho más tarde, que es pedir plata a las organizaciones internacionales...eso ya lo sabían hacer los sociólogos y para poder hacerlo tenían que tener un centro...Ni Piglia, ni Ludmer, ni Altamirano, ni yo pertenecíamos a ningún circuito ni podíamos soñar antes de 1982 que alguien nos financiara, porque la disciplina en la que estábamos, que iba desde la historia cultural hasta la crítica literaria y la teoría literaria no era todavía una disciplina que formara parte del árbol de la financiación norteamericana...Entonces, la diferencia no es tanto el de la actitud subjetiva de cada uno de los actores, la diferencia se da en que son marcas disciplinares*

---

<sup>225</sup> En sus orígenes, el Di Tella se dividió en tres centros: uno de artes visuales, espacio de vanguardia y ruptura artística, uno de ciencias sociales y, por último, el Centro de Investigaciones Económicas (CIE). El Di Tella trabajó bajo un modelo similar al de las universidades estadounidenses y, aunque la mayoría de sus recursos provinieron de la Fundación Di Tella, recibió financiamiento de la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller (véase Pablo Mariano Ponza, *Los intelectuales críticos y la transformación social en Argentina (1955-1973). Historia intelectual, discursos políticos y conceptualizaciones de la violencia en la Argentina de los años sesenta-setenta*, tesis, Universidad de Barcelona, 2007).

<sup>226</sup> Según el investigador, éstos eran fundamentalmente CEDES, CISEA, CENEP, CEUR (Centro de Estudios Urbanos y Regionales) y la sede de Buenos Aires de FLACSO (entrevista).

<sup>227</sup> Principalmente de la Fundación Ford, pero también de SAREC (Agencia Sueca para la Cooperación en la Investigación con los Países en Vías de Desarrollo), IDRC (International Development Research Centre - Canadá), Andrew Mellow Foundation, Inter-American Foundation (Nora C. Pagano, art. cit., p. 161).

*diferentes y si no se toma eso en cuestión no se entiende bien en principio el muy buen diálogo entre ambos tipos de grupo.*

Por lo tanto, los contrastes en la forma de trabajo de los centros de investigación y los grupos de estudio no responden a un distinto espíritu crítico entre quienes pertenecían a uno u otro grupo, sino a la historia de la organización disciplinaria en la Argentina y sus fuentes de financiamiento. Los sociólogos, politólogos e historiadores estaban más acostumbrados a trabajar dentro de un marco institucional, incluso cuando éste fuese ajeno a la universidad, y encontraron en el extranjero las fuentes para construir este marco. Los críticos literarios, filósofos, historiadores de la cultura, en cambio, tenían una tradición de creación de revistas culturales y trabajo en casa en condiciones de relativa precariedad. Su campo disciplinario tenía un lugar menor en el esquema de financiación de las fundaciones extranjeras. Es principalmente por esta razón que, mientras los centros de investigación fueron el lugar de refugio de las ciencias sociales, las humanidades se vieron relegadas a espacios improvisados, discontinuos, en mutación constante.

Más allá de esta diferencia mayor, hay otros contrastes puntuales. Los profesores de los grupos eran “gente de izquierda”, algunos tenían una importante historia de militancia, otros participaban en revistas y círculos intelectuales de izquierda. Todos creían en la necesidad del cambio social, ya sea por medio de la ruptura revolucionaria o por “la vía chilena” al socialismo. Antes del golpe, Sarlo, Piglia, Altamirano, Sebrelí eran sartreanos. Si bien a lo largo de la dictadura sus ideas fueron cambiando —bajo la influencia de la crisis de la izquierda revolucionaria y del acercamiento al pensamiento eurocomunista y socialdemócrata— hasta abrazar la democracia y reivindicar la autonomía del campo intelectual, sus ideas permanecieron en el campo de la izquierda. En los centros de investigación hubo también numerosos profesores con inflexiones de izquierda, como Guillermo O’Donnell e Hilda Sabato. No obstante, la procedencia ideológica fue más diversa y menos marcada. Esto se manifestó tanto

en las fuentes utilizadas para sus investigaciones, como en sus producciones académicas.

Respecto al trabajo intelectual, cabe mencionar que los centros fueron más prolíficos que los grupos. En los grupos, en sí mismos, no hubo producción. Algún estudiante habrá escrito quizás alguna monografía, nada relevante. La mayoría de los profesores no podía publicar o debía hacerlo con cautela.<sup>228</sup> Entre 1976 y 1980, con excepción de los trabajos que aparecen en *Punto de Vista*, las publicaciones de los críticos y escritores que dirigen los grupos son prácticamente nulas. Piglia publica *Respiración Artificial* en 1980. Otros lograron publicar algunas obras en el extranjero. No obstante, en esos años sobre todo escribieron y procesaron lo que publicarían al caer la dictadura. Tal fenómeno es también consecuencia de que este grupo de pensadores era, en su mayoría, relativamente joven. Sus trabajos más importantes vendrían en las décadas siguientes.

Los centros de investigación tuvieron más libertad y mayores recursos para sacar a la luz sus trabajos.<sup>229</sup> Varios de éstos se publicaron en la revista *Desarrollo Económico*. De acuerdo con Sábato,

en los años del Proceso esta revista reunía materiales provenientes de distintos ámbitos de producción en ciencias sociales y no solamente de la universidad de las catacumbas, pero constituyó un espacio importante [para] la circulación de ideas en la época y su comité editorial reunió a muchos de quienes trabajaban en los centros de investigación alternativos.<sup>230</sup>

Si bien los temas que preocuparon a humanistas y científicos sociales fueron muy distintos, ambos interrogaron las causas de la crisis social en la que se encontraban tanto Argentina como otros países de América Latina. El diálogo con el exilio tuvo un papel importante en la “latinoamericanización” de los debates. Asimismo, en ambos hubo una preocupación por repensar las explicaciones centradas en el determinismo de las estructuras

---

<sup>228</sup> En los primeros números de *Punto de Vista*, Jorge Sevilla prestó su nombre y apareció como director, evitando así que ésta se publicara bajo el sospechoso anonimato. Carlos Altamirano firmaba como Carlos Molinari, Ricardo Piglia como Emilio Renzi, Beatriz Sarlo como Silvia Niccolini.

<sup>229</sup> Aunque esta situación de privilegio no debe exagerarse, pues, por ejemplo, ningún librero aceptó vender sus cuadernos de trabajo, por miedo a sufrir represalias (entrevista con Marcelo Cavarozzi).

<sup>230</sup> Art. cit., p. 55. El contenido de los trabajos publicados por los centros no fue objeto de mi análisis. Uno de los estudios que aborda este tema es el ya citado texto de Nora Pagano.

sociales e introducir al sujeto como actor en el devenir histórico —sin necesariamente abrazar el liberalismo. Por otro lado, los dos grupos pusieron en cuestión el rol social del intelectual, así como las relaciones entre la política y el campo de producción cultural.

Los contrastes en las condiciones de trabajo en los grupos de estudio y los centros de investigación se extienden también a la vulnerabilidad de unos y otros. Los centros, al contar con apoyo de fundaciones extranjeras, tuvieron un cierto paraguas protector frente a los actos de intimidación y represión del régimen, ya que éste buscó construir en el exterior la ficción de un buen gobierno. Este paraguas no privó a los integrantes de los centros del miedo y la autocensura, pues probablemente no era percibido, pero, a la postre, pareciera que los centros gozaron de grados de libertad mayores que otros espacios y ésta es una explicación posible. Cabe puntualizar que tal protección no significó estar a salvo de toda agresión por parte del gobierno. O'Donnell, por ejemplo, tuvo que enfrentar la desaparición de su expediente del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), es decir, la remoción de su estatus de investigador y la consecuente pérdida del ingreso que éste le deparaba.<sup>231</sup>

Así pues, aun si los centros privados gozaban de condiciones de trabajo relativamente mejores, éstos no estaban exentos de grandes dificultades. A principios de 1980, dice Sábato, comenzaron a sentirse las “limitaciones de un sistema fragmentado, cada vez más estratificado y muy sujeto a los avatares del financiamiento internacional. También se hicieron visibles los problemas para incorporar a los más jóvenes al proceso de formación, en la medida en que era

---

<sup>231</sup> O'Donnell recuerda así esta experiencia: “El CONICET en aquella época estaba en manos de la extrema derecha de la derecha, y lo que hicieron conmigo fue que, simbólicamente, burocráticamente, dejé de existir. Un día de 1979 dejaron de contestar mis informes y, por supuesto, me dejaron de pagar... Un par de veces fui a preguntar por mi situación y nadie sabía nada. Los empleados...me miraban como a un delirante que decía ser investigador y no figuraba en ninguna parte... Ese régimen de terror producía también estos pequeños hechos surrealistas, ridículos. Para mí fue una situación complicada, porque se trataba de la principal fuente de ingresos de mi familia. Fue un símbolo de la manera en que esta gente actuaba, de la impunidad secreta, de no asumir ninguna responsabilidad. Me podían haber sumariado por vago, o haber rechazado mi trabajo por falta de calidad, o haber emitido una resolución para echarme por ‘subversivo’, en fin, podían haber realizado un acto formal, pero, siguiendo su lógica, indirectamente me suprimieron” (Javier Lorca, “A los que hablábamos del Estado nos decían atrasados. Entrevista al politólogo Guillermo O'Donnell”, *Página 12*, 11 de enero de 2009. Consultado el 3 de mayo de 2009 en [[http://www.sgp.gov.ar/contenidos/uci/repercusion/paginas/pagina12\\_1-01-09.html](http://www.sgp.gov.ar/contenidos/uci/repercusion/paginas/pagina12_1-01-09.html)]).

muy difícil generar recursos para ese tipo de tarea”.<sup>232</sup>

**CUADRO COMPARATIVO ENTRE LOS GRUPOS DE ESTUDIO Y LOS CENTROS PRIVADOS DE INVESTIGACIÓN**

	<b>GRUPOS DE ESTUDIO</b>	<b>CENTROS PRIVADOS DE INVESTIGACIÓN</b>
<b>Campos disciplinarios</b>	Literatura, crítica literaria, historia cultural, filosofía.	Ciencias sociales e historia.
<b>Apoyo del extranjero</b>	Poco. a. Envío de libros. b. Salida de algunos como <i>visiting professors</i> . c. Diálogo con el exilio en configuración de nuevos paradigmas.	Mucho. a. Financiamiento. b. Protección, en la medida que el régimen buscaba dar buena imagen ante el exterior. c. Diálogo con universidades extranjeras y exiliados. d. Salida al exterior como profesores.
<b>Pensamiento y cultura de izquierda</b>	Sí.	No necesariamente.
<b>Producción de conocimiento</b>	Muy poco en los grupos, pero los profesores escriben libros y artículos de carácter ensayístico	Sí, numerosos estudios de carácter académico.
<b>Introducción de nuevos autores y metodologías de investigación</b>	Sí.	Sí.
<b>Actividad política</b>	Ninguna (algunos intelectuales se unen al alfonsinismo)	Ninguna (algunos intelectuales se unen al alfonsinismo)
<b>Dan sustento económico a intelectuales.</b>	Sí, los cursos se pagan.	Sí, salario, recursos provenientes de fundaciones extranjeras.
<b>Permiten a profesores/intelectuales continuar con labores de investigación</b>	Sí, años de mucho aprendizaje, formación de gran parte del cuerpo de su pensamiento.	Sí.
<b>¿Resistencia cultural?</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Resistencia a la cultura del miedo y a la apropiación de la ideología oficial.</li> <li>- Formación de redes en una sociedad fragmentada.</li> <li>- Ninguna actividad de movilización política.</li> <li>- Defensa de la existencia de culturas alternativas.</li> <li>- Defensa de ideas antiautoritarias.</li> <li>- Espacios de disidencia.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Resistencia a la cultura del miedo y a la apropiación de la ideología oficial.</li> <li>- Defensa de ideas antiautoritarias.</li> <li>- Ninguna actividad de movilización política.</li> <li>- Espacios de disidencia.</li> </ul>

Es importante mencionar que entre los centros privados de investigación y los grupos de estudio no hubo pugnas; si existió alguna tensión, fue entre individuos. Piglia, por ejemplo, dio algunos de sus primeros cursos en CICSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales) y posteriormente continuó en su casa. Así como algunos profesores transitaron por ambos

<sup>232</sup> Art. cit., p. 54. Si bien entre los grupos de estudio no podemos hablar de fracturas ni jerarquías, puesto que éstos no conformaban un cuerpo unitario, sino una red, difusa, en este sector de la intelectualidad hubo también tensiones y rivalidades. El acercamiento de Sarlo y Altamirano al alfonsinismo trajo la ruptura con Piglia y su salida de *Punto de Vista*. La comunicación entre Sarlo y Ludmer, que trabajaban en temas muy cercanos, era sorprendentemente escasa.

espacios, también lo hicieron los alumnos, aunque los centros estaban más orientados hacia la investigación que la enseñanza. Las relaciones de amistad entre los intelectuales que desarrollaban su labor de reflexión en unos y otros ámbitos fueron comunes. Esto queda constatado en su confluencia, a principios de la década de 1980, en grupos de reflexión orientados hacia la búsqueda de salidas políticas a la crisis social e institucional que vivía Argentina —como el ya mencionado “Grupo de los sábados”. En esos espacios se gestó el apoyo de gran parte de esta generación de intelectuales al alfonsinismo.

### *Una cultura de catacumbas*

Cada vez son más comunes las referencias a la “cultura de catacumbas” en la literatura sobre la dictadura. No obstante, los análisis académicos sobre las prácticas específicas que comprende este concepto son sorprendentemente escasos. Así pues, es menester preguntarnos a qué se refiere la metáfora de las catacumbas: ¿un estado de clandestinidad o semiclandestinidad? ¿Un discurso crítico o de izquierda? ¿Ciertas condiciones de producción intelectual fuera de un marco institucional? ¿Una estrategia de sobrevivencia? ¿Un estado de marginalidad? En lo que sigue me propongo demostrar que optar por una de estas acepciones no bastaría como respuesta, por un lado, porque en el uso corriente del término todas están presentes. Por el otro, porque la idea de catacumbas surgió como una metáfora aglutinadora que buscaba trazar un espacio común de disidencia, en el que convergieron prácticas múltiples y diversas. Su característica común era la oposición, desde la cultura y el pensamiento, al proyecto mesiánico de la dictadura (antes que a alguna política particular).

Al celebrar el treintavo aniversario de uno de los más importantes centros privados de investigación, CEDES,<sup>233</sup> Catalina Smulovitz, pronunció las siguientes palabras:

Quizás es esto lo primero que debemos celebrar sobre los logros que ha alcanzado el CEDES a través de su fundación y consolidación: su capacidad para construir un lugar de refugio y resguardo para enfrentar los dos principales retos de las ciencias sociales en Argentina en los setentas; aquel de

---

<sup>233</sup> Fundado a mediados de 1975 por Marcelo Cavarozzi, Guillermo O'Donnell, Oscar Oszlak, entre otros hoy destacados investigadores.

la confusión entre la investigación social y la práctica política y el reto de la represión política autoritaria, que creía que la investigación social debía ser eliminada porque era simplemente una máscara para ocultar conductas peligrosas. En aquellos días en que la pasión política englutió la reflexión sobre temas sociales y los convirtió en otro instrumento de conflicto...ideológico y en los que el terrorismo de estado desmanteló las carreras en ciencias sociales en la universidad y asesinó o amenazó a investigadores sociales, CEDES, junto con otro pequeño grupo de Centros pudo construir un espacio autónomo en Argentina.<sup>234</sup>

Para Smulovitz, “el éxito de la *estrategia* de catacumbas” fue lo que permitió la existencia de este espacio autónomo de reflexión. Desde su mirada, las catacumbas fueron, ante todo, una estrategia de producción intelectual, que consistió en “el trabajo en ‘circuitos cerrados’ elaborado para una pequeña audiencia de académicos”. Su adopción fue producto de la necesidad de escapar la censura y la represión gubernamental y no se hizo en función de la precariedad de recursos, pues el Centro contaba con financiamiento proveniente de fundaciones extranjeras —que podía o no ser suficiente, pero lo colocaba en una situación de privilegio frente a la mayoría de las instituciones de investigación en el país.

O'Donnell, quien a comienzos de 2009 publicó, bajo el título de *Catacumbas*, una recopilación de artículos que escribió entre 1975 y 1979, coincide con esta visión, pero agrega a la *estrategia* de escribir para pocos la idea de estar inmerso en un mundo donde privaba la sensación de encierro. Así, al hablar de catacumbas no es una metáfora mortuoria lo que está en juego, sino “los subterráneos donde, en el temprano Imperio Romano, los cristianos seguían haciendo sus ritos”.

Los que nos quedamos acá y teníamos una posición conocidamente opositora a aquel régimen nos metimos en las catacumbas, es decir en grupos de estudio, en pequeños centros —como fue el CEDES—, donde hacíamos nuestros rituales. Se daba una situación muy curiosa: en general se escribe con la esperanza de ser leído por la mayor cantidad de gente posible; sin embargo en ese momento escribíamos para discutir al interior de pequeños grupos. Algunos textos aparecían mimeografiados y surgía el temor a en qué manos podían caer. Fuera de las catacumbas, publicábamos en el exterior, en parte por vanidad y en parte porque nos agrandaba un poco el paraguas protector. Uno sentía que vivía en las catacumbas, también, porque habíamos quedado pocos, muchos colegas y amigos estaban desaparecidos o exiliados.<sup>235</sup>

---

<sup>234</sup> “CEDES’ 30th anniversary”, mesa redonda, 5 de septiembre de 2005, [en línea], consultado 3 de noviembre de 2008 en [[http://www.cedes.org/english/30\\_anios/mesa.html](http://www.cedes.org/english/30_anios/mesa.html)]. Si bien imagino que el discurso se leyó en español, sólo tuve acceso a éste en inglés, por lo que presento mi traducción.

<sup>235</sup> Entrevista de Javier Lorca, *op. cit.*

En la descripción de O'Donnell, las catacumbas son una experiencia de auto-organización intelectual que no implica trabajar fuera de un marco institucional. Sábato hace un uso similar del término; sin embargo, pone un fuerte énfasis en la idea de resistencia, entendida como la continuación del trabajo intelectual autónomo y crítico, a pesar de los intentos del gobierno de acabar con éste. Resistencia también concebida como lucha contra la cultura del miedo, labor que comienza mirando de frente a los miedos propios, procurando acabar con la autocensura, construyendo, poco a poco, redes de diálogo y libre reflexión.

Hasta ahora he presentado descripciones de la “cultura de catacumbas”, que, aunque ponen el énfasis en distintos aspectos, dialogan entre unas y otras, en decir, no están en una posición de contradicción. Con base en estas nociones, sin embargo, no queda claro si es posible poner en el mismo plano a los centros privados de investigación y a los grupos de estudio, en la medida en que estos últimos no contaron ni con un marco institucional ni con el apoyo moral o económico de fundaciones extranjeras.

En las definiciones sobre la “cultura de catacumbas” elaboradas por quienes no participaron en ningún centro privado de investigación y únicamente tuvieron grupos de estudio, los centros privados parecen quedar fuera de las catacumbas. Así, Kovadloff,<sup>236</sup> probablemente el primero en usar el término en referencia a la experiencia argentina, lo definió como sigue:

Designo así al trabajo creador que no tiene marco institucional: florece (y muchas veces marchita) fuera de las universidades, lejos de los poderosos medios de comunicación masiva; desconoce los atributos del debate abierto y toda clase de apoyo académico o aliento oficial. Inversamente, se nutre del contacto en pequeños grupos, de la polémica a media voz, de la pasión por la verdad y la discusión entre cuatro paredes. Argumentalmente, distingue a la cultura de catacumbas la reflexión sustentada por diversos ideales. La convicción más general que los vertebraba es la de que la realidad nacional debe ser un campo de indagaciones críticas, no de afirmaciones dogmáticas. Los que habitamos las catacumbas de la cultura argentina concebimos al país como una tarea. No como el escenario de aplicación de definiciones apriorísticas acerca de qué sea o convenga que sea “el ser nacional”, la historia, la tradición y el presente.<sup>237</sup>

---

<sup>236</sup> Filósofo de la UBA, quien renuncia a su cátedra en 1975 y, a partir de entonces, organiza grupos en su departamento. Impartió cursos de sociología de la literatura, filosofía del arte, entre otros temas.

<sup>237</sup> Art. cit., p. 13.

A partir de estas palabras, es difícil incluir a un centro de investigación, como CEDES, dentro de las catacumbas. El énfasis está claramente puesto en la precariedad de las condiciones de producción intelectual, la falta de institucionalización. La idea de la formación de grupos roza en la improvisación; éstos aparecen como una solución de último recurso ante el estado de orfandad en que quedaron los intelectuales a partir del golpe.

Los usos de la idea de catacumbas a los que he hecho referencia surgen del testimonio en primera persona sobre un momento particularmente obscuro de la vida intelectual en Argentina. Es un trabajo complejo atribuir mayor o menor verdad a unos u otros. Antes que abordar esta tarea, buscaré entender las razones que subyacen a un uso distinto de la idea de catacumbas en el seno de los centros privados de investigación en relación a aquel de los grupos de estudio. Emprender esta labor supone, en primer lugar, señalar algunos puntos de concurrencia en ambas visiones.

Tanto los grupos de estudio como los centros privados de investigación fueron espacios de sobrevivencia en un doble sentido. El primero, evidente, es aquel de la obtención del sustento material para vivir y poder seguir desarrollando la investigación, el pensamiento. Aunque suene feo, los intelectuales también comen, y las labores del espíritu no son ajenas al mercado. El segundo, la preservación de una identidad bajo ataque, aquella del intelectual crítico. Como ninguna otra, la identidad de intelectual no se construye en soledad. Se crea y recrea permanentemente frente al otro. Por esto, los espacios de diálogo son indispensables para la construcción y preservación identitaria.

Este segundo aspecto está ligado al hecho de que, tanto en los grupos como en los centros, se ejercía y defendía el pensamiento autónomo. En la universidad de las catacumbas se refugió la palabra ilustrada, el *sapere aude*, el escepticismo humanista y el desdén por las explicaciones fundadas en la fe. Como en la España de Franco, el gobierno militar argentino

“construyó una imagen mítica y simple de la realidad de acuerdo con un patrón ideológico previo”. “Esa forma del irracionalismo”, escribe Jordi Gracia, “convierte el lenguaje en propaganda porque no aspira a comprender la realidad ni a conocerla o analizarla, sino a transmitirla prefabricada de acuerdo con su propio sistema ideológico”.<sup>238</sup> La intelectualidad crítica, que continuó trabajando de forma independiente en Buenos Aires durante la dictadura, rescató la sobriedad del lenguaje, el ascetismo del sueño racionalista.

No obstante, el ejercicio ocasional del pensamiento crítico no parece ser condición *suficiente* para hablar de una cultura de catacumbas. De lo contrario, toda reflexión autónoma, incluso aquella de quienes colaboraron con el régimen pero mostraron reparos hacia algunas políticas, podría ser vista bajo aquel cristal y la categoría perdería su fuerza explicativa. La pertenencia a las catacumbas supone un cierto compromiso y la participación continua en un conjunto de prácticas culturales ajenas a las instituciones del régimen autoritario.

Ahora bien, el distinto sentido que adquiere la noción de “catacumbas” entre quienes participaron en grupos de estudio, por un lado, y quienes desarrollaron su labor de investigación desde centros de investigación, por el otro, responde a las diferencias en las condiciones de reflexión y producción de conocimiento en ambos espacios. La experiencia cotidiana de trabajar en cada uno de éstos era claramente contrastante. Por esto, mientras quienes estaban nucleados alrededor de los centros conciben las catacumbas como una estrategia de producción intelectual “silenciosa” o una reclusión ritualizada, los profesores de los grupos hablan del despojo de todo marco institucional y la imposibilidad de obtener apoyo alguno para la investigación y la producción crítica.

Tomando en cuenta que estas diferencias son más o menos evidentes, es quizás más interesante preguntarnos por qué la idea de haber creado una universidad de catacumbas está presente en ambos espacios. La noción de cultura de catacumbas, probablemente acunada en

---

<sup>238</sup> *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 23.

los grupos de estudio, fue rápidamente apropiada en otros ámbitos. La fuerza de la idea no recae en su poder descriptivo, sino en su capacidad aglutinadora. Pareciera que quienes han recurrido a ésta lo han hecho no sólo para describir su propia experiencia, sino para generar una identidad colectiva con otros “resistentes” o “sobrevivientes”, independientemente de que hayan participado o no en el mismo tipo de prácticas. Las catacumbas argentinas son más una metáfora aglutinadora que exclusionista. Su sentido último es la exaltación de la práctica de la disidencia fuera de la cultura oficial. El decir, “no todos fuimos cómplices”, “no todos nos dejamos seducir o acallar por la cultura autoritaria”; desde la marginalidad, “luchamos por la sobrevivencia de culturas alternativas, la práctica de la crítica, la razón ilustrada”. “Lo hicimos como pudimos, algunos con más, otros con menos. Actuábamos en solitario, pero sabíamos que no estábamos solos. Fuimos los creadores, defensores y renovadores de una cultura antiautoritaria y humanista”. “Sí, el golpe fue aplaudido por la sociedad y casi todos caímos víctimas de la cultura del miedo. Sí, más allá de la lucha por los derechos humanos, no hubo resistencia política. Pero entre los intelectuales de izquierda, que antes del golpe habían sido cegados por la ideología, la dictadura no fue sólo complicidad y estancamiento. Con recursos muy escasos, tomando riesgos, nos despojamos del pensamiento dogmático y renovamos los principales debates de las ciencias sociales y las humanidades. Estábamos tan aislados del espacio público, que pareciera que nos encontrábamos enterrados, pero jamás logramos acostumbrarnos a nuestra ausencia”.

#### **IV. HISTORIA DE LA (AUTO)ORGANIZACIÓN INTELECTUAL EN ARGENTINA**

Rastrear los orígenes de los grupos de estudio es una práctica que excede al sentido común. Éste propone que los grupos fueron una experiencia de resistencia a la dictadura y, por lo tanto, surgieron en respuesta al estado de cosas impuesto por los militares. Más aún, supone que, si los grupos tuvieron una membresía limitada y se desarrollaron fuera de todo marco institucional, es porque las circunstancias de aquellos días no permitían mejores condiciones de trabajo. Estos supuestos tienen una parte de verdad, mas no dan cuenta de las complejas relaciones que existen entre los grupos de estudio de aquellos años y la historia del campo intelectual en Argentina. Para decirlo en pocas palabras: los grupos no surgieron ni en 1976 ni en los años previos o posteriores al golpe. Éstos forman parte de una historia más larga, aquella de la organización de espacios autónomos por la intelectualidad crítica ante los repetidos intentos del poder político de intervenir en el campo intelectual. Más precisamente, los grupos de la última dictadura se nutren de tres tradiciones: los grupos de formación de cuadros de los partidos políticos de izquierda, la introducción de Lacan a la Argentina por Oscar Masotta y el estudio del marxismo fuera de las aulas universitarias.

La inserción de los grupos en esta historia de mayor envergadura no significa que su sentido, formas de organización y prácticas hayan permanecido inmutables al llegar el golpe del 76. Como toda organización social, éstos estuvieron, en cierta medida, determinados por su circunstancia y adquirieron sentido en respuesta a ella. No obstante, el reto que se presenta al observador de esta práctica es definir cuál es la circunstancia que lleva a la formación de los grupos. ¿Basta hablar de la censura? ¿De la ocupación de la universidad? ¿La persecución de los intelectuales? En tal caso, ¿por qué no surgieron grupos de estudio en otras sociedades latinoamericanas asediadas por gobiernos militares? ¿Cuáles son las singularidades del campo intelectual argentino? ¿Por qué motivos la intelectualidad crítica ha sido históricamente

desplazada de las principales organizaciones estatales, políticas y académicas?

Este capítulo se acerca a una historia de la dictadura a contrapelo. Si 1976 es el año de la ruptura en la voz testimonial y en la gran parte de los estudios sobre la dictadura. Hago aquí un llamado a mirar las continuidades. En el fondo, la tesis es la siguiente: la historia de repetidos golpes de estado en Argentina, así como la conflictiva relación del peronismo con los intelectuales fue alejando a éstos de las instituciones culturales oficiales. Incluso durante los “años dorados” de la universidad (1956-66), un sector de la intelectualidad crítica —aquella afín al peronismo de izquierda— trabajó desde espacios de producción cultural marginales. A partir de 1966, los diferentes gobiernos en turno fueron construyendo, poco a poco, un aparato censor dirigido principalmente a acabar con las ideas “subversivas”. La intelectualidad crítica (o disidente) comenzó entonces a organizarse para escapar a esta censura, leer autores prohibidos, seguir produciendo y pensando en común. Entre las prácticas de “sobrevivencia” que desarrollaron están los grupos de estudio y las revistas culturales.

Durante aquellos años, la lucha por la libertad de expresión no necesariamente estuvo hermanada con la lucha por la autonomía del campo intelectual.<sup>239</sup> Si bien había un rechazo absoluto a la intromisión de los militares en el terreno de la cultura, entre los intelectuales privaba el antiintelectualismo y las preocupaciones políticas adquirieron primacía frente a las literarias. Esta situación no cambió durante el interludio peronista de principios de la década de 1970. Por el contrario, un gran número de pensadores de izquierda se incorporó a proyectos eminentemente políticos y mucha de su producción cultural, como ensayos y obras literarias, quedó al servicio de éstos.

Al llegar el golpe, aquellos espacios auto-organizados de producción cultural fueron descabezados, en la medida que los intelectuales más conocidos partieron al exilio y, en algunos casos, fueron detenidos o desaparecidos. Los, en su mayoría, intelectuales jóvenes que

---

<sup>239</sup> Pienso la autonomía a partir de las reflexiones de Bourdieu (véase el capítulo 1).

permanecieron en Buenos Aires y no estaban dispuestos a permanecer aislados y en silencio, recurrieron a este repertorio de prácticas para “sobrevivir a la dictadura”. No obstante, más allá de copiarlas pasivamente, las reapropiaron y dotaron de nuevos sentidos, adaptándolas a sus condiciones históricas.

Me interesa pues trazar la historia de los grupos de estudio y entender de qué manera se insertan en el desarrollo histórico del campo intelectual argentino. Identificar al primer grupo es un proyecto probablemente imposible, ya que ésta es una práctica más o menos espontánea, retraída, que deja pocos rastros. Cabe suponer incluso que no hubo un primer grupo, sino varios, que surgieron en paralelo y fueron después desapareciendo y resurgiendo a diferentes ritmos. Así, en las siguientes páginas exploraré la historia de la intervención del poder político en la universidad desde la década de 1930. Hablaré de la tensa relación del peronismo con los intelectuales de derechas e izquierdas y el estricto control de la vida cultural y universitaria entre 1945 y 1955. Esta descripción me permitirá dotar de un contexto a una de las más tempranas experiencias de auto-organización intelectual en Argentina: el Colegio Libre de Estudios Superiores. Este espacio se convirtió en refugio del libre pensamiento durante el primer peronismo y, paralelamente, en una instancia privilegiada de consagración de prestigio.

Pasaré después al análisis del pasado inmediato y de aquellas prácticas que tienen una conexión directa con el surgimiento de los grupos durante la última dictadura. Así pues, exploraré el contexto cultural de la década de 1960 y algunas de las formas de organización intelectual que tuvieron lugar durante estos años. Este periodo está marcado por el golpe de estado de Onganía. Uno de mis objetivos, sin embargo, será demostrar que, aun cuando éste es uno de los factores que influyeron en el desarrollo de los grupos, no es el único. Los grupos de formación de cuadros de los partidos políticos, así como los espacios extra-universitarios de lectura de textos psicoanalíticos y marxistas también tuvieron un lugar central en el desarrollo

de esta práctica cultural.

### *Tropiezos de una visión coyuntural*

En su comprensivo estudio sobre la actividad cultural *underground* o clandestina en Argentina durante la última dictadura, Cecily Marcus escribe:

The dictatorship was successful in expelling intellectuals from all forms of political intervention, atomizing intellectual circles and communities, and cutting off communication so that each individual had to live in her own hermetic bubble, locked from the outside (...) *As a response* to these conditions, underground intellectuals in Argentina, as well as students, amateurs, and nobodies also driven into clandestine study groups, cultural groups, and collective associations, mounted a molecular resistance. This is a form of cultural resistance that is neither a reconstruction of a destroyed social body, nor the continuation of the activities and ideas already under attack. Rather, it means organizing atomized individuals in pursuit of missed chances and new forms.<sup>240</sup>

Marcus analiza prácticamente el conjunto de las actividades culturales que tuvieron lugar en los márgenes de las instituciones oficiales como expresiones de resistencia. Participaron en éstas, en igual medida, profesores echados de la universidad, estudiantes con ideas progresistas, poetas deseosos de sacar una revista literaria, cantantes de rock nacional, actores independientes. Sus actividades eran no sólo producto de una necesidad expresiva, sino de un rechazo a las condiciones de producción intelectual impuestas por la dictadura.

Francine Masiello hace una lectura similar de la “resistencia cultural”. Habla de una pluralidad de prácticas que formaron parte de ésta, analizando bajo la misma luz la música de rock, la crítica literaria y la narrativa. Escribe,

Desgarrados entre el centro y la periferia, entre el discurso dominante y la posibilidad de algo distinto, los escritores y artistas argentinos cultivaron [...] el espacio marginal, que ofrece una alternativa a la centralizadora inmovilidad del régimen [...] *Las respuestas a la dictadura* son a menudo de naturaleza plural, integrando a la élite y a las culturas populares y expandiendo espacios inexplorados desde los cuales articular un discurso alternativo.<sup>241</sup>

Los estudios de Marcus y Masiello hicieron aportes significativos al estudio del campo cultural argentino durante el Proceso. Ambas buscaron negar la idea de que toda la sociedad había actuado con cómplice pasividad frente al golpe. Más aún, destacan que la disidencia (que

---

<sup>240</sup> *Op. cit.*, pp. 7-8. El subrayado es mío.

<sup>241</sup> *Art. cit.*, p. 13. El subrayado es mío.

ellas llaman resistencia) no fue privativa a las elites culturales, sino que la cultura popular fue también parte de esta experiencia.

Si bien iluminadora respecto a estos dos aspectos, cabe decir que, en el momento que igualamos una frase denunciativa de una canción de protesta con la publicación de una revista literaria, hay algo que se pierde. Los matices, desde luego, pero también las categorías a las que pertenecen los sujetos que participaron en estas prácticas y, en algunas ocasiones, incluso el sentido de las mismas.

Por ejemplo, Marcus —cuyo estudio se centra eminentemente en las revistas *underground* publicadas de forma más o menos espontánea e inconstante por jóvenes universitarios— postura como hipótesis central de su trabajo que la izquierda argentina llevó a cabo una transformación de lo que significa ser un intelectual en condiciones de opresión. Ante la desaparición del espacio público, dejó de existir el intelectual público y éste se convirtió en un “intelectual molecular”, desligado de toda actividad productora de ideología y refugiado en espacios marginales.

Más allá del hecho de que la metáfora de la molecularidad dice poco en el campo de las ciencias sociales, considero que es erróneo calificar de intelectuales a jóvenes de entre 18 y 20 años, sólo por el hecho de publicar una revista cultural bajo un régimen autoritario. Estos jóvenes no eran intelectuales, por un lado, porque su formación era aún relativamente pobre y gozaban de muy poca legitimidad en el dominio de la razón. Por el otro, porque su compromiso con la constitución de un público y el establecimiento de un diálogo con éste era también, en la mayoría de los casos, incipiente. Todos los estudios sobre las revistas *underground* (incluso el de Marcus) destacan su heterogeneidad, sus tirajes limitados y, sobre todo, su inconstancia — resultados de la escasez de recursos y las grandes dificultades que los jóvenes enfrentaron para elaborarlas y difundirlas. La falta de rigor conceptual en el estudio de Marcus nace de una

excesiva recurrencia a la visión romántica de la resistencia y el deseo de presentar a una sociedad que subterráneamente se revela ante un régimen corruptor.<sup>242</sup>

Un segundo y más importante reparo frente a esta visión versa en el sentido de que, tanto Marcus como Masiello, explican el surgimiento de tales prácticas como una *respuesta* a la dictadura. Este presupuesto les permite hablar de la existencia de una “resistencia cultural”. En este capítulo busco demostrar que los orígenes de, por lo menos, una de estas prácticas, los grupos de estudio, trascienden la coyuntura del golpe de estado.

Poner en perspectiva la historia de los grupos a partir de una visión de largo plazo no necesariamente supone que no hayan sido actividades de resistencia o disidencia, sino que nos permite analizar en qué medida y en qué aspectos específicos lo fueron. Asimismo, esta historia nos dota de mayores elementos para entender qué otros factores están detrás de los esfuerzos de la intelectualidad argentina por auto-organizarse y reivindicar su autonomía, aun cuando esto suponga el gran costo de perder todo apoyo estatal.

### *La auto-organización intelectual*

La historia de repetidos golpes de estado, así como aquella de la llegada al poder de Perón, tuvo importantes consecuencias en las relaciones entre los intelectuales y el poder político. En 1930, 1943, 1955, 1966 y 1976 los gobiernos golpistas asediaron la universidad y recurrieron profusamente a la censura y represión de los productores culturales.<sup>243</sup> Más aún, a partir de los años treinta, con el asenso del peronismo, surgió un sentimiento de desconfianza, tanto en sociedad civil como en el Estado, hacia el rol del intelectual y su participación en política.<sup>244</sup>

Muestra de esto son, por un lado, la escasa participación de los intelectuales en las

---

<sup>242</sup> Si bien ambas ideas son fascinantes, la evidencia que presenta Marcus no sostiene tales hipótesis. Desafortunadamente, los seres de catacumbas nunca fueron numerosos.

<sup>243</sup> Como describe Nicola Miller, a lo largo del siglo XX, los únicos gobiernos que no utilizaron un grado significativo de coerción para controlar a la comunidad intelectual fueron los gobiernos radicales de Hipólito Yrigoyen (1916-22 y 1928-30), Arturo Frondizi (1958-62) y Arturo Illia (1963-6). Art. cit., p. 154.

<sup>244</sup> Esta situación contrasta con las experiencias de México y Brasil, donde ha habido numerosos esfuerzos por incorporar a los intelectuales al aparato del Estado. Aun cuando estas medidas han abierto espacios de participación política a los intelectuales, en muy escasas ocasiones han sido vistas con malos ojos por la sociedad (*ibid.*, pp. 133-169).

organizaciones sindicales, empresariales y partidistas. Por el otro, como afirmó un grupo de intelectuales al reflexionar sobre su propia situación, “la ausencia de espacios en el seno del estado que permitan la formación y la incorporación de intelectuales que piensen e investiguen la realidad nacional”.<sup>245</sup>

Las recurrentes intervenciones del poder político en los espacios de consagración intelectual, así como la relación de tensión y desconfianza entre los intelectuales y los dirigentes políticos, llevaron a que, a partir de finales de la década de 1920, surgieran numerosos esfuerzos por constituir la autonomía del campo intelectual y éstos se hicieran desde espacios marginales.<sup>246</sup> Silvia Sigal, al hacer un análisis de la relación entre los intelectuales y la política a lo largo del siglo XX, escribe,

Una de las características más fascinantes de la evolución intelectual argentina es precisamente la cascada de consecuencias no queridas de las interferencias con el poder político: entre ellas, la consolidación de la capacidad de auto-organización intelectual.<sup>247</sup>

Sigal propone que, si bien las intervenciones reiteradas del poder político en la universidad disminuyeron la autonomía de las instituciones universitarias, “esas mismas [...] alimentaban la autonomía de los actores universitarios”.<sup>248</sup> Desde el primer gobierno peronista,

la auto-organización intelectual fue en gran medida consecuencia de políticas gubernamentales que obligaron a muchos intelectuales a darse espacios de expresión que fueron también a menudo de supervivencia.<sup>249</sup>

Es así que la construcción de un universo de actividad intelectual exterior a la universidad tiene una larga historia en Argentina y fue, en gran medida, resultado de la alternancia entre periodos de gran represión en el campo de la cultura y periodos de relativo apoyo estatal a la producción intelectual y libertad de expresión. Asimismo, el estricto control

---

<sup>245</sup> A. Canitrot, M. Cavarozzi, R. Frenkel y O. Landi, “Intelectuales y política en Argentina”, *Debates*, 1985, núm. 4, pp. 4-8, *apud*, Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina, 2002, p. 4-5.

<sup>246</sup> Pienso esta marginalidad en relación a la cultura oficial y las instituciones educativas dependientes del estado.

<sup>247</sup> *Op. cit.*, p. 65.

<sup>248</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p. 62.

de la producción cultural bajo algunos gobiernos llevó a la politización y organización de pensadores que probablemente en otras circunstancias no estarían interesados en bajar de su torre de marfil. Ante el asedio de la universidad, la defensa del libre pensamiento se convirtió en un acto de oposición política.<sup>250</sup>

A fin de trazar una visión de largo plazo sobre la historia de los espacios auto-organizados de producción intelectual, cabe pues echar una breve mirada al siglo XX y describir algunas de las experiencias que reivindicaron la autonomía del pensamiento en momentos en que la universidad estaba fuertemente intervenida.

### *Los intelectuales y el primer peronismo*

A lo largo del siglo XIX, los intelectuales desempeñaron un papel central en la construcción del imaginario nacional y en el diseño de las instituciones del Estado. Sin embargo, el temprano otorgamiento del sufragio universal en 1912 dejó a éstos en un estado de relativo “ostracismo político”. Así, escribe Sigal,

Todo sucede como si una vez acabada la fase de construcción de la nación hubiera terminado la misión reconocida de la inteligencia [...] Con la apertura del sistema político termina un período en el cual grupos de intelectuales pertenecientes a la elite política tuvieron vastas posibilidades de influencia. [...] [La naciente clase política], construida a partir del sufragio universal, [...] desplaza a las elites ilustradas de buena parte de los puestos de poder estatales, al tiempo que los partidos, obligados a tejer nuevas redes clientelares y a organizarse a escala nacional, no parecen necesitar del aporte de los letrados.<sup>251</sup>

Desde la segunda década del siglo XX se pudo percibir un creciente antiintelectualismo en la sociedad argentina. Éste comenzó a gestarse en una historiografía nacionalista y revisionista, afín al pensamiento de las derechas europeas en el periodo de entreguerras. En los años treinta, los voceros de esta visión fueron los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta con su

---

<sup>250</sup> De acuerdo con Sigal, “militares o populistas, (los regímenes autoritarios) tenían en común una ideología tradicional con un fuerte componente católico que los llevaba a asociar libertad de pensamiento y modernización con oposición política, y la represión gubernamental unificaba, de hecho, a intelectuales de orientaciones políticas diversas en una entidad colectiva. Esto permite entender renuncias en masa y prioridad que tuvieron las universidades ante los ojos del gobierno” (*ibid.*, p. 46).

<sup>251</sup> *Ibid.*, p. 6.

periódico *La Nueva República*.<sup>252</sup>

La llegada de Perón al poder en la década siguiente colocó la disyuntiva entre pueblo y cultura en el centro del discurso político y marcó el comienzo de una era de fuerte oposición entre la intelectualidad liberal y el poder político. En los discursos de Evita con frecuencia se evocó la necesidad de usar la fuerza del corazón, y no la del intelecto, para alcanzar la gloria de los trabajadores y del justicialismo.<sup>253</sup> Asimismo, el eslogan “alpargatas sí, libros no” es muestra del rechazo a la intelectualidad aristocratizante, encarnada por Borges y la revista *Sur*, que había negado a los cabecitas negras un lugar en la historia argentina.<sup>254</sup>

En política cultural, esto se tradujo en el control de la radio, el cine, la prensa y, en algunos casos excepcionales, la persecución de intelectuales disidentes. Como describe Alberto Ciria, en 1950 el congreso discutía con preocupación el creciente avance del poder Ejecutivo “sobre terrenos tradicionalmente ocupados por asociaciones autónomas: reglamentaría el funcionamiento de academias oficiales o nacionales y reorganizaría también las privadas de Letras, Bellas Artes e Historia”.<sup>255</sup> Aun así,

El régimen peronista no buscaba la sujeción ideológica de la cultura letrada. No se proponía tanto acallar las voces opositoras como mantenerlas al margen de manera que la palabra adversa era admitida o, mejor dicho, ignorada, mientras fuera públicamente inaudible.<sup>256</sup>

Arturo Jauretche —intelectual que, de hecho, apoyó a Perón y recibió a cambio la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, donde difícilmente podía poner en práctica sus ideas—, describe claramente esta situación, al decir que la política del movimiento

---

<sup>252</sup> Un fragmento del texto fundador de la tradición historiográfica revisionista, *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena. 1806-1933*, de los hermanos Irazusta, se lee: “El incremento de la intromisión europea, con la venida de los franceses, era fruto de la política rivadaviana de prosperidad antes que de patriotismo, de abandono de la política por el comercio, como si ésta no dependiera de aquélla para ser beneficiosa a un país [...] Más que una teoría política, sus ideas eran una religión, la religión del progreso y la civilización” (Buenos Aires, Tor, 1934, *apud*, Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, *op. cit.*, p. 236).

<sup>253</sup> Véase Nicola Miller, *art. cit.*, pp. 156-57.

<sup>254</sup> Cabe mencionar que este eslogan es una tergiversación de otro, lanzado por un líder socialista para atacar el peronismo. Éste decía “alpargatas no, libros sí” (véase Silvia Sigal, *op. cit.*, p. 34).

<sup>255</sup> *Política y Cultura Popular: la Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983, p. 265, *apud*, *ibid.*, p. 35.

<sup>256</sup> *Loc. cit.*

trionfante en 1945 era “no dejar que llegasen al pueblo los hombres que pudieran tener alguna independencia”.<sup>257</sup>

No debe entonces sorprendernos que, durante el primer gobierno peronista, la universidad haya sido fuertemente intervenida, quedando en manos de la iglesia católica. En 1946, año en que Perón llegó al poder, fueron numerosos los despidos y las suspensiones de profesores. Las facultades perdieron un tercio de su cuerpo profesional y, en algunos casos, las renuncias y expulsiones afectaron a 70% del cuerpo académico. Hubo también un duro control sobre los estudiantes. El gobierno recurrió a prácticas como pedir un certificado policial de buena conducta para proseguir los estudios y colocar policías vestidos de civil en las aulas.<sup>258</sup>

Para los propósitos de esta investigación, esta relación de conflicto entre la intelectualidad liberal y el Estado es de suma importancia, no sólo porque tal conflictividad se convirtió en un patrón de la historia argentina, sino porque llevó al desplazamiento de la vida intelectual de la universidad, *a otra parte*. Así, como afirma Marías, “ha habido épocas en que la Universidad ha coincidido con la vida intelectual; en otras, por el contrario, ha sido sólo un componente parcial de ella, y lo más vivo y creador del pensamiento ha ocurrido a su margen”.<sup>259</sup> Tanto los años del primer peronismo, como aquellos que siguieron a los golpes de estado de 1966 y 1976, coinciden con el segundo modelo que propone Marías: los espacios que construyó la intelectualidad crítica en los márgenes de la universidad se convirtieron en los motores de la vida cultural.

Al abrir nuestro marco de análisis más allá de las políticas de censura y la gran sombra que cubrió a todos los espacios académicos y culturales dependientes del estado, encontramos que, en realidad, durante el primer gobierno de Perón la producción cultural (independiente) no

---

<sup>257</sup> *Qué*, 29 de abril de 1958, *apud*, Norberto Galasso, *Jauretche. Barajar y dar de nuevo*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, p. 90.

<sup>258</sup> Silvia Sigal, *op. cit.*, p. 37.

<sup>259</sup> “La Universidad, realidad problemática”, en *La Universidad en el siglo XX*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1951, *apud, ibid.*, p. 21.

se detuvo, por el contrario, logró mantener un nivel de producción significativo. Entre las prácticas artísticas y académicas independientes, destacan la Revista *Imago Mundi*,<sup>260</sup> el “teatro independiente” y el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES). Con el propósito de ilustrar el proceso de construcción de espacios autónomos dentro de un campo intelectual profundamente intervenido nos detendremos brevemente en la experiencia del CLES, institución que se recuerda como la primera “universidad de las sombras” en Argentina.

### *Las primeras catacumbas*

El Colegio surgió en 1930 por iniciativa de seis individuos interesados en crear “un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales y que esperan al dominio de las facultades”.<sup>261</sup> Esta institución buscaba convertirse en un espacio dedicado a la producción cultural que estuviera a salvo de la reacción antireformista —es decir, de los opositores a la reforma universitaria de 1918— que había acabado con la producción intelectual en la universidad.

A lo largo de los años treinta y la primera mitad de los cuarenta, el CLES, organización en todo ajena al Estado, se fue convirtiendo en un “espacio indiscutible de legitimación intelectual”, en función del rigor con el que ahí se desarrollaban las labores académicas.<sup>262</sup> Para la conciencia liberal de los integrantes del Colegio, Perón era un “Duce criollo” y, mientras en 1945 se anunciaba el fin del conflicto mundial, “en Argentina el conflicto no terminaría hasta que el gobierno de facto [que tomó el poder en 1943] fuera derrocado y se realizaran elecciones

---

<sup>260</sup> Dirigida por José Luis Romero y de la cual aparecieron doce números entre 1953 y 1956.

<sup>261</sup> *Apud* Federico Neiburg, “Élites sociales y élites intelectuales: El Colegio Libre de Estudios Superiores (1930-1961)”, en su libro *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Madrid, Alianza, 1998, p. 143. Los fundadores fueron Alejandro Korn, Narciso Laclau, Aníbal Ponce, Roberto Giusti, Carlos Ibarguren y Luis Reissig.

<sup>262</sup> Sucede algo similar con la revista *Imago Mundi*, respecto a la cual escribe Terán: “la voluntad de rigor a la que se apela en la presentación del primer número luce como la marca distintiva entre una actividad *amateur* y/o mediocre y esta otra que se quiere fundamentalmente profesionalizada, en la cual es verosímil indicar el afán de un grupo intelectual marginado de las instituciones estatales por legitimarse a través del ejercicio estricto de su práctica teórica” (*Nuestros años sesentas*, *op. cit.*, p. 37).

con la participación de los partidos democráticos”.<sup>263</sup> Con el triunfo de Perón en las urnas, en las elecciones de 1951, sin embargo, la legitimidad de la figura presidencial sufrió un cambio sustantivo, que le permitió ejercer una reorganización corporativa de la sociedad argentina. La labor del Colegio adquirió entonces renovada importancia y nuevos sentidos.

Éste acogió a muchos de los profesores que renunciaron a la universidad, sobre todo aquellos provenientes de las humanidades y las ciencias sociales, así como a los estudiantes que se sentían inconformes con la formación que les ofrecían las instituciones oficiales (a pesar de que el Colegio no les entregaría un título). En el clima de persecución intelectual de aquellos años, el CLES se convirtió en un espacio articulador de los intelectuales opositores al peronismo y permitió que, a pesar de la censura, continuara el diálogo entre letrados. A finales de la década de 1940 se comenzó a hablar de esta institución como una “universidad nueva”, la “universidad de las sombras”, la “universidad del destierro”, la “universidad libre del Estado”.<sup>264</sup>

Durante la primera década de actividad del Colegio, su publicación oficial, *Cursos y Conferencias*, estuvo estrictamente consagrada a la discusión académica. No obstante, las páginas de la revista fueron poco a poco incorporando información sobre otras asociaciones culturales y educativas, haciendo explícita la voluntad de convertir a esta institución en un espacio de actividad cultural que desbordara las fronteras de la especialización académica.<sup>265</sup>

En 1952, sin embargo, las actividades del Colegio prácticamente cesaron, como consecuencia de la campaña represiva que lanzó el régimen en ese año. La sede de Buenos Aires fue cerrada y sólo mantuvieron sus funciones algunas sedes en provincia. En este momento, la ofensiva del peronismo contra la intelectualidad liberal alcanzó niveles críticos, siendo el encarcelamiento de Victoria Ocampo el evento más simbólico de aquellos años. Después del

---

<sup>263</sup> Federico Neiburg, *op. cit.*, p. 163.

<sup>264</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>265</sup> Todos estos esfuerzos, de hecho, fueron centrales en la posterior renovación de la universidad argentina que tuvo lugar entre 1955 y 1966.

derrocamiento de Perón en 1955, el Colegio reabrió sus puertas en Buenos Aires, adoptando como sede la Sociedad Científica Argentina —muestra del prestigio que había adquirido. No obstante, ante el florecimiento de la actividad universitaria entre 1955 y 1966, cada vez hubo menos profesores y estudiantes interesados en mantenerse en los márgenes de la universidad. La vida intelectual en el Colegio fue perdiendo dinamismo, hasta que cerró sus puertas en 1961.

En la experiencia del Colegio quedan claramente delineadas las tensiones entre el campo intelectual y el campo político. Las políticas del estado corporativo que se creó en los años cuarenta desataron transformaciones sustantivas en el campo intelectual, pues grupos tradicionalmente en conflicto se unieron bajo un mismo discurso de repudio al régimen. Más aún, la intelectualidad liberal constituyó este espacio autónomo de reflexión y debate en función de una fuerte intervención del poder político en la actividad cultural. Al ver su independencia y prestigio bajo amenaza, un grupo de letrados se dio a la labor de construir, en los márgenes del Estado, nuevas instancias de producción intelectual y legitimación.

Para Sigal, el costo de esta huída del quietismo mediante la auto-organización, fue una ligazón entre política y cultura, pues “los objetivos intelectuales iniciales [...] fueron llevados a vincularse, en un momento u otro, con opciones políticas”.<sup>266</sup> Es pues significativo que la politización de los intelectuales fue, en cierta medida, alimentada por el Estado. La intervención de la autoridad política en la vida universitaria obligó a la *intelligentsia* a postularse en su favor o en su contra y, en última instancia, mantener una línea de pensamiento cercana al régimen o defender su derecho a pensar distinto.

Experiencias posteriores de auto-organización intelectual han hecho explícita su pertenencia a una tradición que data de los años del CLES. Así, uno de los primeros centros privados de investigación, el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), fundado en 1960, “reconocía [...] como antecedente al Colegio”. Más aún, escribe Sigal, al IDES “le tocó

---

<sup>266</sup> *Op. cit.*, p. 65.

cumplir un papel análogo: la institución tuvo un papel central en la supervivencia de la reflexión social y en su difusión bajo el gobierno militar de 1966 y durante la última dictadura”.<sup>267</sup>

### *Una noche de bastones largos*

La dictadura militar de 1966-73 comprende el siguiente periodo en la historia argentina donde hubo una fuerte represión cultural y un consecuente esfuerzo de la intelectualidad por afirmar su autonomía. Si, en términos de la violación a las libertades fundamentales, la dictadura del 76 es recordada como el periodo más oscuro de la historia argentina, en términos del desmantelamiento de la universidad, 66 es el año de las sombras. Esta afirmación podría parecer infundada si recordamos que, en 1955, es decir, al final del gobierno de Perón, la universidad estaba en manos de un nacionalismo profundamente conservador. No obstante, entre 1956 y 1966 se emprendieron grandes esfuerzos para renovar la universidad y constituir la en un espacio de reflexión vanguardista e independiente.

A lo largo de esta década, el positivismo fue la corriente de pensamiento hegemónica dentro de las principales universidades argentinas. Esto llevó a que se diera un fuerte impulso a las ciencias exactas, mediante la creación de nuevos institutos y centros de investigación, la incorporación a las aulas de prestigiados científicos y el aumento de la remuneración a la docencia. Las ciencias sociales participaron también de esta corriente iluminista, sobre todo por medio del pensamiento de Gino Germani y lo que él llamó la “sociología científica”. El departamento de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA fue fundado en estos años, así como el de psicología. Por otro lado, por medio de la creación del Centro de Estudios de Historia Social, bajo la dirección de José Luis Romero, la disciplina histórica se vio transformada por una corriente historiográfica “moderna y dinámica”, fuertemente influenciada por la escuela de los *Annales*.<sup>268</sup>

---

<sup>267</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>268</sup> Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria*, trad. de César Aira, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 317.

Estudiar los alcances de este impulso positivista en la universidad argentina va más allá de los objetivos de esta investigación. Este tema ha sido objeto de múltiples trabajos, entre los que destacan *La construcción de lo posible. La universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966*<sup>269</sup> y el ya citado libro de Sigal. Ambos textos consideran que, durante aquella década, la universidad vivió sus años dorados, a pesar de que los dirigentes universitarios fueron tachados de “cientificistas” y acusados de mostrar apatía frente a los problemas sociales. Los constructores de la universidad desarrollista (también llamada reformista) provenían en gran parte de la intelectualidad liberal que se había opuesto al peronismo —y que, de hecho, comenzó su labor de reforma emprendiendo un proceso de *desperonización* de la universidad sumamente violento.<sup>270</sup> Para Sigal, durante esta década, “las Universidades argentinas parecieron constituir un campo propio, animadas por un proyecto que combinaba principios reformistas y planes innovadores”.<sup>271</sup> Más aún, la modernización universitaria tuvo lugar en un contexto de relativo inmovilismo en el campo cultural. Por lo tanto, la universidad pudo verse como “la avanzada de una innovación que daba pruebas cotidianas”.<sup>272</sup>

El periodista Leonardo Moledo describe los cambios en la UBA como sigue:

Después del golpe del ‘55, se derrumbó la mediocre universidad peronista y empezó lo que se conoce como “época de oro”, liderada por la Facultad de Ciencias Exactas, que se colocó en la vanguardia, adoptando y reflejando las corrientes de pensamiento científico en el mundo, implementando la idea del profesor-investigador, comprando la primera computadora científica del país. Fue la época en que el decano era Rolando García, meteorólogo y epistemólogo piagetiano; el vicedecano era Manuel Sadosky (que introdujo la computación, que no era entonces ni la sombra de lo que es hoy) en el país; Oscar Varsavsky desarrollaba la matemática aplicada; José Giambiaggi elaboraba teorías sobre las partículas subatómicas; Cora Ratto y Enzo Gentile introducían la teoría de conjuntos y el álgebra moderna y Gregorio Klimovsky la lógica matemática y las últimas

---

<sup>269</sup> Catalina Rotunno y Eduardo Díaz de Guijarro (comps.), *La construcción de lo posible. La universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966*, Buenos Aires, Zorzal, 2003.

<sup>270</sup> Uno de los resultados de este marcado antiperonismo fue la incapacidad de la universidad para abrir el debate sobre la realidad política argentina a una multiplicidad de visiones. La exclusión de la intelectualidad peronista de la universidad nos impide hablar de una institución plenamente comprometida con el pluralismo. Entre los intelectuales que fueron excluidos a partir de 1956 destaca Carlos Astrada.

<sup>271</sup> *Op. cit.*, p. 88.

<sup>272</sup> *Ibid.*, p. 77. Cabe mencionar que los avances en la investigación académica no lograron impedir que el mundo universitario se viera inmerso en una fuerte polémica, desatada por la decisión del gobierno de Arturo Frondizi de permitir a la iniciativa privada crear universidades que dieran títulos habilitantes. Para muchos, esta medida suponía una amenaza para el laicismo de la educación, incluso cuando el iluminismo privara en la universidad pública.

corrientes epistemológicas, sin olvidar Eudeba, donde Boris Spivacow y Myriam Polak lanzaban miles de libros baratísimos y de suprema calidad.<sup>273</sup>

Esta élite liberal emprendió profusos cambios curriculares, que, a su vez, fueron acompañados por un aumento importante en el número de estudiantes matriculados, sobre todo en las facultades más involucradas con el nuevo proyecto universitario.<sup>274</sup> Por otro lado, es menester mencionar que, como señala Moledo, a los esfuerzos por ampliar la matrícula universitaria se sumó la creación de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), impulsada por Spivacow con la idea de producir libros de buena calidad en grandes números y a precios accesibles. Estas acciones contribuyeron a la expansión de la cultura letrada y la creación de nuevos públicos.<sup>275</sup>

No me detendré en el análisis de este complejo periodo, ya que mi propósito es contrastar la relativa situación de libertad intelectual de esta década con los años subsiguientes, caracterizados por un enorme grado de intervención política en las instituciones académicas y persecución de los intelectuales. Esta nueva etapa comenzó con “la noche de los bastones largos”, que tuvo lugar en 1966 y, en realidad, no concluyó hasta la transición a la democracia, a principios de la década de 1980. A lo largo de estos casi veinte años, hubo momentos de mayor y menor represión y los objetivos de ésta fueron cambiando. No obstante, hubo un aspecto de la relación entre el campo intelectual y el campo político que permaneció incólume: el asedio a la universidad. La formación de grupos de estudio extra-universitarios se convirtió entonces en

---

<sup>273</sup> Entrevista de Leonardo Moledo a Klimovsky (“9 vidas”, *Página 12*, 13 de noviembre de 2005. Consultado el 7 de noviembre de 2008 en [<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2625-2005-11-13.html>]).

<sup>274</sup> Entre 1959 y 1964, el número de jóvenes inscritos en Ciencias Exactas creció 60.5% y 146% en Filosofía y Letras, donde se habían creado las carreras de sociología, ciencias de la educación y psicología (Silvia Sigal, *op. cit.*, p. 78). En 1960, las universidades argentinas contaban con la población estudiantil más numerosa de América Latina: alrededor de 180, 800 estudiantes. En Brasil la cifra era de 95, 700 y en México, 76, 900 (*ibid.*, p. 78, n. 14). Es significativo que en esos años la universidad pasó de ser meramente una fuente de prestigio a una fuente de ingresos, lo que permitió el surgimiento de un grupo de profesores que se dedicaban exclusivamente a la docencia. Asimismo, se creó el CONICET, que otorgaba puestos de investigadores y programas de becas.

<sup>275</sup> De acuerdo con Oscar Terán, éste fue un periodo de gran comunicación y compenetración entre el campo intelectual, fuertemente influido por las ciencias sociales recién introducidas en la universidad, y los *mass media*. En las páginas del semanario *Primera Plana* se lee a fines de 1962: “en estos días es frecuente ver a personas que llevan bajo el brazo el enorme ejemplar de *Martín Fierro* editado por Eudeba” (*apud*, *Nuestros años sesentas*, *op. cit.*, p. 76).

una práctica privilegiada para la sobrevivencia de la intelectualidad crítica, el estudio de ciertas tradiciones de pensamiento y la formación de la juventud universitaria no conformista.

Así pues, el golpe más duro que sufrieron las instituciones académicas argentinas a lo largo del siglo XX no estuvo en manos del gobierno de Videla, sino de aquél encabezado por Onganía. La política de persecución intelectual y desmantelamiento de la universidad que llevó a cabo este gobierno comenzó a tan sólo un mes del golpe de estado, el 28 de julio de 1966, cuando la policía desalojó por medio de la fuerza a profesores y estudiantes de cinco facultades de la UBA. Éstos habían tomado los planteles en oposición a la decisión gubernamental de anular el régimen de cogobierno entre estudiantes, profesores y graduados, es decir, poner fin a la autonomía universitaria.

La represión fue particularmente violenta en las facultades de Ciencias Exactas y Naturales y de Filosofía y Letras, donde profesores y alumnos fueron golpeados y hubo cientos de detenidos. La consigna del oficial que dio la orden de reprimir fue: “sáquenlos a tiros si es necesario, hay que limpiar esa cueva de marxistas”.<sup>276</sup> Warren Ambrose, profesor de matemáticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), estaba trabajando en la Facultad de Ciencias Exactas en aquella época. Dos días después de la toma de la universidad por los militares publicó una carta en el *New York Times* que dice:

La policía llegó y, sin ninguna formalidad, exigió la evacuación total del edificio [...] En el interior [...] la gente (entre quienes me encontraba) permaneció inmóvil, a la expectativa. Había alrededor de 300, de los cuales 20 eran profesores y el resto estudiantes y docentes auxiliares. Entonces entró la policía [...] Nos ordenaron, a gritos, pasar a una de las aulas grandes, donde se nos hizo permanecer de pie, contra la pared, rodeados por soldados con pistolas [...] Luego, a los alaridos, nos agarraron a uno por uno y nos empujaron hacia la salida del edificio. Pero nos hicieron pasar entre una doble fila de soldados, colocados a una distancia de 10 pies entre sí, que nos pegaban con palos o culatas de rifles, y que nos pateaban rudamente, en cualquier parte del cuerpo que pudieran alcanzar [...] Debo agregar que [...] pegaron tan duramente como les era posible y yo (como todos los demás) fui golpeado en la cabeza, en el cuerpo, y en donde pudieran alcanzarme [...] Hoy tengo el cuerpo dolorido por los golpes recibidos, pero otros, menos afortunados, han sido seriamente lastimados [...] El profesor Carlos Varsavsky, director del nuevo radio-observatorio de La Plata recibió serias

---

<sup>276</sup> Mario Fonseca, jefe de la Policía Federal, *apud*, María Seoane, “La noche de los bastones largos”, 29 de julio de 2008, consultado el 2 de agosto de 2009 en [<http://juventudctario4.blogspot.com/2008/07/la-noche-de-los-bastones-largos.html>].

heridas en la cabeza; un ex-secretario de la Facultad, de 70 años de edad, fue gravemente lastimado, como así mismo Félix González Bonorino, el geólogo más eminente del país [...] No tengo conocimiento de que se haya ofrecido ninguna explicación por este comportamiento. Parece simplemente reflejar el odio del actual gobierno por los universitarios, odio para mí incomprensible [...] Esta conducta [...], a mi juicio, va a retrasar seriamente el desarrollo del país, por muchas razones, entre las que se encuentra el hecho de que muchos de los mejores profesores se van a ir del país.<sup>277</sup>

Cito extensamente este artículo porque considero que, para entender la historia de las relaciones entre los intelectuales y el poder político a partir del golpe de Onganía, es menester recordar la imagen de la doble fila de soldados que golpean con sus porras a profesores septenarios y estudiantes de física, matemáticas y otras áreas, mismos que no habían organizado ni llevado a cabo acción violenta alguna. Por otro lado, las palabras de Ambrose son proféticas en el sentido de que la represión gubernamental llevó a un enorme número de profesores no sólo a renunciar de las universidades estatales (en Ciencias Exactas de un total de 675 docentes, dimitieron 330, entre ellos 66 profesores, y a escala nacional, 1,500 docentes presentaron su renuncia), sino a abandonar el país. Así, los avances en la investigación que habían tenido lugar durante la década anterior sufrieron un revés del que, para muchos, la universidad no logró reponerse hasta ya entrada la década de 1980.<sup>278</sup>

“La noche de los bastones largos” es de suma importancia para el problema que nos ocupa. No es posible entender la experiencia de los grupos de estudio que surgieron a partir del golpe del 76 sin mirar el panorama de circuitos autónomos de reflexión que se conformó desde de la toma de la universidad por los militares en 1966. Más aún, si bien la historia de la universidad argentina está marcada por las rupturas institucionales que trajeron los golpes militares, el estado de crisis en el que quedó la universidad después de 1966 nos permite trazar importantes continuidades históricas en el funcionamiento de los espacios de trabajo intelectual extra-universitarios a partir de esa fecha y hasta el comienzo de la década de 1980.

---

<sup>277</sup> “Short minds, long sticks”, *The New York Times*, 29 de julio de 1966. Consultado el 7 de agosto de 2008 en [<http://www.fcen.uba.ar/publicac/revexact/exacta6/memoria.htm>].

<sup>278</sup> Véase Felipe Pigna y María Seoane, *La noche de los bastones largos*, Buenos Aires, Fundación Octubre, 2006.

Gregorio Klimovsky, uno de los más importantes epistemólogos argentinos, quien fue parte integral de la renovación de las ciencias exactas durante el periodo de la universidad desarrollista, describe así su tránsito de la vida universitaria al trabajo en los grupos:

Quando se produjo el golpe de Estado de Onganía [...] me iba a ir del país. Ya tenía un ofrecimiento de la Universidad de Concepción en Chile [...] Pero me sucedió una de las tantas cosas raras que pasaron en mi vida [...] Sucedió que los psicoanalistas tenían mucho interés en oír mis opiniones epistemológicas generales, tanto interés que se formaron muchos grupos de estudios que yo dirigía. Económicamente me arreglaba perfectamente y era una experiencia muy interesante, así que decidí quedarme.<sup>279</sup>

Como describiré en las siguientes páginas, profesores de numerosas disciplinas vivieron experiencias similares a las de Klimovsky. Así, en tanto las aulas universitarias eran ocupadas por un tradicionalismo autoritario, incapaz de producir pensamiento crítico, los impulsos de modernización cultural —si bien limitados, por la escasez de recursos— continuaron en casas y departamentos particulares. Esto es algo que hoy en Argentina *se sabe*, a pesar de que muy pocos profesores o estudiantes han dejado testimonio de esta experiencia. Al constituirse en uno de los elementos de la vida cotidiana de una sociedad sujeta a altos grados de represión y fuertemente aislada, la importancia de tales espacios parece haber pasado desapercibida.

La intervención política de los militares en la universidad, sin embargo, no fue la única razón por la que surgieron grupos de estudio en la década de 1960. Ciertos sectores del conocimiento nunca fueron integrados ni a la universidad peronista ni la universidad desarrollista. Desde su introducción a la Argentina, su estudio y difusión tuvo lugar en espacios marginales, como los grupos y las revistas culturales. Es éste el caso del marxismo y del psicoanálisis lacaniano. En la siguiente sección me daré pues a la tarea de explorar las distintas tradiciones que confluyeron en la práctica de los grupos de estudio.

### *Tres tradiciones*

Como describo en el segundo capítulo, Andrés Avellaneda, en su libro *Censura, autoritarismo y cultura*, demuestra que los instrumentos legales bajo los cuales funcionó el aparato censor a

---

<sup>279</sup> Entrevista de Leonardo Moledo, *op. cit.*

partir de 1976 existían antes del golpe. Así, en lo que respecta a la censura, el Proceso, antes que significar la puesta en práctica de una política sin precedentes, trajo un cambio en la rigurosidad de la aplicación de la ley y la amplitud de las áreas bajo vigilancia. Sucedió algo similar con los grupos de estudio. Su existencia precede al golpe de estado, pero, a partir de la toma del poder por los militares, éstos cambiaron su forma de funcionamiento, se abocaron a diferentes temas, fueron dirigidos por una nueva generación de intelectuales y, en algunos casos, se definieron como una forma de disidencia frente al proyecto cultural autoritario.

Los grupos tienen una historia y una prehistoria. Si su prehistoria se remonta al Colegio Libre de Estudios Superiores, el pasado inmediato se conforma de tres tradiciones convergentes. Cada una de éstas, por otro lado, nació en distintos momentos. Como mencioné anteriormente, la trilogía se constituye como sigue: los grupos de formación de cuadros de los partidos políticos de izquierda, los grupos de estudio de Lacan y los grupos de análisis del pensamiento marxista.

### *La formación de cuadros*

Desde su fundación, los partidos de izquierda —es decir, el Partido Comunista Argentino (PCA), el Partido Comunista Revolucionario (PCR), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), entre otros— fueron, además de espacios de militancia, lugares de lectura, formación y discusión. La expresión de opiniones no era necesariamente libre, ni la interpretación de los textos, plural; pero tampoco sería adecuado decir que el proceso de adoctrinamiento era totalmente ajeno a la reflexión y la crítica. Algunos militantes recuerdan haber sido muy jóvenes al comenzar su formación política y sentirse absolutamente incapaces de entender la palabra de Marx o Gramsci. En ese sentido, la voz de quien explicaba estos textos, en ocasiones adaptándolos al contexto argentino, era siempre iluminadora, como era aquella de los profesores universitarios al momento de leer a Hegel o Kant. Con el pasar de los años, estos individuos pudieron acercarse a los autores marxistas de

otra manera, releerlos, repensarlos, apropiarlos.

El análisis detallado de cómo funcionaban los grupos de formación política desborda los alcances de esta investigación y, si bien he procurado acercarme a este tema, parece haber sido aún poco explorado. Sabemos que tal formación adquirió particular dinamismo a principios de la década de 1960. La experiencia de la militancia comenzó entonces a propagarse no sólo entre los obreros, sino entre los alumnos del secundario, los universitarios, los intelectuales y, en términos generales, las clases medias urbanas. Muy probablemente, los grupos más serios y estructurados eran aquellos dirigidos a universitarios e intelectuales. En éstos, sin embargo, el deseo de alcanzar un entendimiento profundo de los autores estudiados era mitigado por la culpa del intelectualismo.<sup>280</sup>

En estos espacios sobre todo se leía a los “clásicos de marxismo”. Luis Saavedra, por ejemplo, describe que en los grupos del PRT —que duraban quince días *full time* y reunían “clandestinamente” a diez o quince personas— se leía a Marx, Engels, Lenin, Trotsky (hacia los setenta fue disminuyendo su presencia), Stalin (“algo, muy poco”), Gramsci (“aunque no era demasiado frecuentado”), Mao, Le Duan, Giap, Ho Chi Min, y el Che Guevara.<sup>281</sup> Esta selección de autores es similar a la que citan militantes del PCA, PCR y PST. Tanto los autores, como las aproximaciones a éstos eran, en general, “anticuados” y, como es normal en estos espacios, las enseñanzas estaban más orientadas hacia la práctica política que la crítica o la producción teórica.

La importancia de estos grupos en la historia intelectual Argentina recae en el papel que desempeñaron en la difusión del pensamiento marxista, mismo que prácticamente nunca tuvo

---

<sup>280</sup> Para algunas reflexiones en torno al significado de ese antiintelectualismo, así como diferentes recuentos de experiencias de militancia, véanse las entrevistas de Javier Trímboli en *La izquierda en Argentina (op. cit., passim)* y el libro de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina: 1966-1973* (Buenos Aires, Norma, 1997, v. 1-4).

<sup>281</sup> “La formación de cuadros en el PRT”, en “Homenaje a M.R. Santucho”, Buenos Aires, *Lecturas de El Mate*, 4, 1996, *apud*, Néstor Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 284-285, n. 77.

una entrada en el currículum universitario. El “marxismo para militantes”, sin embargo, tenía como uno de sus objetivos fundamentales el acercamiento a las clases subalternas. Por lo tanto, tenía una orientación programática que estuvo ausente en los grupos de estudio de la década de 1970. Fermín Eguía, pintor argentino entrado en los sesenta, quien en su juventud tuvo una experiencia de militancia, comenta:

*Empecé a militar en el Movimiento de Liberación Nacional, [...] abí había cursos de formación para las bases militantes [...] Era la alternancia, tenías un día formación política y teórica y otro día había reuniones políticas donde se hacía un informe del trabajo del MLN en el frente sindical, en el frente estudiantil, abí donde tenía intervención política [...] sobre todo estudiantil.*

Eguía participó en estos grupos después del golpe de estado de 1966, estando en sus años veinte. Las reuniones se hacían en casas particulares y asistían a éstas entre 10 y 15 personas. Dada la situación política, mantenían ciertas normas de clandestinidad, teniendo mucho cuidado en las comunicaciones, usando pseudónimos, no utilizando agendas. Generalmente dirigía los grupos un “compañero” algunos años más grande y con mayor experiencia política. Ante la pregunta de si esta formación promovía el pensamiento crítico, Eguía responde:

*Unos pichones éramos. Por ejemplo, en los cursos de economía manejábamos un texto de Paul Sweezy, que era un trotskista yanqui, que sabía un montón, y el libro era difícil, ¿qué carajos podíamos decir nosotros? El profesor era licenciado en economía y había estudiado las materias tradicionales de economía política, pero era marxista... un tipo muy inteligente. Así funcionaban: el tipo leía, leíamos todos y explicaba. El libro era un libro difícil, obviamente con el Manifiesto Comunista entendés todo o el “Prefacio a la Crítica de la economía política” de Marx, también, el suficiente, después si querés meterte... hay que estudiar.*

Las opiniones sobre la naturaleza formativa o no de estos grupos son encontradas. Mientras para unos fueron espacios de crecimiento intelectual, otros los consideran lugares donde se promovía e imponía el pensamiento dogmático. Hay quienes se refieren a ellos como un “desastre”, por haber estado muy desorganizados. Es claro que en algunos partidos la formación era más completa y crítica que en otros y, en ocasiones, estas variantes respondían a las inclinaciones partidistas.

Durante el Proceso, la mayoría de los partidos de izquierda debieron pasar a la

clandestinidad. Esto supuso, entre otras cosas, la disminución de los espacios de formación, uno de los puntos de contacto entre el partido y la sociedad. El PCA, que no fue proscrito, por haber extendido su apoyo a —por lo menos— un sector de los militares, continuó llevando a cabo algunos de los cursos de formación política. Más aún, en uno de sus centros culturales, denominado el “Ateneo Manuel Belgrano”, tuvieron lugar cursos de diversos temas, que en nada tenían que ver con la formación partidista.<sup>282</sup> Así, las condiciones de relativa libertad operacional con las que contaba el PCA le permitieron continuar con gran parte de su actividad asociativa e incluso servir de foro para otras expresiones culturales sin tintes partidistas. Éstas, comenta Cernadas, forman parte de “una larguísima historia de ateneo, de cursos de formación, para sus cuadros, para simpatizantes, para su periferia”.<sup>283</sup>

### *El sofismo porteño*

La accidentada historia de la universidad argentina entre 1930 y 1980 puso en cuestión el precepto de que para adquirir un conocimiento especializado había que pasar por los claustros universitarios. Como ya hemos discutido, durante gran parte de este periodo, la vida universitaria estuvo marcada por repetidos intentos del poder político por limitar o anular la autonomía universitaria. Asimismo, los programas de estudio se caracterizaron por la resistencia al cambio y el conservadurismo católico. Por lo tanto, con la excepción del periodo que va de 1956 a 1966, las tendencias modernizadoras en el campo intelectual, generalmente provinieron de individuos o grupos ajenos a la universidad. Más aún, hubo autores que, al haber sido proscritos de las principales instituciones académicas y culturales, debieron ser leídos en soledad, o bien, con la ayuda de “intérpretes”, que no necesariamente llevaban el título de profesores.

Los grupos de estudio de los años sesenta fueron aquellos de los “grandes intérpretes”,

---

<sup>282</sup> Jorge Cernadas recuerda, por ejemplo, haber tomado ahí un curso de historia medieval con uno de los grandes especialistas argentinos sobre el tema, Carlos Astarita.

<sup>283</sup> Entrevista.

que eran intelectuales con cierto prestigio y, sobre todo, con gran conocimiento sobre algunas tradiciones de pensamiento, que debían enseñarse fuera de la universidad. Algunos de éstos, como Masotta, además de formadores fueron importantes pensadores. Otros debían su prestigio más a sus virtudes como maestros, que a su producción intelectual. Masotta ha llamado a cuatro de estos profesores, los cuatro sofistas o los cuatro notables. Ciertamente, estos hombres eran como profetas, portadores de un conocimiento que sólo ellos podían transmitir, intérpretes legítimos. Distingo entre ellos tres grandes tendencias: los portadores de la palabra de Lacan, representados fundamentalmente por Oscar Masotta, los marxólogos, cuyo mayor exponente fue Raúl Sciarreta y los positivistas, representados por Gregorio Klimovsky.

El surgimiento de estos grupos es anterior al golpe de estado de 1966, aunque adquirieron mayor importancia después de aquel momento —pues ocuparon el vacío que dejó la toma de la universidad por los militares. Su actividad tuvo lugar entre finales de la década de 1950 y mediados de los años setenta. Las causas de su disolución fueron el aumento de la violencia política y las medidas represivas contra la intelectualidad de izquierda a partir de 1974.

En una conferencia dictada en la *Ecole Freudienne de Paris*, dedicada a los orígenes de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Masotta relata la historia de estos grupos como sigue:

Para fines de los años cincuenta, la sociedad civil (evoquemos un término antiguo) había producido en Buenos Aires una institución peculiar: los grupos de estudio. Algo semejante a lo que es un “cartel” de la *Ecole Freudienne* de París (mi abundoso Martínez-Amador anota: “reto”, “acuerdo entre políticos”, “sindicato de productores”), pero que no estaban referidos a ninguna institución, sino únicamente a la persona del leader (no sé qué palabra emplear), a quién se le reconocía trabajo teórico sobre el asunto de estudiar. Eran grupos espontáneos, productos de la reunión espontánea de un grupo de estudiantes, quienes le demandaban a alguien la enseñanza que entendían éste podía brindarles. Se motivaron sin duda en las carencias de la enseñanza universitaria, en la inestabilidad docente producida por las cambiantes situaciones políticas, a que más simplemente las librerías tenía más que ofrecer que los profesores en la universidad. Carlos Astrada y Luis A. Guerrero había sido radiados de la Facultad de Filosofía y lo malo es que habían sido los mejores y que no había otros.<sup>284</sup>

Así, los grupos de los sesenta fueron los de “los mejores”, mismos que habían sido excluidos de la universidad (o nunca habían sido aceptados en ella) por diversas razones, entre

---

<sup>284</sup> “Comentarios para la Ecole Freudienne de Paris sobre la Fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires”. Consultado el 2 de julio de 2009 en [<http://www.descartes.org.ar/masotta-fundacion.htm>]

las cuales destaca su filiación al marxismo y al psicoanálisis. Los “notables” son los “padres fundadores” de la tradición de los grupos de estudio. Sus grupos son mucho más cercanos a los de los años setenta que los grupos de formación de cuadros partidistas o que cualquier otra experiencia de organización intelectual extrainstitucional en la historia argentina. Como menciono en el capítulo anterior, los profesores que organizaron grupos en los setenta conocían de cerca el funcionamiento de éstos y lo que ahí se leía, aunque muy pocos de ellos asistieron a los cursos.

De acuerdo con Masotta, “el primer sofista”, es decir, el iniciador de los grupos fue Saúl Karsz, quien por un breve periodo tuvo grupos de estudio de filosofía, pero en 1965 partió a París para avocarse a los estudios althusserianos. Karsz era un joven estudiante de filosofía en sus años veinte, que trabajaba como asistente de cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras. A partir de finales de 1962, comenzó a organizar grupos privados de lectura y discusión. Tuve la suerte de encontrar a Karsz en París y recoger su testimonio. El filósofo no recuerda aquellos años con el tono glorioso que le da Masotta. Efectivamente, él fue uno de los primeros en tener grupos, o el primero, pero cuando comenzó a llevar a cabo esta práctica, era muy mal vista por el “*establishment*”.

Se criticaba, por un lado, que los grupos fuesen pagos y, por el otro, que se “pretendieran explicar cosas muy difíciles a gente que no podía entenderlas”. Digamos que, como Karsz permitía que a sus grupos asistieran todo tipo de personas, desde estudiantes de filosofía hasta amas de casa (“no muchas”), y los enfrenaba a textos considerablemente difíciles, se le acusó de ser un charlatán. Karsz recuerda haber estado muy solo en esa experiencia y haber sufrido mucho.

*Estuvo muy mal visto por los jóvenes colegas este asunto de los grupos de filosofía, que eran muchísimos. Es decir, yo trabajaba un día por semana en la facultad, punto, el resto eran grupos, dos horas cada uno, de lunes a sábado...era sofista, utilizado en sentido peyorativo, de aquel que se hace pagar por sus enseñanzas —salvo el que no podía, todos pagaban incluso cuando se ausentaban...Hubo un tribunal” en un Bar, que era nuestro anexo de la facultad, en la calle Viamonte, se llamaba “El Coto”...mirá nomas. El gran tribunal estaba formado por Oscar Masotta, Eliseo*

*Verón, entre otros, conmigo como el acusado principal. El motivo era que no se puede explicar filosofía, ni en privado, ni en los grupos... como yo lo hacía. Es decir, yo enseñaba a Hegel. Y se me explicaba —para ver si yo entendía, pero parece que no entendí— que Hegel no se puede explicar, es muy difícil, y los chicos de primer año no lo pueden entender. Yo decía “puede ser, no es seguro que los de quinto año puedan, pero bastaría con venir a mis cursos”...recuerdo a Masotta diciendo: “no vale la pena ir, puesto que está mal hecho”...sabes, la tautología...*

Masotta formaba parte del *establishment* que rechazó los grupos de Karsz. Por lo tanto, es paradójico que años más tarde hiciera de esta práctica su método formativo por excelencia. “Se me acusaba, pues”, comenta Karsz, de haber inventado los grupos “demasiado temprano”.<sup>285</sup>

El filósofo dice haber sido un sofista no sólo por demandar un pago, sino por estar “más allá de la academia” y “no seguir los cánones habituales”. Él ofrecía cursos de filosofía a todos aquellos para los que ésta fuese “una especie de necesidad personal”, y no tan sólo un objeto de estudio. Los cursos comprendían la historia de la filosofía, desde los presocráticos hasta Hegel y Marx, y buscaban pensar esta historia a partir del presente —interrogando, por ejemplo, “¿qué puedes hacer hoy con Sócrates?”. Karsz concebía la filosofía como el compromiso con una época y los grupos eran su forma de militancia política, pues sabía que no hay nada como una selección de autores o una explicación filosófica “neutral”.

Karsz estaba muy interesado en el psicoanálisis y, en cierta forma (aunque inconsciente), seguía el mecanismo de trabajo de los grupos terapéuticos. Uno de los alumnos de Karsz, Silvio Maresca (especialista en Nietzsche y antiguo director de la Biblioteca Nacional) comenta:

[Karsz] tomaba algunas modalidades de los grupos terapéuticos, a mí no me parece que sea la mejor manera de enseñar filosofía, pero si la comparamos con lo que eran las clases académicas (escolares, rutinarias, etc.) era mucho mejor. El hecho de que se sentara y leyera con un grupo de cinco o seis personas un texto, que hablara muy poco y dejara opinar, que dialogara y tuviera algunas intervenciones de pronto puntualizando algunas cuestiones, a veces vinculadas con el texto y a veces personales, le daba otro interés al estudio.<sup>286</sup>

La universidad de aquel entonces no era particularmente represiva, pero la fiebre

---

<sup>285</sup> Emilio de Ípola también recuerda que hubo reproches contra los grupos. Según él, se les criticaba que eran “de iniciación”, es decir, para no filósofos. Así pues, llevaban a una suerte de “bastardización de la filosofía” (entrevista).

<sup>286</sup> Emilia Cueto, “Entrevista a Silvio Maresca”, *El sigma*, consultado el 6 de mayo de 2009 en [<http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=3104>].

positivista había dejado fuera de los programas de estudio al nacionalismo y el marxismo.<sup>287</sup> En las aulas universitarias se estudiaba un currículum distinto del que se veía en los grupos, “más tradicional”, comenta Karsz, “pero sobre todo, se estudiaba de otra manera”. Los grupos tenían 10 o 12 personas, se reunían en su departamento una vez por semana y su objetivo era hacer un análisis a profundidad de los textos. Los programas, lejos de ser improvisados, eran definidos con antelación y se seguían con rigurosidad. Los principales autores eran Hegel, Marx, Sartre, Freud.

Aun a pesar de su protagonismo en esta historia, Karsz pone en duda que podamos rastrear el origen de los grupos de estudio. Para él, sería más pertinente hablar de conexiones que de orígenes. Masotta, Sciarreta, Rozitchner comenzaron a trabajar de forma más o menos coetánea.<sup>288</sup> La rápida difusión de la práctica y el hecho de que cada uno de estos profesores tuviese varios grupos sugieren que, independientemente de las críticas a Karsz, los grupos tuvieron una recepción muy positiva por parte de la sociedad.

Más allá de los testimonios de Masotta y Karsz, carezco de otros elementos para demostrar que los grupos de este último hayan sido los primeros. Considero que esto dependerá de qué tan flexible sea nuestra definición de un grupo de estudio. Desde una acepción amplia, que incluye, por ejemplo, los grupos de formación de cuadros, no podemos hablar de Karsz como fundador de esta tradición. La actividad de los grupos de formación política es indudablemente previa a la incursión de Karsz en el sofismo, aunque es difícil identificar cuándo comenzó.<sup>289</sup> Así pues, es posible que la tradición de los grupos en un sentido amplio permanezca siempre en la orfandad. Una acepción más estrecha —que defina a los grupos como espacios de formación intelectual de membresía limitada, donde se recurre a un

---

<sup>287</sup> Véase Silvia Sigal, *op. cit.*, pp. 90-91.

<sup>288</sup> Maresca recuerda que en aquella época había tres o cuatro personas dictando cursos de filosofía, entre ellos Sciarreta y Pannuncio (*op. cit.*).

<sup>289</sup> Los grupos del filósofo estaban totalmente desligados de los partidos y él no militaba en ninguna organización política.

método de enseñanza personalizado y, en ocasiones, de inspiración psicoanalítica, a fin de instruir en profundidad distintas tradiciones de pensamiento— abriría la posibilidad de llamar a Karsz el pionero de esta práctica.

Más que encontrar el nombre de aquel que puso la primera piedra, me interesa destacar que, en la historia de los grupos, la generación del sesenta juega un papel muy significativo. Masotta sostiene que “con los años todo el mundo había terminado por aceptar la nueva institución”. Aceptarla significó reconocerle como espacio de estudio y pensamiento legítimo y prestigiado, a pesar de no pertenecer a la universidad ni a otras instituciones. Si bien la práctica se difundió con rapidez y fue adoptada por numerosos intelectuales, “prevalcieron algunos notables del género”, escribe Masotta.

Yo mismo era uno de ellos. Pero Raúl Sciarreta en primer lugar, quien a pesar de sus posiciones teóricas un tanto variables, podía en serio ayudar a leer a Marx. Unos años más tarde, después de una noche de bastones largos se agregaría a la profesión Gregorio Klimovsky. ¿Quién podía discutirle su pericia en temas del positivismo lógico? Un cuarto sofista, León Rozitchner, autor de un libro crítico sobre la ética de Max Sèller, inspirado en el marxismo y la fenomenología francesa (y en el ensayismo francés, diría yo, piénsese en autores como Dyonis Mascolo), se había en cambio formado en la universidad francesa [...] Si alguien no pudiera entender sobre qué fondo cultural arraigaría en Buenos Aires el divino freudismo francés, basta pensar que cada uno de tales notables había introducido a lo largo de los años a cientos de personas. Estos no fueron muchos, diez, quince años. Pero muchos estudiantes habían rodeado a cada uno. Yo mismo, para dar una idea, veía durante el año 1974, a trescientos alumnos por semana.<sup>290</sup>

Los grupos de “notables” tenían dinámicas de trabajo muy similares a aquellas que describo en el capítulo anterior. Algunos de los testimonios citados arriba dan cuenta de este fenómeno. No obstante, entre los grupos de psicoanalistas, marxistas y positivistas —por llamarlos de alguna manera, pues la realidad nubla la pureza de estas categorías— había algunas diferencias significativas en la dinámica y orientación de la enseñanza. Más aún, mientras los grupos de positivistas surgieron a partir de la toma de la universidad por los militares en 1966, aquellos dedicados a la lectura de Lacan-Freud y Marx tienen una historia que antecede a este corte histórico.

---

<sup>290</sup> “Comentarios para la Ecole Freudienne de Paris”, *op. cit.*

### *Los lacanianos*

El desarrollo histórico de los grupos de psicoanalistas está íntimamente ligado a la figura de Masotta y la historia de las instituciones psicoanalíticas argentinas. Como comenta Jacinto Armando, psicoanalista, la aparición de los grupos “es y no convergente con el primer golpe militar, del 66”, pues, por un lado, es una formación extra-universitaria, pero por el otro, también “se da por fuera de las instituciones psicoanalíticas que respondían a la IPA (International Psychoanalytical Association), que en la Argentina era una sola: la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA)”.<sup>291</sup>

Masotta comenzó a acercarse a la obra de Lacan a principios de la década de 1960 y su aproximación a este pensador llevaba a un retorno a Freud. En aquel momento, Lacan era un autor desconocido en el mundo de habla hispana en general. En la Argentina reinaba el kleinismo y la formación de analista estaba únicamente abierta a los médicos. Masotta recibió y formó a gente que venía de disciplinas muy variadas, desde la antropología hasta la literatura, acto que no fue visto con buenos ojos por la APA. En consecuencia, se vio obligado a trabajar por fuera de la institución psicoanalítica oficial.<sup>292</sup>

Masotta cursó una parte de la carrera de filosofía pero jamás obtuvo su título. Frente a los alumnos, “no le importaban los títulos”, comenta Armando, “sino el deseo de formarse”. Ponía únicamente dos condiciones: la lectura y “hacer una experiencia del inconsciente, que era el análisis”. Esto tenía un cierto carácter subversivo respecto a la práctica tradicional del psicoanálisis, en la medida en que “vos estabas proponiendo que podías formarte y practicar el psicoanálisis sin pasar por la universidad, cosa que ya había sido polémica en el 25, cuando

---

<sup>291</sup> Entrevista.

<sup>292</sup> Sobre su relación con ésta, Masotta comenta, “desde marzo de 1964 [...] ni nos habíamos separado de ella [...] ni a ella nos habíamos opuesto demasiado —salvo por el hecho de que nuestros grupos de estudio adquirieron, desde el comienzo, un definitivo aire de *revival* freudiano, mientras que ellos hacía tiempo que habían dejado de considerar a los textos de Freud como motivo de investigación. Y al revés, aspecto un poco cómico: ellos jamás nos citan, literalmente no nos nombran hasta cuando les es imposible no hacerlo” (“Comentarios para la Ecole Freudienne de Paris”, *op. cit.*).

Freud escribe ‘Psicoanálisis profano’<sup>293</sup>.

Los grupos de Masotta sufrieron cambios importantes a lo largo de los años. Los primeros tuvieron lugar alrededor de 1963, pero de ellos quedan pocos registros. Entre 1964 y 1967, Masotta abandonó temporalmente “el ganapán de la sofisticuería por la investidura universitaria”,<sup>294</sup> pero, con el cambio de las autoridades a raíz del golpe de Onganía, fue echado de la universidad. En este punto, la historia de los grupos de Masotta, converge con aquella de los espacios de producción cultural que comienzan sus actividades *como consecuencia* del golpe. A partir de finales de los años sesenta, los grupos se multiplican con rapidez, convirtiéndose en el medio privilegiado de difusión del pensamiento de Lacan en Argentina. Masotta recuerda así su primer grupo después del golpe:

Dos jóvenes psicólogos y un flamante sociólogo a quien no interesaba la sociología, acuden a verme a proponerme un grupo sobre los textos de Lacan. Ellos sí que estaban “on the dole”, en un país donde tal cosa no existe, y donde si uno es un desocupado le puede ocurrir morir de hambre. El grupo no habría de ser pago. Ellos eran Arturo López Guerrero, Jorge Jinkis y Mario Levin. Más tarde se nos uniría Juan David Nasio, un miembro actual de la Ecole Freudienne de Paris, quien me reconocía entonces el mérito de haber introducido la peste en Buenos Aires. Todos nos atrevimos entonces a tomar pacientes cuyo tratamiento y sesiones supervisábamos con los otros miembros del grupo. Si es que un psicoanalista se debe a sí mismo –habíamos entendido– es a él a quien corresponde determinar lo que eso quiere decir. En abril de 1969 parodiamos los encuentros de Freud y Fliess, y nos dimos cita en Monte Grande, en una quinta en las afueras de Buenos Aires. Solo nosotros leímos trabajos escritos, pero se unían a la discusión estudiantes de Sciarreta y jóvenes semiólogos formados en la investigación por Eliseo Verón.<sup>295</sup>

La alusión de este testimonio a la ausencia de pago, nos obliga a recordar el “tribunal” reunido en “El Coto” contra Karsz. Al parecer, Masotta efectivamente veía con malos ojos que los grupos fuesen pagos. Pero, con el pasar de los años, se fue acostumbrando a la idea. Por otro lado, de esta cita destaca el hecho de que en un mismo grupo hayan convergido, por un lado, Masotta y sus seguidores y, por el otro, los alumnos de Sciarreta y Verón. Desconozco la existencia de otras experiencias similares. De forma más amplia, este testimonio da cuenta de que los grupos de Masotta estuvieron orientados a algo más que la lectura en profundidad de la

---

<sup>293</sup> Jacinto Armando, entrevista.

<sup>294</sup> *Loc. cit.*

<sup>295</sup> “Comentarios para la Ecole Freudienne de Paris”, *op. cit.*

obra de Lacan: la práctica del psicoanálisis.<sup>296</sup>

El éxito de estos grupos llevó a su desaparición, en el momento que Masotta se convenció de la necesidad de institucionalizar tal práctica y fundó la Escuela Freudiana de Buenos Aires, en junio de 1974. En más de una ocasión, Masotta hizo una reconstrucción teleológica de la historia de la Escuela, describiendo a los grupos como los orígenes de ésta. Algunos de los pensadores que han escrito la historia del psicoanálisis en Argentina, en cambio, postulan que el proyecto de los grupos y aquel de la Escuela Freudiana eran muy distintos.<sup>297</sup>

Al poco tiempo de haber fundado la Escuela Freudiana, Masotta debió partir al exilio, amenazado por parapoliciales y hostigado por el clima de persecución y violencia política creciente. La Argentina expulsaba así a uno de sus más brillantes pensadores, quien moriría en Barcelona en 1979.

### *Los marxólogos*

Los grupos de lectura de marxismo surgieron en respuesta a la exclusión de este pensamiento del curriculum universitario. Compartieron la alergia al marxismo tanto las autoridades educativas nombradas por Perón, caracterizadas por un catolicismo tradicionalista, como aquellas que tomaron las riendas de la universidad durante los gobiernos de Arturo Frondizi y Arturo H. Illia, es decir, durante la etapa de la universidad desarrollista. Sobra decir que, a partir del 66, el anti-marxismo privó en las aulas, con la excepción de algunas cátedras instauradas con

---

<sup>296</sup> Sin ser cárteles, los grupos homologaban en cierto sentido esta estructura. De acuerdo con Lacan, el cartel es “el órgano de base” de su Escuela de Psicoanálisis. Lo conforma un pequeño grupo de cuatro integrantes más uno, encargado de la discusión y la orientación del trabajo. El cartel no puede durar más de dos años y en éste se trabaja en torno a un tema en “el marco de una elaboración colectiva” (Graciela Kait, “El cartel en el debate contemporáneo”, *Nodo psicoanalítico*. Consultado el 3 de agosto de 2009 en [[www.nodopsicoanalitico.com.ar/.../el\\_cartel\\_en\\_el\\_debate\\_contemporaneo.pdf](http://www.nodopsicoanalitico.com.ar/.../el_cartel_en_el_debate_contemporaneo.pdf)])

<sup>297</sup> Hugo Vezzetti escribe las siguientes palabras en referencia a Masotta: “Figura bisagra, favorece la ruptura del monopolio de la asociación psicoanalítica oficial a la vez que inaugura un repliegue ortodoxo sobre un lacanismo de escuela. Conciencia y estructura muestra el precipitado de múltiples referencias y proyectos, en la intersección de las corrientes de pensamiento de su tiempo y por unos años produce una trama novedosa que cruza al psicoanálisis con objetos y problemas que nutrían la experiencia intelectual y estética en la literatura, las artes plásticas y la arquitectura, las vanguardias y la historieta. Si pudo ocupar ese lugar único y prolongarlo de los sesenta a los setenta, hay que buscar las condiciones que lo hicieron posible en las interconexiones de una obra compleja, al menos hasta que se recluye como jefe de escuela” (“El psicoanálisis en el siglo”, *Punto de Vista*, 2007, núm. 88, s.p., [versión en línea]. Consultado el 16 de julio de 2009 en [[http://www.bazaramericano.com/bazar\\_opina/articulos/vezzetti\\_88\\_psicoanalisis\\_y\\_cultura.htm](http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/vezzetti_88_psicoanalisis_y_cultura.htm)]).

el triunfo de Cámpora en 1973, como la de Noé Jitrik.<sup>298</sup>

De acuerdo con Néstor Kohan, a lo largo de gran parte del siglo XX, la tradición filosófica marxista argentina “fue silenciada [...] en el espacio académico de la universidad”. Para no irnos muy lejos, basta mencionar que durante el rectorado de Risieri Frondizi (1957-62), recordado por gran parte de la intelectualidad liberal como “la época gloriosa de la universidad”, los pensadores marxistas fueron excluidos de los claustros. Para entonces, escribe Kohan,

Un especialista marxista hegeliano en cuestiones estéticas como Héctor Raurich, atentos lectores de Henri Lefebvre como Silvio Frondizi, Ernesto Giudici o Milciades Peña, cuidadosos seguidores del último Lukacs, como Rodolfo Puigros o gramscianos como Héctor Agosti encontraron en la mayoría de los casos serios obstáculos políticos, burocráticos o de otro tipo para poder lanzar alguna estocada pedagógica sobre los jóvenes filósofos, historiadores, economistas y sociólogos. A lo sumo —en el mejor de los casos— llegarían a dar “cursos libres”, ese recurso consolador, tan recurrente en las izquierdas universitarias que siempre deben conformarse con las orillas marginales y los horarios estrambóticos, mientras las materias curriculares, centrales y obligatorias las dicta la derecha.<sup>299</sup>

Como cabe esperarse, esta exclusión es una de las principales causas del surgimiento de grupos extra-universitarios de lectura de autores marxistas. En su mayoría, éstos estaban orientados hacia la formación de las futuras generaciones de marxistas académicos, es decir, no necesariamente militantes. Continúa Kohan:

En esos años supuestamente “gloriosos”, muchos de estos intelectuales se vieron forzados a nuclear a discípulos y a grupos juveniles de estudio o lectura en sus propias viviendas o en librerías y a crear sus propias revistas político-culturales, a falta de otro ámbito.<sup>300</sup>

Así, la historia de los grupos de marxólogos —como aquella de los grupos lacanianos— no puede empalmarse con los cortes políticos de la historia argentina, a pesar de que éstos tuvieron enorme importancia en su desarrollo. Los grupos surgieron durante los “años dorados” de la universidad, es decir, antes del golpe de 1966, pero adquirieron mayor dinamismo después de este cambio abrupto de las elites en el poder —no hay que olvidar que en 1966 la entrada de

---

<sup>298</sup> Cabe destacar que, antes de 1966, algunos profesores marxistas lograron dar cursos en la universidad. Sin embargo, su injerencia en general fue breve, accidentada y terminó con la expulsión.

<sup>299</sup> *De ingenieros al Che, op. cit.*, p. 292.

<sup>300</sup> *Loc. cit.*

los militares a las aulas se hizo bajo el llamado a “vaciar esa cueva de marxistas”.

El gran marxólogo de los sesenta fue Raúl Sciarreta, quien, a pesar de su enorme conocimiento de la filosofía marxista, jamás escribió una palabra. Prácticamente todas las personas que han hablado o escrito sobre los grupos de esta década hacen referencia a este hombre. Sebreli habla de él como “un personaje típico de la época”;<sup>301</sup> Emilio de Ípola, como un hombre formal, “siempre trajeado y con corbata”, que “no escatimaba las críticas más acerbas a los filósofos franceses de inspiración fenomenológica. Sartre, [...] pero también Merleau-Ponty eran sus blancos preferidos”.<sup>302</sup> Tomás Abraham lo describe como sigue:

Era un hombre que había abandonado de joven la universidad, daba clases particulares a grupos de estudio que se reunían en su casa y conformaban una legión. No tenía especialidad, nada humano le era ajeno. Los grupos se sucedían y se cruzaban, mientras salía uno sobre Gastón Bachelard, entraba el siguiente sobre Bertolt Brecht. [A mediados de los sesenta], Sciarreta se había hecho althusseriano y lacaniano. Esta última devoción no lo abandonó hasta su muerte. Parecía un monje, un asceta de baja estatura, anteojos de grandes armazones, pelo oscurecido y trajes desteñidos. Tenía la rara costumbre de rodearse de jóvenes muchachos de provincia que deambulaban por su casa, especialmente en la cocina, sin que se supiera con precisión qué menesteres cumplían.<sup>303</sup>

Uno de los coetáneos de Sciarreta fue León Rozitchner. La formación de este último era muy distinta. Había estudiado la licenciatura y el doctorado en filosofía en la Sorbona, graduándose en 1952. Tuvo como profesores a Merleau-Ponty, Lévy-Strauss, Bachelard, Guritch, Yankelevich, Piaget y Lucien Goldman. A su regreso a Buenos Aires no logró nunca incorporarse a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde revalidaban su doctorado como una licenciatura argentina.<sup>304</sup> Dio clases por unos años en la Facultad de Humanidades de Rosario y en la Facultad de Psicología de la UBA, pero su actividad se fue inclinando cada vez más hacia los grupos. En 1966 renunció a la universidad junto con muchos otros profesores y no fue invitado a participar en la “universidad peronista”, “a pesar de que había formado

---

<sup>301</sup> Entrevista.

<sup>302</sup> “Mi amigo León”, consultado el 4 de mayo de 2009 en [[http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/DeIpola\\_Mi\\_amigo\\_Leon.htm](http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/DeIpola_Mi_amigo_Leon.htm)].

<sup>303</sup> “Filósofos argentinos: Acerca del profesor N. E. Perdomo”, marzo, 2005. Consultado el 3 de julio de 2009 en [<http://www.tomasabraham.com.ar/filosofia/perdomo.htm>].

<sup>304</sup> Entrevista de Javier Trímoli a Rozitchner (*La izquierda en Argentina, op. cit.*, p. 184).

filosóficamente, desde el marxismo, a gente que en ese momento había optado por el peronismo desde la izquierda y ocupaba [...] cargos importantes”.<sup>305</sup>

A partir de 1966, su principal actividad fueron los grupos y continuó con éstos hasta el momento en que tuvo que exiliarse en Venezuela, en febrero de 1976. Un año antes de partir tenía 20 grupos, pero éstos se llevaban a cabo en un ambiente político cada vez más enrarecido. Conforme aumentaban los atentados y la persecución de la izquierda por fuerzas parapoliciales, crecía también la peligrosidad de los grupos. Al momento del golpe, allanaron su casa, donde estaba viviendo “el segundo del MIR chileno”, Henríquez, quien fue arrestado y jamás volvió a ser visto.<sup>306</sup>

De acuerdo con Emilio de Ípola, en los grupos se leía a:

*Marx, Merleau-Ponty, Freud, Goldmann, y quizás el Sartre de la Critique de la Raison Dialectique... [Con los años], las lecturas fueron cambiando: incluyó nuevos textos de Freud, incorporó a Clausewitz y promovió el análisis y la crítica de artículos, declaraciones, libros y cartas de los Montoneros, de Perón, de William Cooke.*<sup>307</sup>

A Rozitchner se le recuerda como un profesor de marxismo y probablemente él no tenga problemas en aceptar esta categorización, siempre y cuando se tome en cuenta la complejidad que esto supone:

Quando digo “soy marxista”, esa afirmación es una especie de desafío a la derecha ignorante y a los liberales que se oponen a su filosofía crítica. Evidentemente participo de cierta idea política y de cierta idea crítica propias al marxismo pero, al mismo tiempo, me alimenté de otras perspectivas teóricas. Por decirlo de alguna manera, fui marxista antes de leer a Marx. Marx aparece como la conclusión teórica que organiza muchas ideas e intuiciones anteriores.<sup>308</sup>

Además de los grupos de Sciarreta y Rozitchner, existieron los de Eliseo Verón y probablemente los de algunos otros. Me he concentrado en los hombres que Masotta llamó

---

<sup>305</sup> *Ibid.*, p. 188. Rozitchner tuvo un breve acercamiento al Movimiento de Liberación Nacional, dirigido por Ramón Alcalde e Ismael Viñas, pero la militancia política encuadrada en un partido fue una experiencia que sólo vivió en la adolescencia. Le disgustaba profundamente la idea de que su producción intelectual tuviese que ser revisada por autoridades partidistas. La reivindicación de un pensamiento independiente le procuró mucha soledad, sobre todo durante los años de hegemonía de la “nueva izquierda” dentro del campo intelectual.

<sup>306</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>307</sup> De Ípola no asistió a ningún grupo pero conoció de cerca a Rozitchner.

<sup>308</sup> Entrevista de Javier Trímboli a Rozitchner (*La izquierda en Argentina, op. cit.*, p. 191). Rozitchner jamás simpatizó con el PCA y tampoco entró en los grupos de nueva izquierda que surgieron bajo la influencia de la revolución cubana. Se mantuvo como intelectual crítico, a pesar de que esto lo orilló a los márgenes del campo intelectual, de la universidad y, finalmente, de su país.

“notables”, que coinciden con aquellos que han permanecido en la memoria de la siguiente generación de intelectuales de izquierda —misma que, en cierta forma, debió llenar los vacíos que dejaron estos hombres al partir al exilio y, en muchos casos, mantuvo una relación con ellos desde la distancia.

De los grupos marxistas cabe destacar su compromiso academicista, a pesar — probablemente, como consecuencia— de estar marginados de las instituciones. Es notable también su preocupación por introducir autores marxistas contemporáneos y poner en cuestión muchas de las convicciones del marxismo militante.<sup>309</sup>

### *Los positivistas*

Los científicos provenientes de las ciencias exactas conformaron un tercer conjunto de grupos de estudio. Dedicaré muy poco espacio a su análisis, pues los temas que se estudiaron aquí son tangenciales a mi objeto de investigación y ésta no es una de las tres tradiciones que dieron lugar a los grupos de estudio “humanistas” a los que he dedicado este trabajo. Los grupos de científicos difieren en sus orígenes de los grupos de psicoanalistas y marxólogos, en la medida en que su surgimiento es resultado directo de la ocupación de la universidad en 1966.

Como ya se ha discutido, después de que profesores y estudiantes fueran desalojados a bastonazos de la universidad, la intelectualidad liberal fue obligada a abandonar los recintos académicos. La universidad dejó de ser un espacio donde se pudiera pensar en libertad. Muy pocos de los grandes profesores de aquella época permanecieron en Argentina. Instituciones académicas en todo el mundo les abrieron sus puertas y éstos comprendieron que continuar con la labor de investigación con una universidad desmantelada sería muy difícil.

Entre los pocos que se quedaron destaca Gregorio Klimovsky. Este matemático y epistemólogo encontró en los grupos de estudio una forma de continuar pensando en conjunto

---

<sup>309</sup> Una característica de los marxólogos de los sesenta, que no estuvo tan claramente presente en los grupos de formación de cuadros ni en los espacios de estudio ligados al peronismo, es su interés por el psicoanálisis. Para Masotta, los cuatro notables terminaron en el mismo lugar: “Sigmund Freud y el psicoanálisis (cada uno según su talento sin duda, pero a cada uno según su responsabilidad), o Sigmund Freud y los psicoanalistas” (*op. cit.*).

y formando a nuevas generaciones. Entre 1956 y 1966, Klimovsky fue profesor titular en el Departamento de Matemáticas de la UBA, con especialización en álgebra, lógica y teoría de conjuntos. Dictó también cursos de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras y, entre 1965 y 1966, fue director interino del Instituto de Filosofía. A raíz de “la noche de los bastones largos” renunció a todos sus cargos y consideró el exilio, pero, de acuerdo con su testimonio, la invitación de unos psicoanalistas a formar un grupo sobre epistemología lo motivó a permanecer en el país.

Aquí se planteó un problema interesante, es decir ¿qué puede decir la Epistemología con respecto [al discurso psicoanalítico]? Me pidieron el armado de los grupos de estudio y yo acepté gustosamente. De esa manera pude vivir, por cierto muy decorosamente, porque medio año después de haber quedado en la calle por la Noche de los Bastones Largos, extrañamente descubrí que estaba ganando más dinero que cuando era Profesor con dedicación exclusiva en la universidad.<sup>310</sup>

El hecho de que un grupo de psicólogos haya convocado a Klimovsky refuerza nuestro argumento en torno a las conexiones entre el surgimiento de los grupos y el desarrollo del psicoanálisis.<sup>311</sup> No obstante, de acuerdo con Klimovsky, la práctica de los grupos se extendió a otros campos disciplinarios: “se armaron grupos de estudio de muy distintos temas, sobre Física, sobre Química, sobre Sociología. Recuerdo los que organizó Germani”.<sup>312</sup>

Para el matemático, los grupos eran “un boicot a la universidad de aquel entonces” y, de acuerdo con sus cálculos, eran tan numerosos que incluso se puede decir que suplantaron la formación universitaria.

Si yo conté doscientos grupos de estudio, conociendo cómo se dio la situación en aquel entonces, debo haber contado solamente la décima parte. Debía haber cerca de dos mil grupos de estudios, y esos dos mil grupos a diez personas cada uno serían alrededor de veinte mil personas... veinte mil alumnos, que es lo que se considera -por los expertos en Ciencias de la Educación- la cantidad de alumnos que puede tener una universidad si quiere funcionar óptimamente.<sup>313</sup>

Klimovsky ha sido el único que se ha aventurado a hacer estos cálculos. Si bien indicativas

---

<sup>310</sup> *Apud*, María Cristina Sahade, Nissette Ades de Abadi y Jorge Schwartzman, “Entrevista a Gregorio Klimovsky”, *Aperturas Psicoanalíticas*, 2007, núm. 26, s.p. Consultado el 7 de junio de 2009 en [<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000453&a=Entrevista-a-Gregorio-Klimovsky>]

<sup>311</sup> Recordemos que el primer grupo de Sarlo también fue organizado por un psicoanalista.

<sup>312</sup> *Apud*, María Cristina Sahade, Nissette Ades de Abadi y Jorge Schwartzman, art. cit.

<sup>313</sup> *Loc. cit.*

de la importancia de esta práctica cultural, la exactitud de estas cifras es dudosa. Los testimonios que he recogido no dan cuenta de tales magnitudes. Los nombres de los mismos profesores son citados una y otra vez. Más aún, desconozco los criterios de definición que utilizó el matemático y si diferenció entre grupos dirigidos y grupos de estudiantes. Especular sobre la extensión de esta práctica cultural es muy valioso, pero su existencia en las catacumbas, así como el transcurso de los años, representan grandes dificultades para obtener números precisos.

Para concluir esta sección cabe pues destacar que, aun cuando, en términos generales, es correcto decir que los grupos de estudio surgieron para leer a dos de los tres pensadores que Ricoeur llamó “maestros de la sospecha”, Marx y Freud, en estos espacios se leyó una muy amplia gama de autores provenientes de diversas disciplinas. A éstos, sin ser los maestros de la sospecha, se les estudió con escepticismo, rigor, pues era el deseo de conocimiento lo que motivaba aquella práctica, no el mero anhelo de obtener un título universitario.

### *Notas finales*

Al llegar al final de este capítulo cabe quizás mencionar que es un hijo no planeado. Al definir mi proyecto de investigación me apegué a los cortes históricos tradicionales y tracé mi marco temporal entre 1976 y 1983. La hipótesis parecía sencilla: los grupos surgieron a partir del golpe (un poco antes o después) porque fueron una forma de “resistencia cultural” ante la imposición de un gobierno autoritario. Así, éstos deberían ocupar, junto con otras experiencias de resistencia, un lugar en el museo de la memoria. Mi discurso coincidía con muchos de los testimonios que conforman la memoria colectiva de la dictadura, en donde el año de 1976 aparece como un punto de quiebre, las dictaduras anteriores son rara vez evocadas y toda expresión de disenso es llevada al terreno de la resistencia.

Pero la historia de los grupos revela ser mucho más compleja de lo que parece. En el comprensivo estudio de Sigal, éste es uno de los terrenos de duda. La socióloga escribe:

La dificultad de acceso a las Universidades permite comprender iniciativas como el *Colegio [Libre]* o la

actividad docente de los centros de estudiantes durante los años peronistas. Pero es difícil encontrar una única explicación para un fenómeno cuya magnitud es, creemos, específicamente argentina: los grupos de estudios. ¿Fuente de ingresos? ¿Red protegida de las vicisitudes políticas? ¿Voluntad de difundir temas no previstos en los cursos universitarios? ¿Busca de un lugar en la jerarquía cultural que, carente de institucionalización, no era por ello menos nítida y reconocida en vastos círculos? Lo cierto es que se desarrolla, hacia fines de los cincuenta, un tejido-parauniversitario que tiene indudablemente su origen en el estado poco estimulante de la Universidad peronista.<sup>314</sup>

A lo largo de este capítulo se ha demostrado que el desarrollo histórico de esta práctica cultural está íntimamente ligado a la historia de la universidad, pero no puede explicarse únicamente a partir de ésta. Estuvieron también en juego otros procesos, como la gran expulsividad de las instituciones culturales argentinas y la relación de tensión entre una clase media muy preocupada por estar actualizada, conocer el pensamiento europeo y dialogar con éste, por un lado, y unas elites políticas y culturales recalcitrantemente conservadoras, por el otro.

El desarrollo de los grupos está también conectado con la introducción del pensamiento de Lacan a la Argentina y la buena recepción que tuvo entre los intelectuales y las clases medias.<sup>315</sup> Tanto el método terapéutico como la necesidad de leer los textos psicoanalíticos en espacios ajenos a la APA contribuyeron a la formación de grupos y la definición de las dinámicas de trabajo. Así como la sociedad argentina tiene menos miedo al diván que otras sociedades, también parece aceptar con relativa tranquilidad la discusión íntima entre profesores y estudiantes —intimidad construida una vez que unos y otros se despojan de los rituales institucionales.

Por último, esta historia fue enriquecida por el deseo de lo prohibido. Es ya un lugar común decir que, de este lado del mundo, la gran prohibición del siglo XX fue el marxismo. Si adoctrinar con Marx fue la labor de los grupos de formación de cuadros, pensar, criticar y actualizar el marxismo fue la tarea de los grupos de estudio. Estos últimos tuvieron una

---

<sup>314</sup> *Op. cit.*, p. 69.

<sup>315</sup> Sobre este tema véase el excelente libro de Mariano B. Plotkin que examina la historia del psicoanálisis en Argentina, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of Psychoanalytic Culture in Argentina*, Stanford, University Press, 2001.

naturaleza antidogmática, pues su objetivo no era la militancia, sino el conocimiento.

Descubrir que todas estas tradiciones permitieron que, en 1976, los grupos estuviesen “disponibles” como refugio para la intelectualidad que permaneció en Buenos Aires, me llevó, casi involuntariamente, de los años setenta a los sesenta. Más aún, me enseñó que, aunque sea doloroso escucharlo, la tragedia argentina comenzó mucho antes del último golpe de estado. Así, la modernidad cultural de esta sociedad sólo puede explicarse si, en lugar de mirar a las grandes instituciones, posamos la lupa en los márgenes.

## CONCLUSIONES

La oscuridad de la dictadura tiene laberintos; las catacumbas estaban llenas de disidencia. Desvelar esa oscuridad es descubrir la lucha del hombre por su humanidad; observar cómo el silencio esculpe a un ser más fuerte. Al caminar en las sombras, el hombre clandestino va recorriendo con su mano el filo de la muerte. En esas caminatas a ciegas, en esos tropiezos forzosamente tímidos, aprende a escuchar sus respiraciones, sólo producir los ruidos necesarios, hablar por medio de la alegoría.

La clandestinidad es algo que viene a afrontarte, dice Kostas Axelos. “Es la actitud de no pertenecer a ningún sistema ni a ningún no sistema, sin hacer de eso una actitud”.<sup>316</sup> El clandestino es un ser disidente y, si bien se oculta para sobrevivir, su búsqueda desborda la sobrevivencia. Su situación no es contemplativa, es una forma de lucha, el intento silencioso de fracturar el silencio.

La dictadura argentina intentó imponer una nueva subjetividad, basada en la obediencia y el conformismo. Censuró el cine, la prensa, la literatura. Quemó bibliotecas, embodegó cientos de libros, estableció el toque de queda para el teatro y la poesía. Secuestró. Torturó. Traficó a los hijos de los desaparecidos. Tuvo campos de concentración, escuadrones de la muerte, curas que daban la bendición a los “cuerpos” que serían echados al mar.

El terror de aquellos días acabó con la solidaridad, rompió los lazos sociales, propagó la práctica de la traición. La alteridad se convirtió en la figura de la amenaza y el egoísmo, una forma de canalizar el miedo. Pocos tuvieron la fuerza para decir “no”. Entre éstos, algunos eran valientes, otros ingenuos. Ellos forjaron la cultura de catacumbas.

¿Metáfora mortuoria? Las catacumbas son, ante todo, un espacio ritual imaginado, un intersticio de libertad rodeado de prohibición. Lo construyeron escritores, filósofos, poetas,

---

<sup>316</sup> Entrevista radiofónica de Francesca Isidori a Axelos, emitida el 4 de junio de 2009 en *France Culture*. Original en francés, la traducción es mía.

críticos literarios y dramaturgos. Muchos jóvenes, pocos intelectuales prestigiados, estudiantes inconformes con la universidad, los herederos de quienes habían partido al exilio, unas cuantas librerías y, entre ellas, más los sótanos que los primeros pisos, revistas culturales, pocas imprentas y máquinas de escribir, grupos de lectura en departamentos particulares. Las catacumbas son un espacio intelectual auto-organizado, un lugar oculto de la mirada censoria, un conjunto de complicidades, una forma de la disidencia.

Los grupos de estudio son tan sólo una de las prácticas que constituyeron la cultura de catacumbas. Y, a pesar de estar tan inmersos en esta historia de dictadura, tienen un pasado que no se remonta al golpe del 76, sino a los últimos años del primer peronismo. Es así que, la idea casi romántica de la resistencia cultural debe ser mirada con escepticismo, no sólo porque esos días no fueron fáciles, sino porque, al analizar detenidamente las razones que llevaron al surgimiento de los grupos, observamos un sistema complejo de múltiples causalidades, no un modelo lineal de causa y consecuencia. Cabe pues regresar a la cita de Sigal que presento en las conclusiones del capítulo anterior y volver a interrogar la naturaleza de los grupos, habiendo ya revisado extensamente las dinámicas y lecturas de algunos de éstos a lo largo de dos décadas.

¿Fueron los grupos una fuente de recursos? Indudablemente. Algunos profesores cobraron poco, otros casi nada, unos pocos, muchísimo. Hubo a quienes no se les pagó y a quienes probablemente se les pagó de más. Esta diversidad de situaciones no nos impide afirmar que, como dicen los argentinos, “los grupos eran pagos”. Si éstos no hubiesen significado una fuente de recursos, la intelectualidad disidente no les hubiese dedicado tantas energías y su importancia en la historia del campo intelectual sería menor. Una de las dificultades que supone la independencia intelectual es la sobrevivencia material. En el contexto de la dictadura, donde fue desmontado el aparato estatal de apoyo a la producción cultural independiente, ésta adquirió particular agudeza. Así, los grupos se convirtieron en un

mecanismo privilegiado de adquisición de recursos que, por otro lado, los estudiantes pagaban con relativa despreocupación, por ser la angustia de la ignorancia mucho más grande que aquella de la pobreza.<sup>317</sup>

¿Red protegida de las vicisitudes políticas? No queda muy claro qué quiere decir Sigal con estas palabras, pero es posible hacer algunas conjeturas. Los grupos estaban protegidos en la medida en que se auto-vigilaban, es decir, seguían algunos códigos de clandestinidad y mantenían su membresía limitada. Nunca hubo invitaciones abiertas y los entonces estudiantes recuerdan que entrar a un grupo suponía conocer el mundo de las complicidades, identificar, por el aspecto, la mirada, las preguntas, quienes, además de no ser delatores, podrían estar interesados en introducir algunas dudas en las certezas memorísticas de la pedagogía universitaria. En la experiencia de los grupos, los espías o no existieron o no son memorables, prueba de que, durante el Proceso, muy pocos fueron perseguidos por el mero hecho de leer marxismo. Más aún, como sugiere Piglia, la idea de que serías detenido o desaparecido por tener autores prohibidos en tu biblioteca fue un mito genial de la dictadura para propagar el miedo.<sup>318</sup>

Hay otra forma de entender este interrogante, si suponemos que quienes estaban a salvo de las vicisitudes políticas no eran los grupos o un sector de los intelectuales, sino ciertas tradiciones de la cultura argentina. Los grupos dieron continuidad a la historia intelectual de la izquierda, poniendo bajo resguardo un conjunto de textos y autores que habían intentado ser borrados del panorama intelectual, no sólo por el gobierno golpista, sino también por el peronismo tardío. No obstante, la voluntad preservativa de los grupos no supuso ni el quietismo ni el tradicionalismo. Por el contrario, llevó a la relectura del marxismo, el psicoanálisis, los grandes autores de la literatura argentina bajo los ojos de la teoría social contemporánea, es decir, la sociología de la cultura, la teoría crítica, el posestructuralismo.

---

<sup>317</sup> Cabe recordar que éstos eran jóvenes de clase media.

<sup>318</sup> Entrevista.

¿Voluntad de difundir temas no previstos en los cursos universitarios? Claramente. Como he demostrado una y otra vez en esta investigación, la historia de la universidad fue determinante en el surgimiento y desarrollo de los grupos. Si bien me he referido a los grupos de los sesentas como aquellos de los notables, éstos fueron también los de los excluidos, pues ni el marxismo crítico ni el psicoanálisis lacaniano formaban parte de la universidad ni de la APA, respectivamente. Así pues, en los grupos no se complementó o re-examinó el curriculum universitario, sino que se estudiaron temas diferentes con métodos distintos. Un análisis economicista nos llevaría a hablar de estos espacios como el producto de la demanda de estudiantes inconformes y la oferta de profesores ya sea desempleados o desinstitucionalizados.

Por otro lado, el renacimiento de la universidad en la década de 1980 llevó a la práctica desaparición de los grupos, en primer lugar, a raíz de que gran parte de la izquierda intelectual se incorporó a los recintos y, en segundo, porque la universidad recuperó su prestigio, en virtud de su afán renovador y compromiso con el pluralismo. Aun cuando siempre habrá temas excluidos e intelectuales “incómodos”, la brecha entre el deseo de modernidad de la sociedad y el conservadurismo de las instituciones culturales ha disminuido. Así pues, a pesar de que la práctica subsiste, no tiene más el vigor y dinamismo que tuvo en los años sesenta y setenta.

¿Búsqueda de un lugar en la jerarquía cultural? Ésta parece ser la hipótesis por la que se inclina Sigal. Sostiene:

Se ha sugerido que la presencia de esos grupos se debió a la imposibilidad de hacer aceptar, aún en la Universidad abierta a la modernización, sea los temas, sea los individuos; la explicación sólo tiene, en el mejor de los casos, un alcance parcial, porque también es cierto que el prestigio y los ingresos obtenidos a través de esos grupos pagos superaban considerablemente cuanto los claustros podían ofrecer. La característica común es la búsqueda de un lugar en una jerarquía cultural que, carente de instituciones, no era por eso menos reconocida en vastos círculos. El valor de *El capital*, de Lévi-Strauss, Freud o Lacan en el mercado cultural dependía del trabajo de esos intelectuales, que desempeñaron sobre todo el papel de mediadores culturales.<sup>319</sup>

---

<sup>319</sup> Vale la pena agregar que Sigal continúa su trabajo diciendo: “está aún por hacer el estudio de estos *go-between* culturales; la evolución de los sucesivos temas abordados permitiría reconstruir uno de los mecanismos de constitución de la modernidad en esos años”, palabras que justifican la pertinencia de esta investigación (*op. cit.*, p. 70).

Esta interpretación de los “profesores” de los grupos como mediadores culturales es acertada, así como la idea de que estos espacios para-universitarios o extrainstitucionales introdujeron y dieron valor a diversas corrientes de pensamiento. Aun así, si bien Sigal me ha acompañado a lo largo de estas reflexiones, es quizás éste el momento de trazar una distancia. La sociología de Bourdieu, a partir de la cual Sigal postula estas hipótesis, parece insuficiente para pensar la experiencia de los grupos, sobre todo durante el periodo de la última dictadura.

En contraste con “los notables” de la década de 1960, en 1970 los grupos estuvieron a cargo de intelectuales jóvenes, poco conocidos, que ganaron su prestigio durante los últimos años de la dictadura y, sobre todo, la primera década democrática. De hecho, ellos, junto con algunos de sus alumnos —como Horacio Tarcus, Alan Pauls y Matilde Sánchez— y de los exiliados que regresaron se convirtieron en las elites culturales de la democracia.<sup>320</sup> Aun así, el prestigio de estos pensadores no se construyó en los grupos —que, más bien eran síntoma de su marginalidad— sino en las revistas literarias, las universidades norteamericanas y, después de 1983, los periódicos, las casas editoriales, la UBA.

Ni Sarlo, ni Piglia adquirieron más prestigio por tener grupos; al organizarlos, lo que estaba en juego no era su nombre. En cambio, peligraba su identidad, que, como recuerda Sarlo, no se construye en solitario, sobre todo cuando se trata de un intelectual. Así pues, si bien los grupos en cierta medida fueron espacios de consagración intelectual, en el contexto de la dictadura, éste es un hecho secundario. Antes que eso, fueron lugares de formación y diálogo, innovación y disidencia. Encuentro pues más adecuadas para pensar esta práctica las reflexiones de Habermas en torno al lugar que desempeñaron los *coffee houses* y *salons* en el nacimiento del espacio público.

---

<sup>320</sup> Sobre la centralidad del grupo de *Punto de Vista* en el campo intelectual post-dictadura, véase Mariano B. Plotkin, “El regreso a la democracia y la consolidación de nuevas élites intelectuales. El caso de *Punto de Vista*: revista de cultura, Buenos Aires (1978-1985)”, en Mariano B. Plotkin y Ricardo González Leandri (eds.), *op. cit.*, pp. 181-204.

Los grupos de la última dictadura fueron los vestigios de un espacio público, aquel de los años sesenta, marcado por la crítica al poder político desde el paradigma de una revolución posible, que exaltaría, entre todos los valores, la igualdad y vería en la clase obrera el motor del cambio social. A su vez, fueron los gérmenes de otro, uno orientado hacia la construcción de una democracia pluralista, a partir de la revisión del pasado y la deconstrucción de las explicaciones absolutas. La intimidad de aquellas reuniones no debe entenderse como una experiencia de privacidad sino de publicidad. La respuesta a este cambio de sentido es el contexto. En una sociedad desarticulada a voluntad de los gobernantes, la creación de lazos, la formación de redes, el ejercicio del diálogo es un acto de participación en “lo político” y disidencia. Pero el de los grupos no fue un rechazo cualquiera al proyecto cultural de la dictadura, pues aquí encontró refugio el escepticismo ilustrado, que es origen de todo cuestionamiento de la autoridad. Si, como escribe Gracia,<sup>321</sup> el autoritarismo transforma el lenguaje en propaganda y busca imponer una construcción prefabricada de la realidad, la intelectualidad crítica que continuó trabajando en Buenos Aires durante la dictadura rescató la sobriedad del lenguaje y el sueño de la educación humanista.

---

<sup>321</sup> *Op. cit., passim.*

## BIBLIOGRAFÍA Y SIGLAS

- Altamirano, Carlos, “El intelectual en la represión y en la democracia”, *Punto de Vista*, 1986, núm. 28, pp. 1-4.
- , *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Norma, 2006.
- , “Introducción general”, en Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 9-28.
- , “Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina”, en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo sapiens, 1996, pp. 59-65.
- Álvarez, Emiliano, “Los intelectuales del Proceso. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar”, *Políticas de la memoria*, 2006-2007, núms. 6-7, pp. 79-85.
- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós, *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina: 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997, v. 1-4.
- Avellaneda, Andrés, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina, 1960-1983*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- Bartolomei, María Luisa, *Gross and Massive Violations of Human Rights in Argentina: 1976-1983. An Analysis of the Procedure Under ECOSOC Resolution 1503*, tesis, Lund, Institute of International Law, 1991.
- Beceyro, Raúl, “El proyecto de Benjamin”, *Punto de Vista*, 1980, núm. 10, p. 20-23.
- Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efece, 1974.
- Bermeo, Nancy, *Ordinary People in Extraordinary Times. The Citizenry and the Breakdown of Democracy*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2003.
- Berthezène, Clarisse, “Intellectuels anglais : un faux paradoxe”, en Michel Leymarie y Jean François Sirinelli (eds.), *Histoire des intellectuels aujourd’hui*, París, Presses Universitaires de

- France, 2003, pp. 45-61.
- Bourdieu, Pierre, “Intellectual Field and Creative Project”, en M.F.D. Young (ed.), *Knowledge and Control: New Directions in the Sociology of Education*, Londres, Collier-Macmillan, 1971, pp. 161-188.
- , “Le champ intellectuel : un monde à part” en *Choses dites*, París, Minuit, 1987, pp. 167-177.
- , *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, París, Seuil, 1992.
- Braslavsky, Cecilia, “Estado, burocracia y políticas educativas”, en Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Ricardo Carciofi, *El proyecto educativo autoritario. Argentina 1976-1982*, Buenos Aires, FLACSO, 1985, pp. 75-174.
- Brocato, Carlos A., *El exilio es nuestro*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986.
- Broda, Vania, véase Godoy, Cristina.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Caparrós, Martín, véase Anguita, Eduardo.
- Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1984.
- De Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Éntasis, 2001.
- Díaz de Guijarro, Eduardo, véase Rotunno, Catalina.
- Federini, Fabienne, *Écrire ou combattre. Des intellectuels prennent les armes (1942-1944)*, París, La Découverte, 2006.
- Fireside, Harvey, “The Conceptualization of Dissent: Soviet Behavior in Comparative

- Perspective”, *Universal Human Rights*, 1980, núm. 1, pp. 31-45.
- Galasso, Norberto, *Jauretche. Barajar y dar de nuevo*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Godoy, Cristina y Vania Broda, “El poder de la palabra bajo vigilancia en la universidad pública de la dictadura”, en Carolina Kaufmann (dir.), *Dictadura y Educación. Depuraciones y vigilancia en las universidades nacionales argentinas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001, pp. 27-64.
- Gracia, Jordi, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.
- Granjon, Marie-Christine, “Une quête comparée sur l’histoire des intellectuels : synthèse et perspectives”, en Michel Trebitsch y Maire-Christine Granjon (eds.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, Bruselas-París, Complexe-IHTP/CNRS, 1998.
- Habermas, Jürgen, “The Public Sphere” en Chandra Mukerji y Michael Schudson (eds.), *Rethinking Popular Culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies*, Berkeley, University of California, 1991, pp. 398-404.
- , *The Structural Transformation of the Public Sphere: an Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Polity Press, 1989.
- Hernández Rodríguez, Rogelio, *Formación y trayectoria de los secretarios de estado en México: 1946-82*, México, FLACSO, 1984.
- Invernizzi, Hernán y Judith Gociol, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.
- Kohan, Néstor, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

- Komaromi, Ann, "The Unofficial Field of Late Soviet Culture", *Slavic Review*, 4 (2007), pp. 605-629.
- Kovadloff, Santiago, "Una cultura de catacumbas", en su libro *Una cultura de catacumbas y otros ensayos*, Buenos Aires, Botella al mar, 1982, pp. 13-16.
- Kramer, Lloyd, "Habermas, Foucault, and the Legacy of Enlightenment" en Leon Fink y Stephen T. Leonard (eds.), *Intellectuals and Public Life. Between Radicalism and Reform*, Ithaca, Cornell University, 1996, pp. 29-50.
- Lechner, Norbert, "Some People Die of Fear. Fear as a Political Problem", en Juan Corradi, Patricia Weiss Fagen y Joan Patrice McSherry (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Berkeley, University of California, 1992, pp. 26-35.
- Marcus, Cecily, "The Molecular Intellectual: Cultural Magazines and Clandestine Life Under Argentina's Last Dictatorship", tesis, University of Minnesota, 2005.
- Masiello, Francine, "La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura", en Daniel Balderston *et al.*, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires-Madrid, Alianza-Institute for the Study of Ideologies and Literature, University of Minnesota, 1987, pp. 11-28.
- Miller, Nicola, "The Anxiety of Ambivalence: Intellectuals and the State in Twentieth-Century Argentina, Chile and Mexico", en Mariano B. Plotkin y Ricardo González Leandri (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto de Historia, 2000, pp. 133-169.
- Moreira Alves, María Helena, *State and Opposition in Military Brazil*, Austin, University of Texas, 1985.
- Munck, Gerardo L., *Authoritarianism and Democratization. Soldiers and Workers in Argentina, 1976-1983*, Pennsylvania, Penn State Press, 1998.

- Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Madrid, Alianza, 1998.
- y Mariano B. Plotkin, “Intelectuales y expertos: Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 15-30.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo, *Historia argentina. La dictadura militar 1976-83: del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- O'Donnell, Guillermo, “Democracia en la Argentina. Micro y macro”, en *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pp. 133-146.
- , *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
- Ory, Pascal, “Qu'est-ce qu'un intellectuel”, en Jean Goulemot *et al.*, *Dernières questions aux intellectuels et quatre essais pour y répondre*, París, Olivier Orban, pp. 9-50.
- y Jean François Sirinelli, *Les intellectuels en France : de l'Affaire Dreyfus à nos jours*, París, Colin, 1986.
- Orwell, George, “The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius” en su libro *Collected Essays*, Londres, Secker and Warburg, 1961.
- Pagano, Nora, “Las ciencias sociales durante la dictadura argentina” en Fernando Devoto y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.
- Palermo, Vicente, véase Novaro, Marcos.
- Patiño, Roxana, *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, Sao Paulo, Universidad de Sao Paulo, 1997. [*Cuadernos de Recienvenido*, núm. 4].
- Pigna, Felipe y María Seoane, *La noche de los bastones largos*, Buenos Aires, Fundación Octubre,

2006.

Plotkin, Mariano B., “El regreso a la democracia y la consolidación de nuevas élites intelectuales.

El caso de *Punto de Vista*: revista de cultura, Buenos Aires (1978-1985)”, en Mariano B.

Plotkin y Ricardo González Leandri (eds.), *op. cit.*, pp. 181-204.

-----, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of Psychoanalytic Culture in Argentina*,

Stanford, University Press, 2001.

-----, véase Neiburg, Federico.

Ponza, Pablo Mariano, *Los intelectuales críticos y la transformación social en Argentina (1955-1973)*.

*Historia intelectual, discursos políticos y conceptualizaciones de la violencia en la Argentina de los años sesenta-setenta*, tesis, Universidad de Barcelona, 2007.

Pozzi, Pablo, *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

Quattrochi-Woisson, Diana, “L’histoire des intellectuels en Argentine ? Les difficultés d’une

société périphérique” en Michel Leymarie y Jean François Sirinelli (eds.), *op. cit.*, pp. 91-

106.

-----, *Los males de la memoria*, trad. de César Aira, Buenos Aires, Emece, 1995.

Recalde, Aritz e Iciar, *Universidad y liberación nacional*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2006.

Rotunno, Catalina y Eduardo Díaz de Guijarro (comps.), *La construcción de lo posible. La universidad*

*de Buenos Aires de 1955 a 1966*, Buenos Aires, Zorzal, 2003.

Rouquié, Alain, “Hegemonía militar, Estado y dominación social” en Alain Rouquié (comp.),

*Argentina, hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982, pp. 11-50.

Sábato, Hilda, “Sobrevivir en dictadura: Las ciencias sociales y la universidad de las

catacumbas”, en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *op. cit.*, pp. 51-57.

Said, Edward, *Representations of the Intellectual. The 1993 Reith Lectures*, London, Vintage, 1994.

Sapiro, Gisèle, *La guerre des écrivains*, París, Fayard, 1999.

- Sarlo, Beatriz, “El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado”, en Saúl Sosnowski (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1988, pp. 96-108.
- , “Strategies of the Literary Imagination”, en Juan Corradi, Patricia Weiss Fagen y Joan Patrice McSherry (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Berkeley, University of California, 1992, pp. 236-249.
- Sartre, Jean Paul, *Qu’est-ce que la littérature ?*, París, Gallimard, 1985.
- Sebreli, Juan José , “Crítica del nacional-bolchevismo”, *Praxis*, 1985-86, núm. 5, pp. 87-97.
- , *El asedio de la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- , *El tiempo de una vida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- , *El vacilar de las cosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Semelin, Jacques, “Qu’est-ce que ‘résister’ ?”, *Esprit*, enero, 1994, pp. 50-63.
- Seoane, María, véase Pigna, Felipe.
- Sharlet, Robert, “Dissent and the ‘Contra-System’ in the Soviet Union”, *Proceedings of the Academy of Political Science*, 1984, núm. 3, pp. 135-146.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina, 2002.
- Sirinelli, Jean François, véase Ory, Pascal.
- Tedesco, Juan Carlos, “Elementos para una sociología del curriculum escolar”, en Juan Carlos Tedesco, Cecilia Braslavsky y Ricardo Carciofi, *op. cit.*, pp. 17-74.
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- , *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.

- Trilling, Lionell, "The situation of the American Intellectual at Present Time", *A Gathering of Fugitives*, Boston, Beacon, 1956, pp. 60-78.
- Trímboli, Javier, *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- Varela, Mirta, "Silencio, mordaza y optimismo", *Todo es Historia*, 2001, núm. 404, pp. 50-63.
- Warley, Jorge, "Revistas culturales de dos décadas (1970-1990)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1993, núms. 517-519, pp. 195-207.
- Warner, Michael, *Publics and Counterpublics*, Nueva York, Zone Books, 2002.
- Weiss Fagen, Patricia, "Repression and State Security", en Juan Corradi, Patricia Weiss Fagen y Joan Patrice McSherry (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Berkeley, University of California, 1992, pp. 39-71.
- Yanuzzi, María de los Angeles, *Política y Dictadura*, Rosario, Fundación Ross, 1996.
- Yurchak, Alexei, "Soviet Hegemony of Form: Everything Was Forever, until It Was No More", *Comparative Studies in Society and History*, 2003, núm. 3, pp. 480-510.

### **Fuentes electrónicas**

- Abraham, Tomás, "Filósofos argentinos: Acerca del profesor N. E. Perdomo", marzo, 2005.  
Consultado el 3 de julio de 2009 en  
[<http://www.tomasabraham.com.ar/filosofia/perdomo.htm>].
- Ades de Abadi, véase Sahade, María Cristina.
- Ambrose, Warren, "Short minds, long sticks", *The New York Times*, 29 de julio de 1966.  
Consultado el 7 de agosto de 2008 en  
[<http://www.fcen.uba.ar/publicac/revexact/exacta6/memoria.htm>].
- Cardoso, Oscar Raúl, véase Ciancaglini, Sergio.
- Ciancaglini, Sergio, Oscar Raúl Cardoso y María Seoane, "Los archivos de la represión cultural", *Clarín*, 26 de marzo de 1996. Consultado el 2 de marzo de 2009 en

[<http://www.clarin.com/diario/96/03/24/claridad.html>].

Cueto, Emilia, “Entrevista a Silvio Maresca”, *El sigma*, consultado el 6 de mayo de 2009 en

[<http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=3104>].

De Ípola, Emilio, “Mi amigo León”, consultado el 4 de mayo de 2009 en

[[http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/DeIpola\\_Mi\\_amigo\\_Leon.htm](http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/DeIpola_Mi_amigo_Leon.htm)].

Kait, Graciela, “El cartel en el debate contemporáneo”, *Nodo psicoanalítico*. Consultado el 3 de agosto de 2009 en

[[www.nodopsicoanalitico.com.ar/.../el\\_cartel\\_en\\_el\\_debate\\_contemporaneo.pdf](http://www.nodopsicoanalitico.com.ar/.../el_cartel_en_el_debate_contemporaneo.pdf)]

Lorca, Javier, “A los que hablábamos del Estado nos decían atrasados. Entrevista al politólogo

Guillermo O'Donnell”, *Página 12*, 11 de enero de 2009. Consultado el 3 de mayo de

2009 en [[http://www.sgp.gov.ar/contenidos/uci/repercusion/paginas/pagina12\\_1-01-09.html](http://www.sgp.gov.ar/contenidos/uci/repercusion/paginas/pagina12_1-01-09.html)].

Maffia, Diana, “Estudiar para resistir”, consultado el 3 de febrero de 2009 en

[[http://www.arteuna.com/convocatoria\\_2005/Textos/1973-Maffia.htm](http://www.arteuna.com/convocatoria_2005/Textos/1973-Maffia.htm)].

Masotta, Oscar, “Comentarios para la Ecole Freudienne de Paris sobre la Fundación de la

Escuela Freudiana de Buenos Aires”. Consultado el 2 de julio de 2009 en

[<http://www.descartes.org.ar/masotta-fundacion.htm>].

Moledo, Leonardo, “9 vidas”, *Página 12*, 13 de noviembre de 2005. Consultado el 7 de

noviembre de 2008 en [<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2625-2005-11-13.html>].

Nivat, Georges, “Andreï Siniavski”, consultado el 3 de mayo de 2009 en

[[http://www.universalis.fr/encyclopedie/UN98085/SINIAVSKI\\_A.htm](http://www.universalis.fr/encyclopedie/UN98085/SINIAVSKI_A.htm)].

Rodríguez, Laura Graciela y Germán Soprano, “La política universitaria de la dictadura militar

en la Argentina: proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-

1983)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Cuestiones del tiempo presente*, 2009. Consultado el 17 mayo 2009 en [<http://nuevomundo.revues.org/index56023.html>].

Sahade, María Cristina, Nissette Ades de Abadi y Jorge Schvartzman, “Entrevista a Gregorio Klimovsky”, *Aperturas Psicoanalíticas*, 2007, núm. 26. Consultado el 7 de junio de 2009 en [<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000453&a=Entrevista-a-Gregorio-Klimovsky>]

Schvartzman, Jorge, véase Sahade, María Cristina.

Seoane, María, véase Ciancaglini, Sergio.

Soprano, Germán, véase Rodríguez, Laura Graciela.

Vezzetti, Hugo, “El psicoanálisis en el siglo”, *Punto de Vista*, 2007, núm. 88, s.p., [versión en línea]. Consultado el 16 de julio de 2009 en [[http://www.bazaramericano.com/bazar\\_opina/articulos/vezzetti\\_88\\_psicoanalisis\\_y\\_cultura.htm](http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/vezzetti_88_psicoanalisis_y_cultura.htm)].

## SIGLAS

APA: Asociación Psicoanalítica Argentina

CEDES: Centro de Estudios de Estado y Sociedad

CENEP: Centro de Estudios de Población

CEUR: Centro de Estudios Urbanos y Regionales

CGT: Confederación General de Trabajadores

CICSO: Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales

CIE: Centro de Investigaciones Económicas

CISEA: Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración

CLES: Colegio Libre de Estudios Superiores

CONICET: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

ERP: Ejército Revolucionario del Pueblo

IDES: Instituto de Desarrollo Económico y Social

IDRC: International Development Research Centre

IPA: International Psychoanalytical Association

PCA: Partido Comunista Argentino

PCR: Partido Comunista Revolucionario

PRN: Proceso de Reorganización Nacional

PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores

PST: Partido Socialista de los Trabajadores

SAREC: Agencia Sueca para la Cooperación en la Investigación con los Países en Vías de  
Desarrollo

UBA: Universidad de Buenos Aires